

**Corredores de la memoria.  
Del campo de la Ribera a los Juicios**

| Susana Barco de Surgi

*A la memoria de mis padres y  
Naná.*

*Al Flaco, a mis hijos y nietos, la  
esperanza y el futuro.*

*Á mis compañeras de cárcel con  
quienes nos sostuvimos a punta de  
solidaridad.*

# Índice

Agradecimientos	13
Prólogo	15
<i>Primer Círculo</i>	17
<i>Cinco monitas sentadas</i>	23
<i>Otros datos</i>	33
<i>De memorias y gaviotas</i>	35
<i>Terremoto</i>	43
<i>Los fantasmas y la hoguera</i>	49
<i>Tiempos y espacios</i>	53
<i>Identidad de lanzadera</i>	61
<i>Otra de fantasmas</i>	69
<i>Caleidoscopio</i>	71
<i>Canciones y festejos</i>	77
<i>Baño de damas</i>	85
<i>Agregados, reflexiones: veinticinco años después</i>	91

<i>Memoriando</i>	95
<i>Miedo</i>	107
<i>Preguntas y respuestas</i>	119
<i>Aquellas pequeñas cosas</i>	131
<i>Cierre ma non troppo...</i>	139
A modo de epílogo	141

## Agradecimientos

A lo largo de estos años, mi familia ha soportado mis ausencias al ayer, y es a ellos, por su amor y por esta razón, mi primer agradecimiento. También a Sonia Lizarriturri que me acompañó en muy buena parte de este trayecto, apoyándose en la escritura, alentándome a publicar. A María Paulinelli que escudriñó en sus recovecos mostrándome pliegues insospechados. A Amanda Toubes que ha hecho una lectura profunda y prolija del texto. A Laura Devetach que escribió el prólogo y que puso en él mucho de lo compartido. A Clara Espeja que no sólo se conmovió sino que transformó un par de capítulos en dos bellos cortos cinematográficos. A la familia Saavedra que con gran generosidad me cedió el derecho al uso de la obra que ilustra este trabajo. A Nora Domínguez, Luis Rigal y Gustavo Roldán que me guiaron por los vericuetos del mundo editorial. A EDUVIM que asumió el desafío y el riesgo de publicarlo. A Nora Rivera que dactilografio hace ya muchos años la primera parte del texto, pese a que al hacerlo despertaba sus propios fantasmas. A Alicia Barco por transformar mis dibujos deformados en un plano comprensible. A María Trpin, responsable de incluirlo en mi primera computadora, adaptando formatos, rehaciendo croquis. Marisa Marín y Paula Weit dieron los toques finales al texto para que finalmente estuviera listo para la publicación. Y un agradecimiento muy especial a los jóvenes que me hicieron saber que tenía que publicarlo como una tarea docente más.

## Prólogo

Estos corredores no se pueden mirar desde afuera. Es imposible no transitarlos, al paso que cada cual pueda.

Entre barrotes, se rescata la parte más ancestralmente femenina de la existencia y de la resistencia: crear nidos, redes, condiciones para salvaguardar la vida. Apelar al cobijo y usar la inteligencia para la búsqueda de recursos mínimos, arriesgados y hasta estéticos para instalar el sostén, segundo a segundo.

A través de la escritura se va dando cuenta de la construcción, con migajas, de la vida cotidiana como un conjunto de pequeños actos poéticos.

En los distintos encierros cada noción llega a su esencia. El tiempo es “Tiempo para desgranar limando un hueso, para empujar haciendo algo con qué llenar un vacío de agujero negro. Entonces, a inventar cosas con qué domarlo”. La solidaridad, no es sólo estar con otros sino un modo de vivir buscando sin parar cómo centrarse en lo importante para ver con lucidez el valor y la dimensión de los demás.

Si se tiene esta mirada sobre el mundo no se puede hacer cualquier cosa. Por eso llamo acto poético a copiar a punta de alfiler un largo poema de amor en la etiqueta de una lata de leche. Lata-texto que pasa luego a otras manos que se alimentan con su lectura, reiterada y obsesivamente para poder anclar en la realidad y en la esperanza.

O hacer programas radiales a los gritos para sentir que había otros oídos para la propia soledad, cuando no se podían ver las caras. No es lo mismo varias soledades aisladas, que varias soledades en red, sostenidas por textos y canciones.

“El miedo fue, a no dudarlo –dice Susana– la urdimbre sobre la que se tejió la vida entonces”. Sin embargo no faltó la otra urdimbre laboriosa que sostuvo tanta intemperie bajo techos y corredores. La que los trascendió y pudo contener también a los de la “otra cárcel”, (según el Flaco, según tanta otra gente) la de la impotencia del afuera.

“El sólo hecho de vivir era una manera de resistir y la resistencia –que se autoalimentaba– se constituía en un alimento permanente para todas.”, narra. Al avanzar en el texto se pueden intuir los silencios, los rodeos a zonas a las que quizás no se haya podido o no se haya querido llegar. Con toda

honestidad la autora comunica limitaciones e interrogantes: "Es que la palabra es un atributo humano, entonces, ¿cómo volver palabra lo inhumano?" (...) "¿Y no será eso, lo indecible, lo único que vale la pena ser conocido?"

Hay que confiar en los agujeros de la escritura.

Este libro contribuye a construir la propia memoria. A recordar que siempre es posible algún modo de resistencia.

Por todo esto vuelvo a hacer un voto que ya hiciera en otras ocasiones en las que encontré aportes de esta importancia: Ojalá, a la larga o a la corta, descubramos que uno no escribe, trabaja o vive para ganarle a nadie, sino para crear una forma de vida cuyo motor no es la rutina sino la pasión, no es la resignación sino la exploración y la búsqueda de alternativas.

Ojalá descubramos que se puede construir la propia vida desde las mismas fuentes que originan las obras de arte.

Ojalá tomemos conciencia de que estamos en un mismo tablero de juegos, que es nuestro, y en el que conviene siempre saber cómo y para quién se juega.

Laura Devetach

*Lejos de seguir siendo prisioneros  
del pasado lo habremos puesto  
al servicio del presente, como la  
memoria-y el olvido- se han de  
poner al servicio de la justicia.*

Tzevetan Todorov

## Primer Círculo

Una galería techada con tres ventanas grandes y una puerta al patio externo: una habitación amplia, con una arcada, sin ventanas ni puertas. Al terminar la galería, en un extremo, un grueso muro; al otro, el baño con tres lavabos, tres duchas y tres letrinas: ésta es la llamada “cuadra de las mujeres”, en el Campo de la Ribera, en el año 1977. Las ventanas miran al patio que tiene una primera parte sin arbolar y luego, donde comienza la pendiente del terreno, éste se puebla de paraísos. Al fondo, el alto muro, que donde hace esquina, a mano izquierda, remata en la casilla del guardia.

Recuerdo muy bien otras instalaciones del campo: tres celdas pequeñas de puerta metálica con pasaplatos que se ubican a continuación de la cuadra de las mujeres. Luego, en el lado izquierdo, el baño y la cuadra de los varones. Hacia la derecha, “el comedor viejo”, y más allá, las instalaciones de oficina sobre el lado derecho del patio. Sin embargo, lo que interesa para lo que me propongo relatar es la cuadra de las mujeres.

Mi primer recuerdo, al llegar vendada, es el olor de la cuadra. Olor de piso recién barrido, con algo de tierra flotando en el aire, frío y de encierro, con ese dejo particular que con el tiempo sabría que es el olor del miedo. Me llevaron hasta el fondo de la galería, un guardia trajo enseguida el colchón con sábanas, mantas y la almohada, que mi familia me había llevado a la comisaría. Sabría después que estos elementos constituían de por sí un insólito, un rasgo casi grotesco en esa realidad sórdida del campo. Escuché hablar a los guardias con otras prisioneras: mandaron a una de ellas para que me condujera al baño y ordenaron que no se acercaran a mí, que no me hablaran. Sentada en mi colchón con la espalda contra la pared y las manos

cruzadas sobre el regazo, dominando a duras penas el terror, el desconcierto, la angustia y el llanto, agucé mis sentidos. La venda sobre mis ojos estaba fuertemente ajustada. Abrir los ojos me causaba molestias e irritación, y sólo lograba una hilacha de luz y color de mis ropas. Deduje que a mi derecha había una ventana porque a media mañana entraba el sol. Temblaba y apretaba las manos intentando vagamente controlar los sacudimientos. No se cuánto tiempo transcurrió así.

De pronto escuché un ruido, casi un roce afuera y sentí algo que supuse una mirada. El silencio de la cuadra se hizo casi corpóreo, y entonces, por primera vez, escuché el sonido de una campana —que presumí pequeña porque no tenía los cálidos matices del bronce amplio— llamando a muertos.

Creo que fue ese sonido, abriéndome a un horror mayor, el que puso un corte a mis temblores. Seguí sintiendo la mirada y me concentré en el esfuerzo total de retener ese grito que hubiera sido aullido, que crecía desde mi vientre y trepaba inundando mi cabeza. Transcurrió así una eternidad y luego la mirada no estaba, la campana había callado y lejos se escuchaban motores como de camiones, algunos perros y, más cerca, pájaros en la soleada mañana de allá afuera, que transcurría ajena a la desesperación. Dentro de la cuadra, tres voces femeninas, tiesas y formales, dialogaban entre sí:

—Correte que me siento a tu lado.

—¿Querés una frazada, mami, no tenés frío?

—No, gracias. Estoy bien.

—¿Usted no quiere una frazada?

—No, no, estoy bien, me da el solcito en las piernas.

Las voces bajaron a murmullo. Alguien se levantó, caminó unos pasos y permaneció un rato quieto. Otra vez pasos, murmullos y un: “Sí, pobre, decile”.

Entonces, una voz diciendo:

—Vos, la que trajeron recién, aflojate, quedate tranquila, nosotras somos tres prisioneras también. Esta mañana ya no vienen los interrogadores, pronto traen la comida.

—¿Vienen quiénes?

—Los interrogadores, los tipos que te hacen preguntas.

(No entendía nada, pero advertí el miedo y la urgencia en la voz, mejor aprovechaba para preguntar algo más importante).

—¿Dónde estoy?

—Y... no sabemos, no preguntes, quedate tranquila, estamos aquí, no puedo hablar más. Fuerza.

(El titubeo inicial, la tensión de la respuesta me dijeron que sí sabían. Pero, ¿por qué no me decían? ¿Por qué la venda? ¿Qué era eso de los inte-

rrogadores? ¿Por qué estaba allí?). Las preguntas me llenaban, las sentía casi físicamente como manos que tantearan tan ciegas como yo en la venda.

En la tarde, un guardia ordenó a las restantes prisioneras que se metieran en la habitación y a mí me dijo que podía caminar. Entumecida, me incorporé, y como borracha, con las manos extendidas, comencé a moverme. Me sentí grotesca, como una marioneta desmañada, y sin darme cuenta cómo, dos lágrimas gordas se escaparon y fueron tragadas por la venda. (Llorando por vos no irás muy lejos, mejor te ponés a caminar derecha, espías tus pies, es tu límite fijo en el suelo, esos son tus zapatos, los de siempre, los que hace tres días lustraste. Zás, las manos contra la pared. Me dicen que debo pegar la vuelta, giro y me concentro en la mecánica del caminar. Alcanzo a ver los mosaicos, sigo la hilera, un pie, el otro, otra vez y otra. Y el caminar es la tarea).

Más tarde sentía la cabeza como una pecera y dentro de ella, yo como un pez enloquecido, azotándome contra el vidrio, contra la venda, contra el no saber, contra la incertidumbre.

Esos 21 días del campo fueron algo muy especial, una suerte de irrealidad, de congelamiento de la vida, de equilibrio ante el borde mismo del horror. Pero sería injusta con el resto de los años de confinamiento si afirmara que ese período fue lo peor. La diferencia entre el tiempo del campo y el tiempo de la cárcel es cualitativa, casi diría que por analogía, es la diferencia que media entre el impacto, el dolor de una bofetada feroz y el efecto de una gota de agua cayendo interminablemente sobre la cabeza. Impacto versus duración, shock versus persistencia. Porque eso fue una trompada en pleno rostro, un desmoronarse de coordenadas de razón, tiempo y espacio.

Esos 21 días se dividen en dos períodos netos: 11 días pasados con otras prisioneras y 10 días de absoluta soledad. En los primeros, fue el aturdimiento, la torpeza, el avasallamiento y la sinrazón y por otra parte, la cálida solidaridad de ese puñadito de mujeres, hasta entonces desconocidas entre nosotras, que fuera capaz de generar apoyo recíproco, un afecto cálido, una realidad próxima y hermana que sirvió como un muro de contención a los asaltos de la locura. Qué importante, todas las noches, el “hasta mañana chicas”, que era como un balance y una esperanza: hasta aquí llegamos, un día más sorteado y mañana a las seis, la posibilidad del buenos días, casi como un conjuro o una reafirmación de la esperanza.

Al tercer día de estar allí, llegó una prisionera más al grupo, de quien me habían hablado porque había estado allí días antes y se la habían llevado —casi con seguridad a torturarla—. Sin conocerla, la esperé con igual incertidumbre y ansiedad que las demás. Que volviera era la posibilidad de ayudarla, apoyarla, y el saber que si nos llevaban, también nosotras podríamos volver.

Por entonces, el campo de la Ribera solía cumplir tres funciones: antesala de La Perla y la tortura; antesala de la U.P.1 y, por lo tanto, de la legalización como presa –cese de esa calidad fantasmagórica del desaparecido– y finalmente, la antesala de la libertad. Pero en síntesis, lugar de tránsito –de duración indefinida–, lugar de exacerbada duda, de tensa espera, de ansiedad sin límites.

Creo que las cinco, sin decirlo, concluimos en que estábamos presas de un monstruoso juego de azar, de una ruleta rusa donde a cualquiera y porque sí, podría tocarle alguna de las alternativas, y aunque lo negáramos (y nos lo negáramos por temor a la decepción), todas apostábamos a la carta de la esperanza y la libertad.

Nuestro día comenzaba temprano, a las 6 hs., con Aurora y con el izamiento a la bandera. Enseguida escuchábamos cómo “bailaban” a los varones: ejercicios violentos, rápidos, que más de una vez provocaban caídas, a las que seguían ruidos y gritos que indicaban que quien caía era levantado a las patadas. Pero en ese momento no podíamos espiar ya que había un guardia en nuestra cuadra, y con buena suerte conseguíamos que esa mañana no hubiera ejercicio también para nosotras. Luego, llegaría la hora de sacudir mantas y colchones, acomodarlos, asearlos; a veces nos daban útiles de limpieza y barríamos, pasábamos el trapo, en fin, casi una parodia de la rutina del ama de casa, una imitación mal actuada de lo que allí comenzábamos a llamar “el afuera”. Este término es el mismo que encontramos en uso en la cárcel, cuando llegamos a ella, y su empleo generalizado tal vez sea el índice de hasta dónde todas percibíamos la calidad esquizoide de la situación.

Cerca de las 8, los ruidos de La Ribera se acallaban: cambio de guardia de por medio, desayuno de los presos y retiro de los gendarmes a otras tareas fuera del patio. Comenzaba allí una de las partes más difíciles de remontar del día: la espera de los interrogadores que solían llegar –según nuestros cálculos– entre las 10 y las 11. En esas horas el tiempo no transcurría: dominando los ruidos externos, el latido –no ya del corazón sino de la sangre bombeada a las venas– nos aturdí. Los primeros días de ese lapso permanecíamos en silencio, cada una resistiendo la angustia, la espera, la incertidumbre. ¿Vendrían? ¿A quién llamarían? ¿Torturarían? La boca se reseca. Oleadas de frío y de calor recorren mi cuerpo. El corazón parece detenerse y luego correr desbocado. Las sienas martillan y una se siente caer en un pozo interminable, cuyo fondo no se puede alcanzar.

Por las mañanas, ese animal agazapado del miedo que todas teníamos, despertaba y enloquecía, arañándonos, mordiéndonos, lacerándonos. Por fuera el silencio de voces y el martilleo acompasado de los pasos de las que median sin tregua la galería. Más afuera la mañana se entibiaba y llenaba de ruidos: los pájaros en los árboles bulliciosos de la primavera reciente; de vez

en cuando, el canto monótono casi triste y lúgubre de un crespín; el movimiento lejano de la ciudad, los perros ladrando, la campana del cementerio de San Vicente llamando a muertos y siempre, siempre, enloquecidamente, el corazón latiendo.

## Cinco monitas sentadas

Para frenar la angustia decidimos sentarnos durante esas horas y hacer algo juntas. En una oportunidad llevaron a una de nosotras hasta el fondo del terreno a tirar basura, y se recogieron una piedritas. Entonces, levantando apenas la venda, jugábamos a la payana o al ta-te-ti en los mosaicos del suelo. Nunca nos encontraron jugando: de alguna manera imprecisa pero exacta, el juego paraba, las piedritas se guardaban y como cinco prolijas monitas vendadas<sup>1</sup>, nos hallaban sentadas en el escalón, en silencio, quietas. Si el tiempo se estiraba, una hacía de vigía: puesta en el extremo de la galería levantaba o bajaba la venda y espiaba si en las oficinas, tras un alambre de fiambra, se prendía la luz. Ésa era la señal de que los interrogadores habían llegado, el estímulo suficiente para lograr la quietud de las monitas vendadas.

Y el comienzo del clímax de la ansiedad; del alerta del oído para escuchar los pasos en la veredita, contarlos y conteniendo la respiración sentir que se paraban frente a la puerta, sin saber aún si era una simple mirada de inspección o la delectación del perro babeante que elige su presa (y en este caso tan presa!).

Si los pasos seguían, era el alivio y la culpa para todas: alivio porque a nosotras no, y culpa por aliviarnos, porque los pasos seguían y entraban en la cuadra de los varones y al salir eran dos. Peor era cuando se llevaban a una de las cinco: las cuatro quedábamos en silencio un rato y luego venían los lamentos por la ausente. Cómo vivían los demás ese momento no lo sé.

Andando el tiempo he comprendido que esos días hablábamos mucho: conozco anécdotas de cuando empezaron a caminar los hijos de una; la pillerías de estudiante de otra; las explicaciones de origen y coreografía de las danzas folclóricas que nos daba una tercera y la manera en que la cuarta solía preparar el pionono. Particularmente, me río aún con el relato de una de ellas, que era porteña, sobre las primeras salidas con su marido y una visita de ambos a un parque de diversiones. Desde cómo se vistió hasta lo que pensaba, cómo era el parque, los juegos, la música, los besos robados en algún lugar sombrío... Lástima que estábamos vendadas, porque tiene unos

<sup>1</sup> En casa de mis padres había dos piezas iguales de sujetalibros. Eran tres monitos sentados sobre un par de libros. Con ambas manos, uno se tapaba los ojos, el otro la boca, el tercero las orejas. Nos veía como a ellos.

ojos muy pícaros. ¡Pero suplantaba esta falencia perfectamente con las caídas de voz, los subrayados y risitas cómplices!! Y cuando terminó, cantó tangos que coreamos en voz baja. Por eso, cada vez que escucho “Bandoneón arrabalero”, me voy de visita al parque.

Recuerdo haber contado algo ocurrido en Cruz del Eje cuando tenía 16 años y estaba de visita en lo de mis tíos. Por entonces se rompió un flotante del dique cercano y se vino la crecida. Esto se supo en el pueblo, por lo que mi tío nos cargó en el auto y nos fuimos a un lugar desde donde se veía bien el río, pero sin correr riesgos. Fue llegar nomás y empezar a escuchar un ruido que crecía, ronco, haciendo estremecer la tierra. Vimos llegar la crecida como una turbia ola gigante, como un muro barroso, salpicando espumarajos, empujando troncos, pastos, maderas y deshechos, ruidosa y adelante, como una paleta de madera que hiciera saltar una pelota de goma, ¡rebotaba un chanco que chillaba enloquecido!! Claro, cada episodio daba tela para cortar: desde los parques de diversiones que cada una recordaba hasta las crecidas serranas. Y así las horas pasaban.

Las palabras nos acercaron, pero nos acercaron a un cuidadoso muro constituido por ellas mismas. Tal vez por eso no puedo decir cómo vivían las demás ese momento en que los pasos del interrogador se alejaban, llevando a una de nosotras, pero sé qué me ocurría a mí: primero era un aflojamiento repentino, un cierto alivio y de inmediato el ¿Por qué no a mí?, ¿Por qué este tipo no me lleva y hace todas las preguntas que quiera, para saber yo también cuál es el motivo de estar acá, y una vez contestadas, que me dejen ir de una vez por todas?! Y todo esto pensado a borbollones, como para ocultar una sorda voz, irracional y oscura que parecía decir: ¡Qué suerte un aplazamiento, porque seguimos estando aquí, un día que se resolvió, un pido gancho a la angustia! Luego vendría una espera conjunta de la ausente y el realizar mil gestos minúsculos: tener un jarro de agua preparado, las frazadas y las almohadas como para que descansara mejor, recoger las medias secas del piolín del baño, todo un ritual del conjuro: las acciones prefiguraban su vuelta y hacían imposible el pensar que la hubieran llevado a La Perla. Además comenzaba el análisis exhaustivo de las pocas palabras que el interrogador había dicho: “¿Viste que nos dijo buenos días a todas? ¿Querrá decir que hoy nos toca a todas? ¿Vieron, antes de saludar nos estuvo mirando un buen rato?, ¿por qué?”.

Luego, volvían por otra y el proceso recomenzaba.

En dos oportunidades, dos de las presas fueron sacadas a la veredita y les hicieron algunas preguntas. Las que quedábamos nos corrimos, sin decir nada, al fondo de la galería, con una suerte de pudor, como para no oír las preguntas y las respuestas (¿Para no saber?). Las voces nos llegaban confusas, aún cuando elevaron su tono, pero pudimos escuchar perfectamente las

bofetadas. Superando el miedo a ser vista, corrí la venda y observé cómo las sacudían y golpeaban en el rostro. Las náuseas me inundaron y una bocanada de amargura me invadió, como una corporización de la impotencia, y por qué no, de asco por mí misma, por verme quieta, ovillada en un rincón, sin decir una palabra, sin intentar un movimiento de defensa de la otra, sintiéndome cómplice del castigo. Porque la racionalización no es suficiente: es cierto, eran hombres armados; es cierto que no habría ganado nada o mejor sí, algunos golpes propios: pero comportándome de ese modo sentía que las dejaba solas, que me lavaba las manos. (Y sobre todo empezar a verificar el límite de la propia cobardía, del egoísmo. Tiempo de amargo conocimiento, de derrumbe de las palabras y de las fantasías, de la aceptación lenta, de las limitaciones propias, de la exploración de la frontera de uno mismo). Pero hubo quienes pudieron responder pese a los riesgos.

Cuando ya se habían llevado a la cárcel a las otras prisioneras y sólo quedábamos dos: una de ellas en una pequeña celda ubicada a continuación de la cuadra y yo, sola en la cuadra de mujeres, un día de sol la guardia decidió sacarme al patio. Allí estaban, desde hacía rato los prisioneros varones: les hacían hacer ejercicios, saltos, carreras, siempre con los ojos vendados. Un guardia me condujo afuera, a la zona sin arbolar. Me quedé allí parada, quieta, sintiendo el sol, el olor del aire libre, el viento suave en la cara, el ruido de la arena y de los movimientos de los varones obedeciendo las órdenes. De pronto, una voz a mi lado diciéndome:

—Caminá, y atendé. Cuando te lo ordene, parate o girá hacia un lado. Caminá y vamos, yo te guío.

Instintivamente adelanté las manos y con precaución comencé a caminar. Me ordenaron bajar los brazos, dejarlos quietos junto al cuerpo y apurar algo la marcha. Tropecé con piedras, metí el pie en algún pozo, como un muñeco grotesco que se causaba risa mientras se movía por el patio. Luego, la persona que me dirigía hizo un silencio. Esperé quieta, con miedo. Dieron órdenes a los varones para que también ellos caminaran siguiendo las indicaciones. El grotesco los divirtió: las voces de mando se mezclaron, y no sabíamos si el “¡adelante!”, el “parate” y el “girá a la derecha” eran para uno o no, así que como ciegos autitos chocadores de un macabro parque de diversiones, recorrimos el patio chocándonos, entre las risotadas de los guardias y sus insultos si equivocábamos las órdenes. Pero sucedió que los tropiezos, que provocaban tanta risa en los guardias, fueron aprovechados por los prisioneros para mascullar alguna palabra, para dar un aliento.

—¡Hola!

—¡Fuerza, hermana!

—¡Bien, compañera!

—¡No aflojés, Flaca!

Sin mover los labios, respondía a todos, y sentí la alegría del choque porque me traía una voz cálida, una palabra de sustento.

En principio había experimentado una profunda humillación, pero luego recapacité. Pobres tipos, qué catadura moral la suya, si para divertirse necesitaban de la humillación de otros. Y al mismo tiempo, qué linda broma. Sin acordarlo, los prisioneros revertíamos la situación y la convertíamos en una posibilidad de apoyo, de contacto solidario y humano a través de la palabra.

Pero cansados ya del juego del gallo ciego, uno de las guardias pidió a un prisionero que cantara. Imaginen la escena. Vendados, quietos, separados entre sí, los prisioneros. Rodeándonos, los gendarmes. Y el designado para cantar, titubeante al principio, firme luego, cantando "Zamba de mi esperanza".

Sentí un estremecimiento recorriéndome el cuerpo, piel de gallina pese al calor generado por el solcito, y de pronto todos los prisioneros cantamos, sí, en el Patio de La Ribera, vendados, pared de por medio con ese cementerio en cuyas fosas —según sabía aunque en voz baja— había decenas de cadáveres. Creo que los gendarmes advirtieron que el canto generaba fuerzas, nos regalaba esperanza y lo suspendieron. Fue entonces que a un guardia se le ocurrió pedirle a uno de los varones que contara un cuento. Lo hizo. Fue un cuento criollo, simple y sin doble intención. Entonces el guardia demandó:

—No, ese no, ¡uno picante, ché!

El prisionero guardó silencio, el guardia insistió. La voz, de chango joven, dijo entonces, en tono bajo pero firme:

—No, señor, aquí hay mujeres. Ustedes lo dijeron. Yo no ofendo a una mujer obligándola a escuchar una guasada.

Lo insultaron y patearon. Luego, devolvieron a los varones a la cuadra, y quedé sola y parada al sol, mezclando las lágrimas y la transpiración, pero con la cabeza erguida, orgullosa del valor ajeno, aprendiendo cómo era posible no degradarse, aprendiendo que los límites en cada situación los pone uno y que todos los días hay que empujarlos —alejarlos un poquito— a riesgo de que si no lo hiciéramos, el desprecio por uno mismo nos llevaría a un pozo sin retorno.

No sé cuánto permanecí al sol —la boca se me reseco, la venda pareció hundirse más en los ojos, los pies se me hincharon y seguramente tambaleé—. Un guardia me tomó del brazo, lo apretó innecesariamente y empujándome hacia la cuadra dijo: "¡Había sido floja, Doña!".

Llegué a la cuadra, me tiré al colchón y me pasé el resto del día allí, afiebrada y con extrañas imágenes rondándome. Luego tomé agua con frecuencia y al cambio de guardia de la tarde, conseguí un par de aspirinas.

Esa noche mis visitantes adquirieron proporciones monstruosas gracias a la fiebre, pero felizmente al día siguiente mejoré.

¿Quiénes eran mis "visitantes"? En este caso, las ratas. He dicho que la cuadra tenía una habitación sin ventanas, separada del corredor por una arcada sin puerta, sobreelevada respecto de la galería, que se situaba un escalón más abajo. Al oscurecer debía ubicar mi colchón en el medio de la habitación, bajo una bombita de luz que permanecía prendida toda la noche. Obviamente dormía vendada, y aunque en los aviones entregan —para asegurar el descanso del viajero— una especie de anteojos negros de tela, en este caso la venda no garantizaba el descanso sino más bien lo interfería. La venda es una suerte de muro opaco que separa de la realidad, que obliga a cerrarse sobre uno mismo, que crea abismos a cada paso, que torna amenazante hasta la realidad más próxima y que si de noche algo sobresalta y uno despierta abriendo los ojos para toparse con la algodonosa barrera, genera una profunda ansiedad, un miedo, una inseguridad difícil de soportar. Generalmente duermo bien y profundamente, y esta bendición no me fue negada ni en los días de la Ribera, ni en la cárcel. Incluso dormía mucho, diez horas diarias contando la siesta, pero evidentemente tantas horas eran una equilibración por el cambio en la calidad del sueño, que guardaba en sí una cuota de expectación, de alerta permanente que hacía que no fuera totalmente reparador, y que se compensara con su extensión más allá de los límites de mis costumbres. Ese alerta me permitió —aunque los acontecimientos no produjeran grandes ruidos— vivir ciertos hechos nocturnos peores que las pesadillas que habitualmente no me asediaban.

La noche posterior a los sucesos del patio, desperté con la sensación de una presencia. Escuché expectante, y el oído ya agudizado en los días de venda y encierro no detectó ruido ni respiración alguna. Lentamente me moví corriendo la venda y espí. Con las patas delanteras apoyadas en el escalón y las orejas enhiestas, había dos ratas de unos veinticinco centímetros de largo, con el pelaje gris oscuro, sucio, grasiento, como separado en mechones. Movían apenas el hocico, como olfateando, y los ojillos malignos tenían —para mí— una acechante y dura crueldad. Sabía (porque más de una vez al agacharme en la letrina alguna había salido corriendo entre mis piernas) que la cámara de excrementos era su morada, por lo que el olor nauseabundo que sentí estaba justificado.

¿Gritar? ¿Para qué? ¿Para ahuyentarlas? Bastaba con moverme y el grito hubiera convocado a la guardia, quién sabe con qué consecuencias. Tragué el grito, me apreté contra mis propios huesos, respiré hondo y las observé.

## Saldos, jirones y retazos

Por las mañanas, cuando la niebla se levanta, no lo hace de golpe y completamente. Perezosamente se deshace en jirones que se enredan en los arbustos, se afinan, se deslíen con el sol. Del mismo modo, los recuerdos flotan a veces, independientemente de tener o no sentido. Quiero recordar una mañana en la Ribera en que después de barrer me agaché para que no me vieran, y así poder levantarme la venda y en cuclillas, quedarme viendo flotar el polvo en el aire, vacía de todo lo que no fuera verlo caer. Solo sé que estaba sola, por lo que deduzco que habrá ocurrido después del 15 de octubre. ¿Por qué siento aún el olor polvoriento? ¿En qué se enganchó para quedar allí flotando?

Puedo entender por qué, pese a ser fragmentario, conservo el recuerdo de un viernes a la noche —y sé que era viernes porque ese día cambiaban el grupo de gendarmes que nos vigilaban—. Es más, puedo calcular que si llegué allí el jueves 6 de octubre, puede haber sido el 14, porque no ocurrió inmediatamente después de mi llegada pero aún estaban las compañeras a quien llevarían a mediados de octubre a la UP1. Habíamos cenado ya cuando escuchamos un alboroto de los guardias: carreras, gritos en la cuadra de los varones, alguien haciendo sonar algo metálico y contando 3, 4, 5 con voz alterada. De pronto un guardia entró revisando hasta el último rincón. El jaleo duró largo rato hasta que se acalló. Al día siguiente una compañera se comunicó con lenguaje de señas con la cuadra de los varones y nos comentó que en el cambio de guardia habían advertido que no coincidía el número total de presos con la “vajilla” que se nos asignaba. Hasta que cayeron en la cuenta de que en un lugar que llamaron la leñera o la carbonera, no recuerdo bien, que en el plano figura como celda de castigo o garaje, había un prisionero de quien dijeron que era viejo y del campo, que lo habían traído muy golpeado y que había muerto. No lo sabíamos, es más, “descubrimos” la existencia de ese lugar, que luego espíabamos cuando nos llevaban a tirar la basura al fondo del patio de césped. Nos llenamos de angustia por su muerte en soledad y porque no teníamos un nombre, ni siquiera un apodo para recordarlo y algún día decir quién era y dónde había muerto. Ese día lo pasamos extrañamente silenciosas, a lo sumo hablábamos de a dos, en murmullos bajos. ¿Quién habrá sido ese alguien fantasmal al que lloramos sin lágrimas por ser un compañero de desdichas? Años después el recuerdo me trae el dolor de entonces.

Otra noche, estando sola, comencé a tantear las paredes de esa habitación tan tétrica, “el dormitorio”, con paredes pintadas al aceite, de un verde oscuro. Quería encontrar rastros de alguna escritura, algún nombre graba-

do, algún mensaje perdido ¿Para qué? Llevaba días sola, a veces me iba al baño y decía en voz baja unas palabras, aunque sea para oírme a mí misma. Primero tanteé rápido, después agucé no la mirada sino mis dedos. La yema apoyada ligeramente, los ojos cerrados bajo la venda, concentrada en las papilas para volverlas sensibles, girándolas suavemente. Nada. Estaba SOLA. Apoyé la frente en la pared, me recompuse, me metí en la cama. Espero nunca más volver a sentir una soledad como aquella, pues de sólo recordarla me da frío.

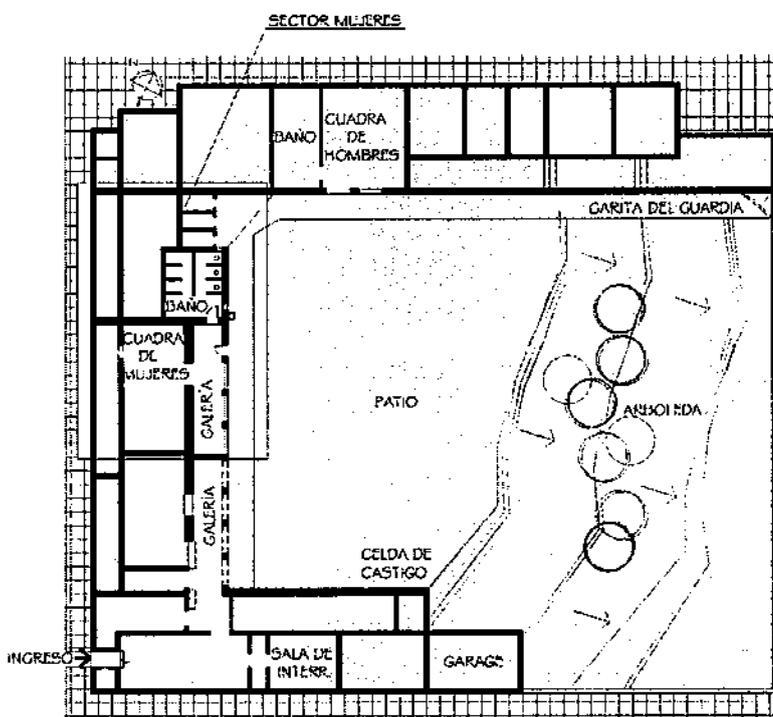
Otro retazo: cuando me sacaron de la UP1 y me llevaron nuevamente al Campo, hacía un calor húmedo, agobiante. En esos días me llevaban al baño dos o tres veces al día. Siempre pedía para ducharme: a veces me lo permitían, a veces no. Una noche un guardia me llevó al baño que estaba junto a la cuadra de varones. Se paró en la parte de adentro del baño, sacó una linterna y me iluminó todo el tiempo que tardé en ducharme. Decidí que no me sentiría humillada. Me paré en un mal lugar: el desprecio. Pero me sirvió. ¡Pobre idiota que necesitaba de una circunstancia como ésa para ver una mujer desnuda! ¡Y hasta disfruté de la poca agua que salía!!

Otro recuerdo que es un jirón es el del canto del crespín que a veces visitaba la arboleda del patio. Su canto no era tal, repetía el sonido de las hamacas de los parques infantiles cuando chirrían. Han pasado los años y la hamaca vacía sigue chirriando en mi memoria.

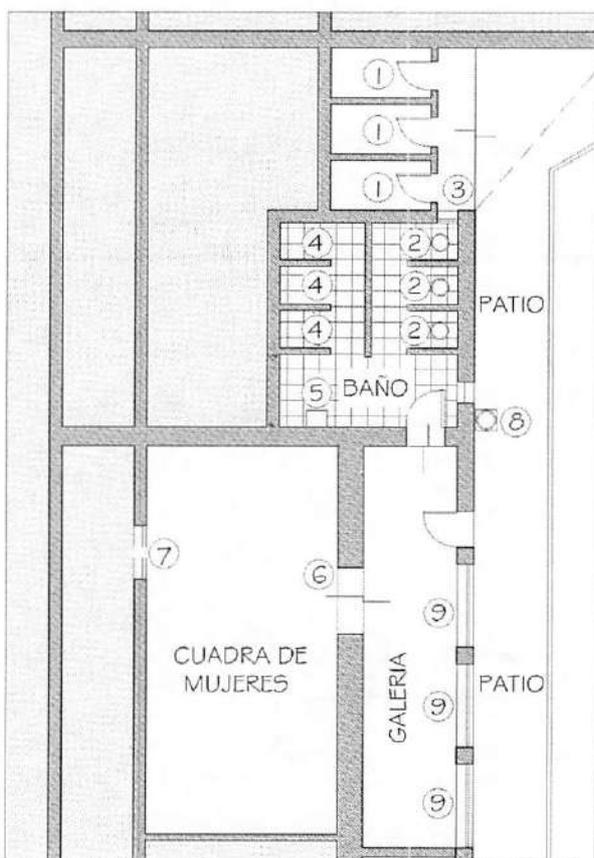
Soy desafinada para cantar. Sin embargo, cuando se llevaron a tres de las compañeras a la UP1 y una quedó aislada en una celda pegada a la cuadra a mano izquierda (que luego sabría que medía escasos cuatro pasos de largo) iba a la última de las letrinas y, sosteniéndome con un pie en una saliencia de la pared y apoyando las manos en las paredes opuestas, acercaba la cara al ventanuco y desafinaba despacito: “Y aquel manzano ya no floreció y fue tal vez por su vejez...”. Ella se colgaba a mi canto ¡y pobre de aquel que nos oyera!! ¿Cuál era el mensaje? No teníamos claves, era simplemente el mejor de los mensajes: estás allí, estoy aquí, podemos cantar juntas. Entonces el día se hacía menos terrible.

Pero así como recuerdo, muchas veces re-vivo. No es evocar imágenes, diálogos, sentimientos solamente. *Es volver a estar allí*. Es sentir la ropa pegada al cuerpo por la transpiración nerviosa, es sentir la espalda tensa, los músculos duros, el sudor corriendo por la cabeza, bajando hasta la venda que no siempre lo contenía, llegando a los ojos para producir un ardor urticante, percibir el temblor de las manos y un zumbido enloquecedor en los oídos. Momentos en que no podía evitar pensar en mis hijos, en los que enloquecidamente trataba de entender por qué estaba allí. Es que la venda, más allá de ser un tormento permanente, día y noche, era el símbolo del no poder ver ni entender. Y al re-vivir, vuelve la sensación de algo como un

ácido quemando las entrañas, percibir una desintegración corporal, un despegarme de mis huesos, licuarme interiormente. Esas vueltas al pasado son demoledoras: nuevamente quisiera aullar y un silencio algodonoso me llena la boca. Con la muerte de mis seres queridos aprendí que el dolor no nos deja, pero que con el tiempo aprendemos a convivir con él, que pasa a ser parte de nosotros mismos. Me pregunto si algún día aprenderé a convivir con todo esto y ya liberada, podré recordar sin revivir, porque sé que olvidar no podré, ni quiero.



PLANTA GENERAL CAMPO DE LA RIBERA  
Esc. 1:750



#### REFERENCIAS

- ① - Celdas 2.50 m x 1.20 m
- ② - Excusado con receptáculo de losa a ras de piso
- ③ - Ventana tipo banderola
- ④ - Duchas
- ⑤ - Lavatorio
- ⑥ - Umbral de ingreso a la cuadra con desnivel de 12 cm
- ⑦ - Ventana alta con barrotes y madera
- ⑧ - Termotanque oxidado sobre basamento de hormigón de 1.50 m de alto
- ⑨ - Ventanas de dos hojas

PLANO SECTOR MUJERES  
Esc: 1 : 250

## Otros datos

**Venda:** Se usaba permanentemente, las 24 hs., aún para dormir. Trapo blanco atado con nudo atrás. Contra los ojos, dos pedazos de algodón que con el calor producían un ardor insoportable. En el baño nos sacábamos la venda y nos lavábamos los ojos. No teníamos más que un trocito de jabón de lavar. Una vez nos dieron bicarbonato para usar como dentífrico y desodorante.

**Vajilla:** Platos de aluminio, tenedor y cuchara, jarros de acero. Se lavaban y devolvían después de comer, salvo un jarro que quedaba en el baño. Comíamos vendadas, sentadas en el umbral.

**Comida:** Muy poca, y pésima. Una vez nos trajeron unas arvejas con tomate que tenían enorme cantidad de sal gruesa. Nos obligaron a comer. El desayuno y la merienda: un jarro de mate cocido y un trozo de pan (a veces). La comida era traída por un “fajinero”, un preso, al que acompañaba el guardia. Temíamos que fuera un “botón”.

## De memorias y gaviotas

Muchas veces recorro a la expresión “Corredores de la memoria”: la misma evoca distintas imágenes. No sé si por siempre o por un largo tiempo yo evocaré un corredor, sólo uno: el del 1° piso de la U.P. 1 de Córdoba, corredor gris iluminado por tubos fluorescentes con una reja al fondo y otra adelante, lustroso de tanto caminarlo. Y una celda, la 42, mi segunda celda.

(Si el corredor es la memoria, cada celda puede ser un recuerdo o su simulación. Hay algunos que encierro bajo doble vuelta de llave, que resuena tan seca y siniestramente como sonaban aquellas. Pero los recuerdos son tan rebeldes como yo misma, y como lo hacía mediante recuerdos, las ansias, la imaginación o la prolija reconstrucción de cosas del pasado o simplemente las furiosas ganas de VIVIR, consiguen eludir candados, cerrojos e insidiosamente se filtran en la cotidianidad).

Celda 42, estrecha, la cama baja (de nicho bajo, mejor), la ventana cerrada durante el día, los cuadrados de vidrios trabajados que no dejan ver el otro lado, el banquito de latón junto a la mesita de cemento tan fija como él. La cama tendida, la mejor frazada prolijamente extendida, el bolso (hecho de sábanas viejas, siempre listo para irnos) colgando de un clavo, ordenado y limpio. Sobre la repisa del escritorio-mesa, dos tarros de leche Nido, una carpetita, un par de piedritas traídas del patio, el peine, el cepillo. Sobre la mesita una servilleta lavada hasta el cansancio. Y nada más. Perdón, olvidaba algo muy importante: el tarro de aceite de cinco litros para hacer las necesidades, oculto tras una saliente de la pared, y al lado, el papel higiénico.

Y ese olor. Ese olor mezcla de sopas frías, de encierro, de jabón, de aire rancio de encierro. Ese olor, hoy muy pegado a mi memoria, un olor a espantos viejos. Y la celda que encerró angustias y temores me trae, sin embargo, la clara evocación de los jueves, esos jueves especiales de los “programas radiofónicos”. Me explico: el encierro es pesado de sobrellevar, sobre todo cuando no se puede ver ningún rostro, salvo el propio, distorsionado en la tapa del tarro de leche que se lustra y se cuida.

Eran muchas las horas de encierro al comienzo: a la mañana, de 8 a 9 salíamos a higienizarnos y a limpiar la celda. Ya las “fajineras” (dos de nosotros) habían limpiado el pabellón, repartido el desayuno y lavado los jarros. Luego, de 12 a 13:30 a almorzar, y de 19 a 20:30, a cenar. El pan que llegaba

a las 11 y el mate cocido, a las 16 hs. eran nuestro reloj para cortar el tiempo distinto del de afuera: un tiempo que se movía entre la laxitud total o la tensión insoportable de algún insólito que podía ser una tormenta o la llegada de una nueva presa. Tiempo viscoso, de una morosidad alucinante en el transcurso de un día, pero que luego se perdía, se disgregaba en la rápida corriente de los meses. Tiempo de la permanente angustia, de la insobornable tensión, tiempo de los gritos callados raspando gargantas, tiempo-corredor recorrido a ciegas, tanteando las paredes. Tiempo para desgranar limando un hueso, para empujar haciendo algo con qué llenar un vacío de agujero negro. Entonces, a inventar cosas con qué domarlo, limarlo, domesticarlo, a inventar maneras de no enloquecer, de sobrevivir, y aún más: de vivir.

Las puertas iguales, grises, de gruesa madera forrada de chapa, con una abertura de unos 30 por 15 cm. cortada brutalmente en los bordes de chapa, puesta a la altura de los ojos. Un año atrás se comía en las celdas, y por allí pasaban los platos. Hoy se nos permite hablar al pasillo, comunicarnos con las demás, pero fundamentalmente, controlarnos. No hay posibilidad de murmullo, de voz baja: todo puede ser controlado y hay que hablar "con claridad".

Pronto comienzan las "clases" dictadas "por la mirilla": castellano, matemática, inglés, lo que se sabe, cualquier cosa. En algún recreo acordarnos que todas debemos participar para lograr un ejercicio de la mente, del razonamiento. Somos conscientes del riesgo del silencio, y aunque a veces no nos interesa lo que se enseña, o queremos abismarnos en nuestros propios delirios, sabemos que ésa puede ser una buena forma de llegar a la locura.

Cada una aporta algo: hay relatos de viaje, o la descripción de donde hemos vivido, de la misma absurda manera en que se da un curso de recetas de cocina: los piononos y las tortas heladas desfilan por el mismo corredor por el que cotidianamente recorren los guisos carreros.

¿Con qué contribuir entonces? No me pareció conveniente un "curso conceptual sobre educación". Sería pedante, pesado y peligroso. ¿Entonces? Recordé un disco de Cortázar en que éste lee algunos trozos escogidos y hace comentarios. Recordé un programa de Radio Nacional y así nació "Radio La Voz de la Gaviota".

Jueves. Todos los días, cerca de las 16 escuchaba el arrastrar de los tachos por la escalera. La celadora abría las puertas de las fajineras del día, batían palmas anunciando el fin de la siesta y del silencio. Y un perezoso rumor llenaba el pasillo. Los jarros de mate cocido aparecían puntualmente en las mirillas, junto con el rostro, la sonrisa y la palabra de la compañera. Un rato después los movimientos se aquietaban y, entonces, era mi turno.

Un par de frazadas dobladas contra la puerta para pararme sobre ellas y alcanzar con la boca a la mirilla, las manos extendidas contra la puerta,

sosteniéndome, o apretadas contra el filo de la chapa de la mirilla precautoriamente cubierto por la toalla. Y alguien decía:

-¿Y? ¿Prendemos la radio?

-¡Sí, sí!

-¡No, esperen que me preparo!

-¡Che, no hagan ruido que empieza!

Entonces, con mi poca entonación tarareaba los primeros compases del minué de Boccherini y... Pip-Pip, "16, 15 hs., aquí radio La Voz de la Gaviota de la U.P. 1, pabellón 14, celda 42 transmitiendo su programa: *El libro leído para usted*. En la emisión de hoy tenemos la lectura del cuento de..." y allí iba el autor, sus datos biográficos, características de su producción, la ubicación del cuento y, como si fuera leído, éste mismo. Ya el segundo jueves, se instalaron tras las rejas la jefa de guardia y las dos bichas a cargo del piso, con sus tejidos, a escuchar como cualquier mujer de afuera, "la novela de la tarde".

Generalmente terminaba antes de la hora en que abrían las puertas, entonces al concluir, venían el debate, la interpretación, los juicios, las preguntas. Muchas veces al salir surgían los comentarios, las aclaraciones.

Y así, Carpentier, Kipling, Onetti, Quiroga... ¡tantos!!!

Hasta aquí, la piel de los hechos, el límite externo de ese recuerdo para mí entrañable. Sin esfuerzo alguno reavivo esos jueves: son nítidos en el recuerdo y me devuelven, intacta, la feroz alegría con el fondo agrio de la bronca y la mueca de burla y desprecio que mentalmente dibujaba. Mi voz era sólo un vehículo, casi como una gaviota en la que trepábamos todas y que, como el ganso de Nils Hølgerson, nos trasladaba más allá de los barrotes, del sucio callejón, de los cerrojos y portones, y por un tiempo que los relojes convencionales no pueden tasar, nos íbamos de allí, burlándonos de todo: éramos libres.

Sí. Ilusorio, fantaseado paseo, pero no por eso menos real. Un puñadito de mujeres pegadas como lapas a las puertas, el oído atento, la mirada hacia adentro dibujando las imágenes, siguiendo los movimientos, viviendo las pasiones. Ni un chistido, ni el cansancio que tironeaba las piernas por soportar el peso del cuerpo, ni el calor, ni el frío, nada impedía que se concretara ese pido gancho a la angustia, ese recreo cortito entre dos bloques de la cotidiana y monótona espera.

Durante la semana realizaba la preparación: pensar en un título, reconstruir la trama, el vocabulario del autor, el ritmo interno del cuento, los datos biográficos. Otro día me dedicaba al marco histórico, la corriente literaria, las influencias en y de sus obras, su proyección. El día que relataba el cuento, repensaba los nudos, los personajes y procuraba "retratarlos" lo mejor posible. Pasaba horas en todo esto. A veces peleaba con los recuerdos perso-

nales que, como seca polvareda, empañaban el relato. Otras, cuando sentía que el cuento amenazaba con tomarme desde dentro, anotaba con jabón en la puerta la secuencia o los nombres de gentes o lugares. Y cuando la reconstrucción vacilaba por algún agujero en la memoria, era de ver el preciso zurcido que hacía, apoyándome en la estructura general para disimular el parche, buscando la fidelidad mayor, el respeto al autor. Y recordaba con una sonrisa aquel concepto de Ecco, de obra abierta. “Arqueología de la memoria” a la manera de Foucault, relevamiento de planos internos, exploración de recovecos y luego, la voz: al principio controlándola, modulándola, y de a poco resbalando en una especie de independencia de mí misma, como lo que supongo que debe ser la relación instrumento –ejecutante– espíritu de la obra.

A veces la elección implicaba un desafío a mí misma por su complejidad, como por ejemplo, *Concierto barroco*, de Carpentier. Lo había leído en una hermosa y cuidada edición con letras iluminadas al comienzo de cada capítulo –como las de los misales medievales– y esas miniaturas parecieron sugerirme la línea de rescate prolijo y detallado a seguir. Pero primero, era necesario el soporte que estructurara la totalidad ¿Qué mejor que recordar, entonces, la estructura de un “concerto” barroco? Con trabajos y sudores, recordé las cuatro estaciones de Vivaldi, los movimientos que se repiten: *allegro*, *adagio*, *allegro*. Las variaciones al *allegro* las proporcionarían las propias tensiones internas del relato. Luego busqué el sonido del violín, el del címbalo, y pacientemente torcé un cordel de dos fibras: la musical y la novelística. Entonces armé la estructura básica sobre la que entretejería el dibujo brillante, esmaltado, de la acción. Caí en la cuenta de la brutal riqueza del lenguaje del autor, y de las dificultades del lenguaje barroco, para que éste no cayera en una sobrecarga que rompiera con su peso la ligereza de las curvas, las volutas y sutiles ligazones de esa especie de encaje verbal. Busqué en mi memoria lo que podía llamar un vocabulario arquitectónico, otro marinero, otro de almacenes. Luego recurrí al tacto, al olfato, al gusto, al oído y a la vista para probar cada palabra y encontrar el adjetivo que mejor calzara con ella. Hasta allí, la primera parte (la isla, el viaje, España, la llegada a Italia) que relataría el jueves. Ese día, al comenzar, me sentí tensa, pero el juego me atrapó: como un director de orquesta fui dando la entrada a cada instrumento –en este caso, cada palabra– apurando el fraseo o extendiéndolo con morosidad según las circunstancias. El viaje y la llegada a España fueron el *adagio*, y el *allegro ma non troppo* final fueron las escenas venecianas.

Cuando salimos al recreo, una compañera se me acercó y me dijo: “Hubo muchas palabras que no escuché ni entendí, no sólo porque no las conozco sino porque me gustaba mucho más escuchar la música que formaban. Me

hacía acordar a esos días de viento en las sierras, con las nubes redondas deshaciéndose y volviendo a armarse, los pájaros llamándose a sí mismos, el ruido de los pastos duros, y las piedras chicas volando cuando pasan las cabras". Por supuesto, me emocioné mucho y pensé que Carpentier se alegraría al enterarse que, si bien su obra había sido "deformada" por mí, había servido para que una serrana dulce y simple, pero dueña de una gran sensibilidad pudiera, durante dos horas, recuperar su paisaje y transitar por un sendero conocido y amado por ella.

Otras me preguntaron significados, recordaron cosas, describieron cómo habían imaginado el viaje, y hubo quien me confesó haberse mareado, aunque no sabía bien si por el cansancio de estar parada o por ir literalmente en la nave. Yo me sentí realmente, cabalmente, un "Barco", y muy feliz porque ese jueves, en lugar de volar, habíamos navegado. Así que la semana siguiente finalicé el libro: el baile, los músicos en el cementerio, Armstrong, el teatro, la estación de trenes. Y cerré el relato tarareando, espeso y bajo, *St. Louis Blues*.

Barroco, curvas, infinito, perfección, equilibrio: nociones que, de alguna manera extraña, comprendí mejor entonces. Y hubo muchos jueves. Por ejemplo aquel del cuento de Quiroga y el machete junto al alambrado que nos calcinó con un sol de mediodía y nos desangró en esa tierra misionera. O aquel otro que nos paseó por la infancia, de la mano de Mowgli, y a nadie le sorprendió que los lobos, los tigres y las boas hablaran: demasiado sabíamos por experiencia que lo hacían, con la diferencia de que las fieras del cuento eran buenas y las de nuestra realidad, muy crueles.

Sin embargo, de todos los jueves, el jueves que ha quedado grabado en mí como a fuego fue el primero. Ése en el que, recordando y parodiando un disco de Cortazar, relaté "Continuidad de los parques" y allí rescato el lapsus inicial: por esas trampas que tiende el inconsciente, titulé el cuento *Intimidad de los parques*.

Y vuelven intactos hasta mí el olor del corredor, el calor temprano de aquella primavera del '77 que se enfriaba en las celdas húmedas, el silencio algo rígido al principio, ávido luego; el sonido amortiguado de la reja al abrirse, la sombra de la celadora que se paró junto a la puerta para espíarme —porque creyó que habría conseguido el libro—; el ruido del carro de la basura en el callejón, el rayo del sol que ingresa a la celda de enfrente y, debilitado, resplandece en el pasillo interno; mi frente, contra la puerta para dejar la boca justo en el agujero de la mirilla. Y ésta, mi versión del cuento, tal como hoy recuerdo

Aquel día había terminado sus tareas y regresaba en tren a la finca donde tenía una cuestión de aparcerías que discutir con su mayordomo. Entretenía el viaje con la lectura de una novela comenzada días antes. Llegó a la finca, al portón y al robledal que lo llevaban a la casa. Atendió sus asuntos y después, cómodamente ubicado en el sillón de alto respaldo verde de su estudio, retomó la lectura y se dejó llevar por ella, por sus personajes, alejándose de allí, del sillón confortable, de la puerta a sus espaldas, de los cigarrillos cercanos, del resplandor del atardecer que se insinuaba, entregándose a la trama de una historia sórdida que giraba ante sus ojos. La cabaña los esperaba y la mujer fue la primera en llegar, agitada y temerosa. Luego su amante rasguñado por las ramas espinosas. Ella besa sus heridas pero él se desprende, no ha venido hoy a celebrar secretas ceremonias de interiores al amparo de senderos furtivos. Junto a su pecho late el puñal que los llevará a la libertad soñada y en el encuentro, desdibujada se advierte la imagen de aquel que hay destruir. Todo está previsto y repasan la secuencia que corre ante sus ojos, mientras las manos trazan caricias como sierpes en los rostros alterados. Todo está previsto hasta en los detalles. Comienza a anochecer.

La mujer toma la senda del norte y su pelo flamea al viento. Él toma la senda contraria y como una sombra se pega a los árboles hasta divisar en la penumbra el robledal. Los perros no debían ladrar y no ladraron. El mayordomo no estaría y no estaba. La puerta debería estar sin llave y se abrió al apenas empujarla. El piso en damero de la entrada, la galería que lo lleva a la escalera que no tenía que crujir y no cruje. Arriba tres puertas: nadie en las dos primeras, luego la puerta del estudio, el puñal tibio en su mano, los ventanales con resplandores de sangre y frente a ellos el alto sillón de respaldo verde, y el hombre abismado leyendo una novela.<sup>1</sup>

Y despacito, a tirones al principio, clara y nítida después, la imagen de mi casa, el sillón, las plantas, el sol, los chicos jugando afuera, el dulce puesto al fuego y el aroma llenándonos; y vos y yo, querido, sentados fumando en silencio y escuchando a Cortázar. Tiempo-memoria de infinitas capas, como de cebolla, transparentes: conviviendo, superponiéndose, inscribiéndose recíprocamente, constituyéndome.

Hoy es otoño nublado con retazos de sol; es otoño y otra vez el sillón, las plantas, el dulce, el grabador que desgrana —y no por casualidad— un concierto barroco, los chicos afuera, vos lijando madera y yo escribiendo —que

<sup>1</sup> CORTÁZAR, J., "Continuidad de los parques", *Final del juego*, México, Ed. Los presentes, 1982.

es una manera de lijar los recuerdos, para sacarles la sal del dolor (que es rebelde y no sale)— y esta memoria de la memoria que ya tiene muchas capas encima y que no logra apagar la voz de la Radio La Voz de la Gaviota.

Debe ser por eso de la voz que no calla —y no debe callar— que a veces, cuando el clima es propicio porque siento que el auditorio es sensible, propongo lo que puede ser un juego: pido que los oyentes cierren los ojos, o se los tapen y poniéndome de espalda a ellos, rebobino el tiempo, describo el eterno pasillo maloliente, las rejas, las celdas, los jueves, la mirilla y la Gaviota vuelve otra vez.

Y el comentario ha sido unánime: al principio tan contra la voluntad del oyente como lo fuera contra la nuestra, se ven empujados, apresados en las celdas. Pero también han “sentido” como era posible la magia del vuelo y tal vez como en un ritual de expiación por sus libertades de entonces, han compartido con nosotras una tarde del jueves.

# Terremoto

El 24 de noviembre de 1977, a las 6 de la mañana, nos despertaron, a la Vieji y a mí, por ser las fajineras del día. Barrido, distribución de jarros en las rejas de entrada al pabellón para que las bichas los llenaran con el mate cocido con leche del desayuno. Quedaban lindos los jarros allí, lustrosos, reflejando el largo pasillo encuadrados en el gris verdoso y opaco de los barrotes. Y la rutina filtrándose: ahora a cargar los baldes, preparar los trapos y no olvidar luego, repasar los azulejos: parece que hará calor (porque el aire está pesado, silencioso y quieto) y todas queremos ducharnos. Los piletones son profundos, azulejados, y el agua al caer en los tarros hace mucho ruido. Mi compañera es baja, me sobrepasa en edad, está en la celda siguiente a la mía y nos conocimos en la Ribera. Nos llevamos muy bien y nos reímos con frecuencia. Como ha adelgazado mucho la prótesis superior le queda grande, y hasta ella festeja como un chiste el farfulleo que le sale a veces cuando habla: “es que la lengua se me enreda entre los dientes” dice, entre carcajadas, acompañada de las castañuelas de sus dientes.

Mientras controló que los baldes no se rebalsen, pienso: ¿pasará algo hoy? Algo que rompa esta rutina monocorde que nos embrutece a todas. Y de pronto, la cara espantada de mi compañera, los ojos desmesuradamente abiertos, los labios temblando, farfullando sin que le entienda nada. Cierro la canilla para escucharla, pero entonces, un ruido sordo y profundo, que viene desde abajo, y entonces oigo: “¡Temblor, Susana, temblor!!!” “Rápido, al umbral”, le digo mientras la empujo hacia la puerta del baño. Y desde allí vemos ondular al pasillo, que parece avanzar hacia nosotras, mientras las compañeras encerradas gritan enloquecidamente y los bancos de hierro que bordean los mesones del “comedor”, que con esfuerzo hemos levantado y apoyado sobre las mesas, chocan con ellas, y los jarros, en las rejas, contra los barrotes, y el mundo se quiebra, brama, tiembla, se raja.

Las compañeras nos llaman, las bichas disparan escaleras abajo.<sup>1</sup> No pienso más que en dos cosas que atraviesan velozmente mi cabeza: si llegué viva hasta acá, no hay derecho a que me muera en un temblor; y enseguida, una voz temblona y débil que me cuesta reconocer como mía, diciendo:

<sup>1</sup> Después sabríamos que a las bichas las sancionaron por abandonar sus puestos, por no sacar la llave de las cerraduras de las rejas y celdas, ya que el temblor podía desequilibrar el mecanismo impidiendo abrirlas.

“¡Mamá, Mamita!!!”. Ahora se suman voces: las de las compañeras de planta baja y, en el callejón, los comunes gritando: “¡Suelten a las mujeres!!! En ese momento, pongo mis manos en los hombros de la Vieji y mirándola le digo: “Andá desde la primera celda hasta la del medio, la de X, miralas por el pasaplatos y decíles el nombre a cada una”.

Por mi parte, corro hasta la mitad del pasillo (¡Cuánto tiempo sin correr!!) que se había aquietado y no ondulaba más. Tampoco sentía el ruido aterrador de la tierra bramando, ni el choque de mesas y de jarros, pero sí, encogiendo el corazón, las voces desesperadas, aterradas, de las compañeras pidiendo que las dejaran salir. Me asomé a cada celda hasta el final del pasillo: algunas compañeras me miraban con la mirada perdida y sin verme, otras estaban tiradas sobre la cama en posición fetal, alguna se chupaba el pulgar. Otras me insultaban porque no les abría, mientras me esforzaba en decirles lo que sabían: no tenía llaves y las bichas se habían ido al callejón, mientras alguna preguntaba qué pasa y otra parecía clavada a la pared, con los brazos extendidos como un Cristo y hasta hubo quien sacó la mano por el pasaplatos para apretar fuerte, fuerte, mi mano.

En algún momento las celadoras volvieron, pero no recuerdo cuándo ni qué dijeron, todo es angustiosamente turbio en mi recuerdo. No había ninguna compañera herida, desde abajo, por las ventanas, nos decían que allí tampoco. Y en medio de la conmoción, empezamos a organizarnos. Las compañeras abogadas decían que el abandono de la guardia por las bichas era punible, que había que pedir hablar con el Jefe de Seguridad y denunciar lo ocurrido. La compañera arquitecta inspeccionó el pabellón: justamente en la pared que daba al callejón se produjo una larga rajadura horizontal que mostraba, como una boca desdentada y negra, los bordes separados de algunos ladrillos. En otras partes había rajaduras más chicas y verticales. Según nos dijo, la peligrosa era la del comedor, y allí nomás resolvimos “explotar” el peligro potencial de derrumbe<sup>2</sup>. Y lo hicimos. En principio, pedimos que compareciera el jefe de seguridad.

Como a las nueve, calculo, habían abierto nuestras puertas, estábamos fuera de las celdas para los remezones siguientes y acordamos en exagerar los gritos y los terrores, pidiendo ir al patio “por falta de aire”. A media mañana llegó el jefe de guardia, a quien reclamamos la presencia del Director de la cárcel, para rebajar luego al Jefe de Seguridad. Cuando éste compareció exigimos, pedimos de todas las formas y en todos los tonos posibles. Pero lo que sí tengo bien presente es que no nos dejaban acercar a las rejas,

<sup>2</sup> Nuestra arquitecta nos comentó que el edificio que albergaba a las mujeres había sido diseñado por una arquitecta mujer, y que Cruz Roja le había negado la habilitación por no reunir las condiciones mínimas de metraje cúbico de aire por persona, ventilación y otros aspectos.

y graznaban: “¡Atrás, Señoras, atrás, a ocho pasos, Señoras, a ocho pasos!” ¿Por qué ocho y no nueve o siete? Nunca nadie supo decírmelo, pero creo que la racionalidad penitenciaria no existe, es una sinrazón más para hacer sentir que estábamos al arbitrio de los carceleros, dueños de la fuerza, aunque la razón –o mejor las razones– fueran nuestras.

Estábamos muy asustadas, cada quien contaba cómo la había sorprendido el temblor, lo que había sentido. Pero también resueltas a sacar el jugo a la situación. A todos los presos los habían hecho salir de los distintos pabellones, aún a los compañeros presos políticos. Las únicas que permanecimos encerradas y bajo llave fuimos nosotras. ¡Y pretendieron hacer creer que era para cuidarnos de los presos comunes!!!

¿Qué conseguimos con nuestros reclamos? En principio, que nos sacaran al patio ante la más leve señal de temblor, y que lo mismo hicieran con las compañeras de planta baja, de modo que pudimos conocernos o re-conocernos, cambiar noticias aportadas por las “recién llegadas” (o sea, las cinco que habíamos llegado de La Ribera un mes antes) También cambiamos “recetas”, modos de trampear, opiniones sobre la situación política, o sobre las celadoras, sobre los remedios a pedir. Pero sobre todo, tuvimos otras interlocutoras y escuchamos con igual paciencia (poca o mucha) con que éramos escuchadas.

De las recetas, hubo una que marcó época. La leche que distribuía el penal era muy “gorda”. La poníamos en un jarro o en una lata vacía de leche Nido y luego de aflojar pacientemente el vidrio y la ventanita que cerraba la caja de luz de la celda, poníamos el recipiente con la leche junto al foco o bajo el tubo hasta que la leche se cortara. Una vez logrado esto, colocábamos en un lienzo o un trozo de sábana la leche cortada y dejábamos escurrir el suero. Como el olor era agrio, fuerte, dejábamos los recipientes en la mesada de la “cocina”, junto a la ventana, y al día siguiente teníamos un delicioso queso crema. Entre las 10:30 y las 11:00 horas, nos repartían panes aún tibios de la panadería del penal. Vaciábamos de miga los pancitos y los rellenábamos de “queso crema”: ¡cañoncitos de media mañana!! Era, sin lugar a dudas, la comida más rica del día.

Pero el procedimiento entrañaba sus riesgos. Por no ser ordenado por el personal carcelario, era clandestino y por tanto, punible. De modo que comenzamos a hacer bolsas de uso común, donde se ponía la leche cortada de ocho o diez celdas y cada noche acordábamos quién se hacía responsable de cada bolsa, en el caso de haber requisa. Así, durante la noche, colgaban de caños y canillas dos o tres bolsas que goteaban suero y olor, y las fajineras del día siguiente eliminaban el suero y dejaban listas las bolsas para el reparto.

Nuestro piso aportó la receta de “la cremita”. Como en ese entonces yo sufría de hipoglucemia, iba al médico –quien me preguntaba qué tenía y qué

remedio necesitaba— y éste me extendía una receta por un kilo de azúcar, que el Flaco retiraba martes por medio para ingresar como medicación. Yo usaba una parte del azúcar cuando me bajaba la glucemia, y lo que restaba se mezclaba con leche Nido, unas gotas de agua y se batía largamente. El resultado era una especie de “cremita”, de sabor parecido a la leche condensada. Una vez por quincena, cuando ya llegaba el otro kilo de azúcar, preparábamos y distribuíamos la cremita, y si no alcanzaba una cucharadita para cada una, se hacían turnos. De modo que expliqué a las compañeras los síntomas de la baja de glucemia para que, así, pudieran “reproducirlos”.

Las salidas al patio —esperadas con ansias— ocurrían en cualquier momento, dependiendo de los remezones del terremoto que se extendieron varios días, estaban bajo el “control” de una compañera: como alguien dijo que el agua era muy sensible a cualquier movimiento sísmico, esta compañera tenía todo el día al alcance de su mirada un jarro de aluminio con agua hasta la mitad. Y si la superficie se agitaba daba la voz de alerta: “Celadora, ¡temblor!” Inmediatamente las demás nos prendíamos, y nuestros gritos alertaban a las chicas de planta baja que también gritaban: “¡TEMBLOR!”, como si la vida se nos fuera en esos gritos.

A la hora de la siesta nuestra compañera controlaba el “sismógrafo”<sup>3</sup>, colocaba una frazada en el suelo, se tendía boca abajo en ella, cruzaba los brazos a la altura de los hombros, apoyaba allí la cabeza y vigilaba toda la siesta. Esta compañera, dueña de un gran sentido del humor, relataba una vez por semana una telenovela en boga en aquel entonces: *Piel Naranja*, y procuraba hacer cambios de voz según los personajes y las situaciones. Los momentos más desopilantes se correspondían con situaciones amorosas, en los que, con humor y lujo de detalles, describía ojos, boca y expresiones de los personajes.

Pues bien, con una de esas voces propias del relato de la telenovela, era que exclamaba temblor. Nosotras comentábamos a las compañeras de abajo que no había que temer a quedarse encerradas en algunas de las réplicas de los temblores, ya que en el piso teníamos un “sismómetro de precisión”. Pero nuestra compañera era, entonces, voluminosa y no sabíamos si el temblor lo originaba el agitarse del agua en el jarro o sus posaderas, de allí el nombre del instrumento de precisión. También asumía otras tareas, como por ejemplo, ser “la hora oficial”, por su exactitud para determinarla. Los movimientos cotidianos (cambio de guardia, llegada de los tachos de la comida, etc.) marcaban ciertos parámetros generales, como si tuviéramos

<sup>3</sup> Nuestra compañera tenía voluminosas “posaderas”, por lo que, al tirarse al suelo a la siesta con el jarro de agua delante de los ojos, lo primero que se veía al mirar por el pasaplatos, era su trasero. Bautizamos entonces “sismómetro” al “artefacto de precisión” para medir los temblores.

que “marcar tarjeta” o “llegar a tiempo” a una cita, pero queríamos saber la hora con exactitud. Y ella logró desarrollar prolijas observaciones y cálculos que incluían sombras y luces que perseguía en su recorrido por arriba de la mesita que cada celda tenía junto a la ventana. Y aún los días nublados, en invierno o verano, dio la hora con una precisión que asombraba a las bichas que controlaban sus relojes cuando ella informaba en voz alta.

Y saber la hora —algo que se nos negaba, lo mismo que la fecha— nos ayudaba a trazar parámetros de contención, nos devolvía un rasgo de “humanidad”. (Pensándolo bien, creo que he usado esta expresión indebidamente. Ellos no podían devolvernos humanidad porque simplemente no la tenían, sólo podían dar o quitar condiciones a partir de las cuales, nosotras la construyéramos. Y en esa tarea, nos obstinamos. Creo que uno de los secretos de nuestra supervivencia fue el de la “inversión” o, tal vez, “la subversión” de lo que pretendían. Y que a cada degradación suya, nuestra respuesta fuera la dignificación.) Pero vuelvo a los hechos.

Bajar al patio con las compañeras de la planta inferior nos permitió también conocer más de cerca una situación inicua: la de una compañera que en el momento de ser apresada había resultado herida con lesión medular, por lo que perdió la posibilidad de caminar. Le habían colocado una cama en el “comedor” y su cuidado durante el día y la noche estaba a cargo de otra compañera. Su familia le había hecho llegar una silla de ruedas, y por indicación del médico del penal y so pretexto de curarle unas escaras que tenía en la zona lumbar, se decía que habían pedido a su familia el envío de un injerto de piel, que no había dado resultado, y que obstinadamente seguían pidiendo.

Seguramente estas cuatro o cinco veces que nos reunimos en el patio sirvieron para ajustar los sistemas de comunicaciones que funcionaban entre los integrantes de los distintos grupos políticos. No obstante, funcionaron riesgosamente las “palomas” (tiras de sábana lanzadas silenciosamente durante la madrugada, con un mensaje atado en el extremo), o lo que se podía alcanzar a intercambiar cuando nos llevaban al hospital y nos cruzábamos con las de planta baja, y tal vez con otros sistemas que no llegué a conocer. Lo que sí recuerdo claramente es que la “brujería”<sup>4</sup> no comenzó a funcionar hasta mayo, aproximadamente, cuando trasladaron de Río IV a un grupo de compañeras y compañeros para someterlos a un consejo de guerra. Esto promovió una “calesita” (cambio de celdas y de piso de las presas, organizado por el penal de acuerdo con criterios propios) que llevó al segundo piso a la mayoría de las compañeras de planta baja —sólo unas pocas fueron ubicadas en nuestro piso— y la planta baja fue reservada al grupo riocuartense. En algún momento, la “brujería” comenzó a funcionar, y como ya era época

<sup>4</sup> Uso del código morse.

de puertas abiertas, organizábamos grupos encargados de hacer barullo, de correr bancos, en fin, de proporcionar una cortina a quienes con paciencia y un cepillo de dientes (con cuyo mango golpeaba el zócalo en una celda previamente acordada), se dedicaba a la “comunicación”.

Pero vuelvo a noviembre (es inútil que lo intente, siempre lanzadera, voy y vengo por aquel tiempo donde la cronología se rompe, donde la corriente de los días es zigzagueante, donde todo amenaza con mezclarse en una maraña de sucesos anodinos. Un tiempo-cárcel, encerrado en uno mismo, horizontal y simultáneo, solapado y chorreante). Cuando los ecos de los temblores se aquietaron y regresamos a la monotonía cotidiana, nos quedó un saldo positivo: más allá de nuestro pedido reiterado ante jefes de guardia, jefes de seguridad y cuanta autoridad asomara por el piso, referido a que nos dejaran sin llave las puertas de las celdas para evitar que ante la eventualidad de un temblor se trabaran las cerraduras y por alguna razón o motivo esto se cumplió, empezó nuestro “avance”: acordamos en empujar un centímetro diario las puertas, todas por igual, y además, arrumbar las latas de cinco litros en las que hacíamos nuestras necesidades en el cuartito donde se ponía el tacho de basura. Entonces, cada vez que necesitábamos ir al baño gritábamos al pasillo: “¡celadora, voy al baño!” Las compañeras de las últimas celdas tardaban muchísimo en recorrer el camino, no por su extensión, sino por su servicio “puerta a puerta”. Hilos de toallas para bordar; agujas (paleolíticas<sup>5</sup> o de acero); regalos de cumpleaños (macramés, pergaminos de migas de pan con escritura de jugo de remolacha); algún convite de cañón con queso, una remera para variar la indumentaria, chismes, mensajes. A veces, alguna arriesgada se quedaba en celda ajena, y el regreso a la suya era toda una aventura.

El temblor no sólo nos aterró a todas, sino que también rompió la monotonía de nuestros días. Y a comienzos de diciembre advertimos que la ansiedad nos invadía. La única visita del año se realizaba el día 24 de diciembre, de 17 a 18 hs., y salvo las presas que recibíamos paquetes, nadie tenía la seguridad de que su familia la hubiera ubicado y por lo tanto, que estuviera al tanto de la ansiada visita. Esa tensión marcó trazos importantes: cuando al hablar al pasillo la respuesta era risueña, se podía notar que las carcajadas no eran las de siempre: más agudas, de duración desproporcionada y por las noches el dormir no era silencioso, sino interrumpido por quejidos, palabras entrecortadas. La tensión se percibía en el aire, y fue entonces que resolvimos organizar “actividades” después de la siesta, para cortar un tiempo espantosamente denso, al que se sumaba el calor pegajoso y el fuerte sol que daba de lleno en la hilera habilitada de celdas, la que daba al callejón.

<sup>5</sup> Aguja hecha por nosotras, con hueso.

## Los fantasmas y la hoguera

Creo que a todos los presos nos acuciaron los fantasmas. Pero no pienso en los fantasmas de las culpas, las aparecidas víctimas. Tampoco pienso en espectrales y terroríficas apariciones. Digo los fantasmas y digo los ausentes, y digo los recuerdos y digo la imaginación de lo que ocurre en esa realidad que se hace más lejana e inaccesible que el utópico más allá.

Como un paciente entomólogo, se pueden cazar esas sutiles mariposas y fijarlas en la pared de la celda para estudiarlas con detenimiento. También clasificarlas de algún modo y estudiar su comportamiento, que no es errático y casual, sino que indudablemente obedece a una compleja causación cuyas raíces últimas resultan —a veces— muy difíciles de precisar.

Hoy es un domingo frío, gris, apto para que en la lluvia cansina se corporicen nuevamente mis antiguos fantasmas. Notablemente mis visitantes más cercanos, aquellos que sentí pasearse por la celda, pararse junto al nicho, fueron mis muertos. Papá caminó incontablemente por el espacio estrecho, con las manos atrás, con el cigarrillo prendido, el pañuelo al cuello, la voz sonora y grave hablándome. Mamá se sentó en el banquito, mirándome, o me acomodó las frazadas en una noche de frío. Hubo amigos que se instalaron largas horas junto a mí, y entonces extrañamos el café o el vino.

Pero hubo omisiones flagrantes: nunca entraron a la celda Naná<sup>1</sup>, mi marido o mis hijos. Con el Flaco dialogué interminablemente sí, pero dentro de mí misma, como alguien que habitara de los ojos para adentro, alguien distinto a mí pero a quien, evidentemente, no quería poner en la propia jaula externa. Respecto a Naná y a los chicos, para imaginarlos me sentaba en el banquito e inscribía sus rostros en el aire, más allá de la ventana, nunca adentro. Con mis padres y el Gallego<sup>2</sup> fue distinto: los muertos están exentos de estas prisiones cuyos muros trasponen a discreción, y ya no hay nada que les pueda ser quitado.

Jamás me dejaron sola, pero es evidente que quise preservarlos, que no quise encerrarlos: de cualquier manera tenían su propia prisión afuera.

<sup>1</sup> Naná, la hermana de mamá que vivía con mis padres desde mi nacimiento, y con quien continué viviendo cuando murió mi madre, a mis 9 años.

<sup>2</sup> Eduardo Requena, dirigente gremial de CTERA desaparecido en 1976. Mi ex alumno, mi amigo, el hermano que nunca tuve.

Con estos fantasmas compartí mis días, esos días de aquel tiempo, de una forma actual, en cada momento.

Distinto era cuando protagonizaban un recuerdo porque entonces, como metiéndome en una máquina del tiempo, era yo quien salía, volvía, me hundía en un fragmento del pasado. Era como sentarme junto a una caja de diapositivas: elegía una, la miraba a trasluz y la ponía en el proyector para, a partir de esa puerta que me abría la imagen fija, empezar a saborear la historia.

Pero pronto advertí que los recuerdos se gastan, transparentan, se deslían si uno los desanda. Era necesario vitalizarlos, re-crearlos. Y entonces reviví momentos, analizándolos, interpretándolos a riesgo de distorsión. El obstáculo mayor que sentí entonces fue el instalarme junto a mis hijos. La imagen del Flaco y Naná u otros adultos era estable, con el adicional de plausibles envejecimientos y deterioros. Pero, ¿cómo imaginar los cambios de los chicos? Tenía la sensación de estar en un laberinto de espejos distorsionantes, como esos de los parques de diversiones; absurdos alargamientos, ensanches que borronean, y un equilibrio que se escapa y llena de angustia porque se cobra conciencia de que crecen lejos de uno, de que hay horas y días, camino a años, que resbalan y se pierden, o más estrictamente: que nos roban.

Para todas, los niños fueron la obsesión más lacerante, los fantasmas que pese a la risa que podían ostentar, causaban la desolación mayor. Pero también fueron la esperanza.

El primer domingo de agosto de 1978, las reclusas del 1° piso del pabellón 14 de la U.P. 1 de Barrio San Martín en Córdoba, festejamos el Día del Niño. Un mes antes habíamos iniciado una campaña de pedidos a las autoridades, encaminados a lograr una visita con los niños, aunque sólo fuera con los menores de 12 años. Desde la última de las celadoras a los jefes de guardia, desde los médicos hasta la más alta autoridad con la que logramos hablar, a todos expusimos razones, formulamos pedidos. Fue inútil. Pues bien, lo celebraríamos de todas maneras.

Por entonces era la época de las puertas abiertas de las celdas durante las 24 horas. En las mesas del comedor nos reuníamos a charlar, a aprender algo. Otras veces nos sentábamos en el pasillo, en el suelo o en improvisados almohadones y por ejemplo, desarrollábamos un "curso de cuentos", esto es, un rato diario en el que progresivamente fuimos desarrollando un perfil completo del niño entre 0 y 12 años, y paralelamente a ello, aprendimos a armar cuentos para su edad.

Las que teníamos hijos más grandes, aportábamos no sólo teoría sino vívidas explicaciones de los comportamientos típicos de "3 años", "5 años", etc. Así, los chicos pasaron a integrarse al grupo, y hoy podría relatar trave-

suras de pibes que nunca conocí, o sigo enterneciéndome al recordar anécdotas contadas con vivacidad desconocida por cada madre.

No sólo inventábamos cuentos individualmente, sino también en grupo. Y los contábamos, o cantábamos, o bailábamos. También hubo títeres de manos o cuentos de “deber” (a los que nos proponíamos de reunión en reunión traer preparados, individualmente o en grupo, sobre un determinado tema para la misma edad o para distintas edades). Expuesto el cuento analizábamos si se ajustaba a la duración de la atención de determinada edad, al vocabulario, a los intereses.

Recuerdo que allí aprendí mucho de mis compañeras, y las conocí mejor: pude entrever cómo concebían la idea de poder, de autoridad, de respeto, de privacidad; cómo se movían en su medio familiar, en su entorno, en su mundo. Y entendí muchas cosas de aquel presente, de aquel encierro, de aquellas actitudes. Uno era el discurso acerca de la autoridad, del poder, del castigo, pensado y enunciado para un mundo adulto, otro el discurso que aparecía bajo el discurso del cuento con referencia a los niños, con quienes se ejercía el poder, la disciplina, la autoridad. Las impostaciones fueron notorias, pero eso es otra historia.

El día de los festejos adornamos las paredes del comedor con moños de papel higiénico de distintos colores, con flores de tela y del mismo papel; hicimos engrudo con migas de pan para pegar adornos; escribimos con dentífrico sobre la tela: ¡BIENVENIDOS CHICOS!! Nos arreglamos, nos peinamos y limpiamos el piso con mucho más esmero que el habitual.

A la tarde fue la fiesta. Sentadas en semicírculo, en bancos y en el suelo, la concurrencia se dispuso en el sector izquierdo del comedor, mirando hacia la puerta del baño. Después de presentar la fiesta, se abrió la puerta y la madre de un niño de corta edad presentó un cuento armado con canciones, la mayoría de las cuales eran del ritmo del norte de América del Sur: “Mariposas amarillas”, “Mauricio Babilonia”, “Se va el caimán”, “El Manicero”. Las canciones hábilmente enlazadas por una anécdota simple, bailadas, palmeadas, acompañadas por la percusión de dos baldes de plástico invertidos y dos latas de aceite de distinto tamaño, los peines acoplados, las escobas para hacer toc-toc y la madre bailando y cantando a Paz.<sup>3</sup> Las celadoras se ubicaron tras las rejas, y estirando el cuello trataron de ver, porque nos negábamos a ponernos en el centro del salón, aduciendo razones de representación. Luego vino “Payasín”: silenciosamente alguien caracterizado de payaso se ubicó contra la pared, cerca de la “dibujante”. La puerta del baño entreabierta dejaba escuchar la voz en off de la relatora. El cuento explicaba la llegada de un circo a un pueblo cualquiera, los anuncios, los volantes repartidos a la puerta de la escuela por Payasín. A su mención,

<sup>3</sup> No es éste su verdadero nombre, sino su sigla.

la dibujante comenzó a trazarlo en la pared, y lentamente, con los ojos cerrados, Payasín se adentró en el trazo. Una vez terminado, abrió los ojos y con movimientos propositadamente lentos al comienzo, se “desprendió” y comenzó su actuación. En un rincón, tres personajes más, niños y niñas, se encontraban con la cabeza baja y en forma de rueda. En un determinado momento éstos se levantaron y representaron la acción. Los niños escuchaban el anuncio de Payasín, mientras la voz relataba la tormenta de la noche, la caída de la carpa, la imposibilidad de la función, la desesperación del payaso y de los integrantes de ese pobre circo de provincia. Luego, los niños buscaban una sonrisa para Payasín: de algodón, pintada, sostenida, y se podía apreciar el fracaso, los ojos tristes desmintiendo la mueca. Finalmente los vecinos iban llegando con martillos, con clavos y pintura: el trabajo del rearmado del circo y el milagro de la sonrisa de Payasín. Aplausos a granel, y el cuento de los chicos de edad intermedia, concluido.

Para los de 10 años en adelante la voz en off “leyó” una carta. En ella se relataba el mito de Pandora y al final, la frase con la que todas lloramos: “Hijos, como Pandora, nosotras hemos visto de cerca el rostro terrible de los demonios: el odio, el dolor, la maldad, la crueldad, el cinismo, la mentira, la burla. Pero como la Pandora del mito, hemos visto también el rostro de la Esperanza. Y ese rostro, es el rostro de ustedes. Un beso enorme de Mamá”. De alguna imposible manera la voz de la relatora no se quebró en el final, y los aplausos interminables, crearon el tiempo necesario para que las lágrimas se secaran y pudiéramos felicitarnos y abrazarnos entre nosotras.

Hoy, miro y re-vivo ese día. El sol de la tarde entra por las ventanas, un moño se despega de la pared, otra vez una madre baila, otras actúan, otra relata. Guardo el recuerdo intacto, me maravillo y agradezco a los chicos que fueron nuestra esperanza y que nos dieron el valor suficiente para hacer esa tarde una hoguera sin fuegos en el 1° piso de la U.P. 1 en el Barrio San Martín de Córdoba, en el año de desgracia de 1978.

## Tiempos y espacios

Los fantasmas de los que hablara llenaron así muchas horas. Pero si llegaron, si me alcanzaron, fue porque la memoria y la imaginación me los trajeron. Siempre supe que era una “memoriosa” total, y confieso que en eso tengo mucho que agradecer a mi padre, que insistió en que ejercitara su práctica tempranamente. La memoria ha sido vilipendiada desde las esferas docentes; y creo que con ello se ha cometido una gran injusticia, un gran error semejante al de “tirar el agua del baño con el chico adentro”. Soy la primera en criticar el memorismo, porque por detrás de él está la muerte de la creación y de la imaginación. El ejercicio mecánico de la reproducción mata la capacidad de análisis y de crítica, la reelaboración, las posibilidades de transformación. Pero el memorismo se sustenta en una concepción estática de la memoria, en un mecanismo embrutecedor. La memoria, en cambio, es un complejo, rico y fascinante proceso humano. Nada está y permanece de una vez y para siempre en la memoria, todo está siendo, rehaciéndose, acompañándonos en nuestras transformaciones, aunque esto nos quite una cierta “fidelidad” a lo que ha sido. Y cada vez que volvemos a un recuerdo, lo transformamos transformándonos. Por esto, la memoria, como nosotros, como la historia, no es estática, nos constituye, nos devuelve y nos proyecta.

En mis horas vacías, de soledad en la celda aislada, cuando el silencio de la siesta o de la noche eran obligatorios, o en las aterradoras horas vividas tras la venda en el campo de La Ribera, sólo la memoria y la imaginación entretejiéndose y vitalizándose con el pensamiento, fueron una tabla de salvación creo que no sólo para mí, sino para todas.

La prisión, tal como la vivimos en los años '77/'78, significó desde el momento en que ingresamos a la cárcel, el deterioro progresivo de las coordenadas temporo espaciales. Creo que no fue algo que se produjo por añadidura a la pérdida de la libertad, sino una cuestión rigurosamente, maquiavélicamente planificada. Tal es el caso de la estructura edilicia de monótonos planos, siempre iguales, de recortados espacios, pequeños, cortados siempre por líneas rectas, por paredes siempre próximas, por ventanas que sólo dejaban resquicios desde los cuales el cielo era apenas una ilusión, apenas un retazo, una única muestra gratis; los colores ambiguos y sucios, beige sucio, blanco sucio, fríos, inhumanos; la luz de los tubos fluorescentes prendidos

las 24 horas del día, con su efecto estraboscópico; la ausencia de maderas cálidas —ya que las aberturas eran de metal—; los azulejos grises del baño; el acero de los tanques de los sanitarios; el mármol de la cocina; el hierro de la rejas; el filo de hierro de los escalones de cemento: todo frío, yerto, con la humedad brotando de los poros de una gigantesca boa que amenazaba triturarnos.

El espacio, pues, estaba siempre constreñido a una pequeña distancia, sin sombras con las que jugar, con una luz fría, artificial, sutilmente pestañeante. Pronto la mayoría sintió problemas o molestias en la visión. Las labores prohibidas (vainillas en las sábanas, hechas con hilos muchas veces sacados de la propias sábanas, o de toalla; filstiré en pañuelos; huesos en bajo o sobrerrelieve; macramé; punto cruz sobre telas tipo panamá sacadas de bolsillos de pantalones; flores de miga de pan, etc.) hechas con pocas agujas comunes y las más de las veces las célebres “paleolíticas”. Es decir, agujas de hueso hechas con un trozo de caracú trabajado incansablemente (para darse una idea, podía llevar entre 18 y 25 días hacer una, con el riesgo de romperse a último momento, ya que el ojo se hacía al final) contribuyeron a un deterioro implacable pero también inevitable, porque era preferible eso al ocio demoledor al que nos empujaban. Pero la visión a larga distancia, por desuso, era la que se perdía con mayor facilidad aún, por eso, todas acordamos en ejercitarla en cuanta oportunidad se presentara.

Hasta mediados del ‘78, bajábamos una vez por semana al patio, lugar tan triste como los pabellones: sin pasto —apenas algunas briznas duras que obstinadamente crecían entre cascotes, restos de cemento y arena gruesa mezclada con cales sucias —; con el edificio de tres pisos del pabellón de mujeres al lado; el muro alto por donde paseaban los guardias al final; del lado opuesto a la edificación, otro muro de unos 5 metros de alto y, cerrando ese rectángulo, una vieja construcción absurdamente mutilada, mostrando los restos de una habitación de paredes altísimas, vigas como muñones, puertas clausuradas como bocas negras, dando la sensación de un arreglo escénico abandonado apresuradamente largo tiempo atrás. Para completar la sensación de ahogo y amenaza, las estacas de madera clavadas en el suelo, donde fueron estaqueados —dos años antes— una compañera y un compañero que murió a consecuencia del tormento.

El patio era el lugar de negros recuerdos, ya que después del golpe, en él tuvieron lugar los tristemente célebre “bailes”. Cuentan que a cualquier hora del día llegaban “los verdes” a gritar sus órdenes, las que iban desde salir al pasillo —luego de abrir las puertas— para hacer, durante horas, cuerpo a tierra, salto de rana, flexiones con ritmo alucinante, acuciadas por las voces de mando. Pero hubo “bailes” también al aire libre: a la madrugada algunas compañeras eran sacadas de la celda, obligadas a desnudarse, a salir

al patio y a saltar grotescamente frente a la pared iluminada por los reflectores enceguecedores, con el frío del invierno y bajo la mirada enloquecida de los niños que, por ese entonces, aún estaban con sus madres, y que eran retenidos por las celadoras. Como en un aquelarre, los cuerpos adelgazados o hinchados anormalmente, las embarazadas, las menstruantes, las quebradas, las deformes, las asmáticas, todas, saltando bajo la amenaza de las pistolas, las ametralladoras, los machetes de goma con nervio de acero.

Tal vez por esto que todas sabíamos, es que el patio siempre fue un brete, con el estrecho pasillo de entrada y el ensanchamiento al fondo: la manga por la que el ganado es cargado a los vagones o bien marcha al matadero. Los patios de la U.P. 1 guardan dramáticos recuerdos: en ellos fueron muertos compañeros, así como de las celdas fueron sacadas compañeras y compañeros a quienes mataron aduciendo que intentaron fugarse. ¡Qué ironía monstruosa! Mientras se supone que en las cárceles se encierran asesinos, de allí fueron arrancados prisioneros para asesinarlos.

Pero pese a todo, había que sobreponerse y aprovechar el poco sol, el aire y el cielo para buscar un pájaro, una nube, un punto de referencia cualquiera para mirar lejos, bien lejos. También era la oportunidad para ver reales luces y reales sombras; para captar matices; para concentrarse en cada poro de la piel; para sentir algo distinto del miedo, del cansancio, de la humedad. Era la hora de sentir tibiezas, ardores, estremecimientos en la piel, el cosquilleo de la arena con que el viento castigaba el rostro; la hora de seguir los húmedos senderos del sudor en el rostro; de pasar la mano por el cuero cabelludo para airear el pelo; de sacarse las zapatillas para jugar con los dedos al sol. Era la hora de los sentidos, de la recuperación de las sensaciones, de su acumulación para trabajarlas luego. Y a la vuelta, la borrachera, como si en lugar de una hora en el patio, hubiera sido un día de campo.

Retorno: el espacio, así acotado, restringido, hacía tambalear una de las frágiles coordenadas en las que parece asentarse la razón; la otra, el tiempo, era de una uniformidad monocorde, que lo transformaba en una masa viscosa, indiferenciada; sin relojes ni calendarios, así que hubimos de trazarle márgenes propios.

Una de nosotras "estudió" el paso del sol en el callejón aledaño al pabellón, controló el avance y las modificaciones a lo largo de las estaciones, del trazado de la sombra de una saliente de la pared, y así midió las horas de los largos y tedioso días. "¿Qué hora es?", preguntábamos y más de una vez las celadoras admiradas por la precisión, confirmaban el dato. Durante la noche y los días nublados, el problema era complejo. De día, aún con lluvia, había índices que se volvían familiares cuando se agudiza la atención: el silbato del taller, el cambio de guardias; la hora del pan o la merienda, los tachos de la comida, la radio de un guardia en la torre (que automáticamente

era silenciada cuando comenzaba un noticioso). Pero la noche era un tubo de silencio algodinoso y amenazante que hacía del insomnio una sutil e interminable tortura para quienes lo padecían, y que afortunadamente, no fue mi caso.

Si a esta destrucción de las coordenadas tiempo y espacio, agregamos el hecho de no tener espejos en los cuales verificar esa fachada de la identidad que es el rostro, o testimoniar los adelgazamientos —pocos— o anormales hinchazones, (obra de los guisos, panes, inmovilidad, disfuncionalidades glandulares, etc.) se podrá comprender cómo se potenciaban y sobredimensionaban otras variables tales como la incomunicación total, la incertidumbre acerca de la propia vida; el desconocimiento —en un número elevado de casos— acerca del por qué de la prisión y el término de la misma; el trato despersonalizado, en el mejor de los casos, cruel en otros, de las carceleras; el riesgo permanente de las acciones; la posibilidad constante de ser sacada de la cárcel y de ser llevada a los campos (lugares de interrogación, torturas). Todo conformaba una situación de tensión y angustia que lleva a explorar los débiles y ambiguos límites de la cordura.

Aunque no se tengan recursos científicos y técnicos, creo que cualquiera puede advertir la proximidad del riesgo de caer en la locura. Con un mínimo de elementos se avanza algo más: uno sabe si la cosa puede venir por el lado de la caídas en lo esquizoide, lo depresivo, lo maníaco, lo paranoide, lo ritualista, lo histérico o sus posibles combinaciones. Y armar en consecuencia, la estrategia defensiva. Y aquí creo que es el punto donde cada una contribuyó a las defensas comunes, articulando en ellas, las propias.

Cualquiera que me conozca sabe que soy terriblemente obstinada, lo que constituye, paradójicamente, mi mayor virtud y mi mayor defecto. Analizando prolija y largamente mi situación, el tenor y contenido de los interrogatorios, concluí que aquello por lo que se me castigaba era por pensar, por criticar, por disentir, por crear. Y me propuse salvaguardar pues, y en la medida de mis posibilidades, esas capacidades que, en última instancia, son las que me identifican en buena medida con la condición humana.

Desde el comienzo tuve en claro que la “salvación” individual no existe, que el encierro dentro del encierro no es sino el camino más seguro hacia la locura. Sabía también que el aislamiento en que se desenvolvía el grupo llevaría necesariamente a la creación de tensiones que, por la circularidad de la situación, podría potenciarse hacia límites peligrosos. Sabía también que los mitos son espejismos irracionales, y por lo tanto, que el vivir sólo para el grupo y por el grupo no era sino una forma de evadir problemas personales que necesariamente aflorarían. En suma, era imperativo integrarse sin alienarse, compartir sin subsumirse, darse sin perderse, ¡pavada de equilibrio, pavada de cuestión!!

No quería un liderazgo, pero tampoco un marginamiento. Sabía que el penal periódicamente provocaba cambios en la constitución grupal —por traslados o desplazamiento de presos— que no eran caprichosos, pero cuya lógica era imposible de prever. Por lo tanto, era menester que las relaciones fueran tales que las separaciones resultaran penosas, pero no trágicas. Por otra parte, no conocía previamente a nadie, pero sí a mí misma como para saber que soy de difícil acceso. Resolví entonces buscar formas de ser útil a los demás dando tiempo al surgimiento de las afinidades que determinarían compañerismos más estrechos.

Empecé por los “relatos radiofónicos”, propuse juegos verbales. Cuando el tiempo dio lugar al conocimiento, la confianza, el compañerismo, más de una vez hice propuestas de actividades conjuntas fundamentando el por qué de las mismas. Pero debo confesar que siempre guardé para mí una porción de cosas que hice sin explicar, sin dar cuentas de ello. Ya volveré sobre esto aclarándolo —o al menos, eso espero—.

Había cosas que tenía claras: la incomunicación con el resto del mundo, el círculo vicioso del grupo; el espacio estrecho, el tiempo conspiraban contra la organización lógica del pensamiento, contra el propio lenguaje que lo expresa y del que se nutre. Pero, en un grupo extremadamente heterogéneo (28 a 30 mujeres entre 19 y 63 años; solteras, casadas, viudas, separadas; con 4° grado hasta estudiantes y graduadas universitarias; con condenas o sin ellas; con mayores o menores ganas y motivos por los que vivir; con experiencias distintas, gustos distintos, extracciones políticas distintas; con esperanzas, proyectos y posibilidades distintas), donde lo único que compartíamos era la violencia brutal de la incomunicación, agregada a la prisión, y el reconocimiento de un enemigo común. En este contexto, organizar actividades era muy difícil. Tal vez el juego fuera la mejor manera, ya que el ritmo podría suplir la carencia de disciplina para juegos mentales individuales, con el agregado nada desdeñable de generar mayor cohesión, mejor clima grupal.

Al principio —digamos noviembre del '77, enero del '78— la cosa fue un tanto anárquica: salvo los jueves de radio, los domingos de cine o novelas, los restantes días se improvisaba un poco, de acuerdo a las necesidades expresadas. Claro, era un tiempo muy particular: de octubre a enero ingresamos cinco presas al piso; el 24 de noviembre se produjo el terremoto que ya relaté; después de él y muy de a poco comenzaron a abrirnos las puertas, y el 24 de diciembre tuvo lugar la única visita anual de los familiares. Fue tiempo de alta tensión, de encierros-caracol. Recién a principio de enero —con el año por delante— se organizaron las “tareas”.

Pero vamos a los juegos. La ocupante de la primera celda decía una palabra; la de la segunda repetía la palabra y agregaba otra y así sucesivamente.

El control, ente todas. A veces la variante consistía en que fueran palabras de igual raíz, otra que fuera de la misma especie (por ejemplo, frutas, animales), o animales mamíferos, u objetos de igual color. Otras, objetos que podrían encontrarse en el mismo ámbito (la calle, por ejemplo) o nombres de canciones. Otras veces, alguien definía algo y las otras, con preguntas breves, buscaban el nombre de lo definido. O a la inversa: explicar qué es un árbol. O jugar por turno, por parejas, al ahorcado. O hacer sumas, multiplicaciones, sumas algebraicas, o raíces y quebrados. Juegos simples, éstos y otros a los que jugábamos, pero que eficazmente cumplían con tenernos por un rato compartiendo un tiempo lerdo, ayudándonos a pasar horas, a evitar el volver incansablemente sobre uno mismo y sobre la propia situación, “agilizando la mente”.

Y si estos juegos nos ayudaron, la risa fue tal vez una de las armas más eficaces para combatir los humores densos, las depresiones que sobrevolaban como cuervos. De a poco iré rescatando esos momentos en que la carcajada nos salvó de un bajón seguro.

En una oportunidad, por ejemplo, estábamos con una compañera lavando los jarros del desayuno, cuando entró a la cocina “la profesora de caligrafía”: una compañera que manejaba impecablemente el lenguaje de señas. De hermosas manos, las movía con una precisión y rapidez que bien parecía un “ballet de manos”. (Cuando alguien se comunicaba con este lenguaje, que tanto agradecemos a los sordos, no decíamos “dice” o “escribe” sino “pone”). Ni bien entró a la cocina, fue a la ventana de balancín apenas entreabierta, sacó las manos y empezó a “poner”. Le recomendamos cautela, no fuera que el preso común que le respondiera fuera un “buchón” y saliera a contar que se comunicaba con las mujeres. Nos aseguró que se cuidaría y siguió con su comunicación. De pronto dio un respingo, lanzó un “¡Ah!” enojado, y con mayor rapidez puso algo más para lanzar un “¡Oh!” escandalizado. Nosotras interrumpimos el lavado de jarros y la miramos con curiosidad y temor. Finalmente, la escuchamos lanzar una carcajada que pareció no terminar nunca.

—Che, qué pasa, ¡contá!!

—Esperen, ¡ja, ja, ja!!

Finalmente se calmó y contó:

Ella: — Yo le puse ¡hola qué tal!

Él: —Nena, ¿me mostrás una teta?

Ella: —¡Nooo!! Yo soy una presa política.

Él: —¿Es que las políticas no tienen tetas!?

Al escuchar nuestras carcajadas, las compañeras se fueron acercando y pronto el piso entero vibraba con nuestras risas. ¡Si hasta las compañeras de

planta baja se prendieron a la “brujería” para saber qué ocurría! Y ya vendrá el relato del desfile de modas, del pericón nacional o de las poesías en el patio... ¿Y saben? aún recordando, río.

## Identidad de lanzadera

Puesta en esta tarea de describir, es como si hasta ahora hubiera trazado el decorado de los acontecimientos. Pero aún esa tarea ha resultado a veces un dolor insoportable y durante meses he dejado las cosas allí: páginas casi amarillas de papel viejo, con estas patas de mosca rasgando la superficie.

Veamos si hoy puedo ir un poco más allá. ¿Cuál fue mi obsesión de entonces, mi miedo más hondo? Definitivamente, la locura, la pérdida de identidad. La cosa era impedirlo, ¿pero cómo lo haría? No era difícil suponer que en mi caso, el escenario mostrado por la propia cárcel, la separación de esos muros y esas rejas de una realidad que transcurría siempre allá lejos, en otra parte, era el engarce perfecto para mis propias tendencias esquizo. Porque sí, afuera estaba “la realidad”, pero adentro también existía una realidad, distinta de la vivida cotidianamente durante años, pero no por eso menos realidad.

Subsumirse en lo inmediato era perder el contacto con la realidad mayor —por decirle de alguna manera—. Aislarse de lo inmediato para proyectarse a un afuera que sólo podía admitirnos como fantasmas sin existencia corpórea, para en puntas de pie transitar los recuerdos y las reconstrucciones —amén de las suposiciones de cómo podían seguir siendo las cosas— era igualmente una ficción. Se me ocurrió entonces que lo viable era proceder como una lanzadera, hilvanando una malla que uniera ambas dimensiones. Eso, como plan general “de batalla”.

El primer obstáculo serio fue mi propia imagen corporal. Privadas del espejo, el acceso al rostro tenía dos vías posibles pero distorsionantes: las tapas de los tarros de leche nido lustradas, pulidas con amoroso preciosismo, y dos tanques de acero que contenían agua, que estaban en el baño y que se mantenían impecables con el único objeto de poder mirarnos en una de sus caras, subidas a un balde invertido. Debo decir que la distorsión que ambas superficies proporcionaban me producía mucha angustia. La tercera forma era el recorrido del rostro con los dedos, ávidos e indagantes, que trazaban un recorrido fragmentado, que privaba de unidad a nuestra cara.

Desde octubre hasta marzo no vi mi rostro. A todas las compañeras que compartieron ese tiempo, las conocí allí: entonces ninguna podía decirme si se habían operado cambios al momento de mi llegada, luego de los 21 días

de campo de concentración. Recién en marzo llegó un grupo de compañeras entre las que estaba una de mis ex alumnas.

Respecto a la parte delantera del cuerpo, la cosa era más simple: bastaba una mirada, el tacto que sopesaba volúmenes que crecían o decrecían, texturas que se ajaban, se rigidizaban o se secaban y fragmentaban. La piel se volvía pálida, amarilla-terrosa; los movimientos, lentificándose; la espalda, curvándose. Además, todas nos decíamos: "caminá derecha, ¡jojo con esa espalda!" Y nos dábamos información actualizada, como un parte meteorológico: "estás pálida"; "¡qué lindo tenés el pelo!"; "estás ojerosa", o, "¡menos pan, estás engordando!".

Retazos, fragmentos, distorsiones. En marzo, al colocarme los dientes postizos (para los que mi familia aportó los materiales) el dentista me hizo mirar en un espejo donde me vi hasta la cintura. Me miré, retrocedí hasta tomarme del sillón, y luego me acerqué hasta casi pegarme al cristal.

-¿Qué le pasa, Señora?

-Hace cinco meses que no me veía en un espejo (risas).

-¡Mírese nomás!

Hice muecas, me acomodé el pelo crecido, brillante, con las marcas de las raíces de mi propio color ratón y las puntas rojizas de vieja tintura. Sí, era yo, pero, ¡qué extraña!

Las facciones puntuales, idénticas al recuerdo, pero la piel de color enfermizo, los ojos opacos y duros, a la defensiva, y un rictus amargo en la boca, sosteniendo la fría tensión del rostro. El dentista y su ayudante dejaron de reír, se volvieron hacia el instrumental y hablaron algo respecto de materiales.

Me repuse con un tremendo esfuerzo, dije "gracias, buenos días" y salí a pararme frente a la pared, con las manos atrás, sintiendo el calor del sol de las diez de la mañana subiendo por la espalda. Y la cabeza, como una colmena con cien mil abejas zumbando. ¡Por favor! ¿ÉSA era yo? ¿En "eso" me había convertido? ¿Ya nunca más mis colores, mi expresividad, mi piel elástica y viva? Entonces, con frecuencia, empecé a pedir turno con el dentista y lentamente empecé a aceptar la verdad de mi rostro.

Todas acordamos en no olvidar esa "posibilidad" de los espejos ficticios, y tal vez a ojos ajenos aparecimos como unas tontas coquetas. Pero, de alguna manera, surgió por aquel tiempo un espejo verdadero en el pabellón. Objeto prohibido, oculto vaya a saber dónde, resistió firmemente las requisas hasta octubre. Lo usábamos por turno, y a veces la siesta se convertía en la hora de la aventura y la exploración. "Pasame el pañuelo verde", ese era el código usado para pedirlo. Pero era una exploración alerta: al menor ruido del otro lado de las rejas, lo escondíamos y, tendidas en la cama, simulábamos un sueño no dormido.

De esta manera, todas pudimos componer nuestros rostros. El cuerpo fue una sombra entrevista en los azulejos, un perfil ahumado contra un fondo gris, brillante pero ondulatorio. Así eran las cosas: un punto de partida trizado, difuso, casi fantasmal.

¿Cuál fue mi respuesta? Bueno, una fue casi inmediata. A pocos días de llegar a la cárcel, me proveí de un trozo de sábana vieja, lo corté en tiritas y TODAS las noches, de allí hasta mi salida de Devoto, me até rulitos. Siempre fui muy cuidadosa de mi peinado y creí que era una rudimentaria pero efectiva manera de conservar ese rasgo. Limpio, cepillado para que brillara, era una especie de anclaje, de punto de apoyo.

Cuando se nos permitió hacer gimnasia dentro de la celda —y aunque no me gustaba— practiqué dos horas diarias de gimnasia. Me planteé que era yo la responsable de mantener, de cuidar, de evitar, en lo posible, el ineludible deterioro del cuerpo; que nadie podía hacerlo por mí, y que también era una manera de resistir, de evitar la destrucción de ésta, mi realidad más próxima. No fui la única: todas acordamos hacerlo y lo hicimos.

Líneas más arriba dije que mi propuesta había sido ir y venir como una lanzadera y también este relato irá y vendrá tejiendo una malla con aquel tiempo: la linealidad es imposible, la cronología también. Por eso ahora daré un salto.

Cuando llegué a la cárcel sentía que todo era un monumental error, que cualquier día me llamarían a la reja para decirme: “prepare sus cosas, traslado con efectos, sale en libertad”.

Ese cualquier día nunca fue para mí el día que transcurría: yo continuaba pensando que era un día impreciso, pero muy próximo. Con el tiempo, la cosa perdió sustantividad, se volvió transparente, se esfumó en el aire del tiempo. Y creo que alrededor de junio, un día en que estaba algo resfriada, pedí quedarme en cama, y les dije a las compañeras que me dejaran sola y quieta. Lloré dos días.

En la noche del primer día me levanté, me abrí el camisón frente a la ventana (hacía mucho frío) y me mojé el pecho. A los cinco minutos me pregunté ¿qué hacía, qué quería? Claramente, pretendía enfermarme, tener mucha fiebre, tomarme un pido gancho: dos o tres días sin pensar, dos o tres días sin sentir el lento correr del tiempo. Me dije entonces que eso no era más que un escape, una negación, y que nada solucionaba: había que enfrentar la situación, asumirla.

Me sequé y friccioné con alguna crema, me abrigué, tomé una aspirina y me dormí con un sueño de piedra. Al día siguiente traté de analizar la situación. Sí, era una presa por tiempo indefinido, y no era un error toda vez que para “el proceso” pensar, disentir, era un delito de lesa majestad. El objetivo claramente era aniquilar a todas y cada una, en aquello que más les moles-

taba. ¿Aceptaba yo que pensar, que discutir era un delito? No, obviamente. “Bien, entonces es cuestión de seguir pensando”, me dije, y debía hacerlo de la mejor manera posible.

La etapa de mantenimiento, de ejercitación, de conservación había sido útil. De alguna manera, lenta y oscuramente, más allá de la piel y la conciencia se había gestado una mirada distinta sobre la realidad. Ahora habría que “producir”, no sólo conservar. Una de las cosas que resolví entonces fue algún día hacer esto: relatar mi cárcel, para que sirviera a los “expertos”, para aquellos que pudieran emplearlo, práctica y teóricamente, para ayudar a quienes pasamos por eso, pero también para ayudar a que NUNCA MÁS.

Y otra vez atrás, al comienzo. Ya he contado mis tareas de “arqueóloga de la memoria”, la manera que revistió la reconstrucción de los recuerdos. Pero hubo más. A veces me sentaba y pensaba en un lugar, un hecho, unas personas con las que hubiera compartido algo lindo. La imagen visual, las palabras acudían fácilmente pero no alcanzaba, me empeñaba en rescatar olores, texturas, sabores, sonidos, claroscuros y luminosidades. Los sentidos, desprestigiados en la nueva sensación, cobraban ahora una relevancia distinta.

A veces trazaba una especie de paralelo: reconstruía algo del “afuera”, pero también de adentro. Por ejemplo: el baño del penal era objeto de una prolija reconstrucción a la siesta, para verificar luego las correspondencias. Por elevación se obtenía una convalidación de la arqueología del exterior.

En relación con esto, creo que a los tres o cuatro meses de estar allí, descubrí en mi memoria el Do Kamo de Leenhardt. Sus canacos (habitantes del archipiélago de las islas del Coral, Pacífico Sur) y la definición social de su persona habían sido algo que me obsedía desde el '65. Los canacos no dicen “yo”. Se definen en relación a otros referentes: soy el hijo de X e Y; el hermano de Z; el vecino de N. En ese ir y volver hacia y desde otros, se define la persona, Do kamo. Cada quien tiene prohibición de nombrarse, pero es nombrado por los demás. Yo no me construyo sola, hasta la etiqueta del nombre me es dada por los demás.

Reactualicé la cuestión, pero poniéndola en una dimensión de suspenso: recordaba un cuadro, una persona, un libro, un lugar. Trazaba de alguna manera una línea entre lo recordado y yo. Si al salir yo, la recordante, remontaba la línea, confrontaba mi recordado recuerdo con su materia real, sus colores, su textura, su manera de ser y de comportarse, y si había coincidencias entre ambos, esto operaría como un reforzador en la identificatoria personal: si lo que creo y recuerdo de personas, cosas y lugares resulta real y cierto, entonces lo que creo de mí, lo que pienso que soy, como creo que me ven, Es.

Hoy el reduccionismo y la simplificación parecen terribles, pero entonces, elaborar esa cosa era un esfuerzo descomunal y debo reconocerlo: el ritual operó muchas veces. Cuando volví al museo de Bellas Artes de Buenos Aires (Lugar entrañable que encierra pedazos de mi adolescencia) y al entrar en la sala de los impresionistas, me sucedió algo diferente a lo que siempre me ocurría. Siempre sentía un aroma a violetas, que parecía venir de un cuadro de nieblas liláceas en el que una sería mujer del 900 se recortaba contra unos árboles. Cuando regresé al museo, en el año 82, volví a sentir el perfume a violetas aún sin ver la Suzanne Valadon de Toulouse Lautrec, y al enfrentar el cuadro, dos lágrimas gordas rodaron y fue como un descansar allí. Es que en mi celda solía evocar el perfume de violetas, que me rodeaba suspendido en el tiempo, y que en ese presente estaba esperándome a Mí. Hoy, en este sur lejano, una pequeña reproducción cuelga en mi escritorio: no siento perfume a violetas, pero es una marca, una huella viva de una memoria que me acompaña. No sólo era como el recuerdo, sino más importante aún, despertaba en mí emociones —no idénticas, eso sí— como hacía tanto tiempo había despertado, digamos que algo como un “sonar” a distancia había ayudado al trazado de la imagen.

También intenté recordar textos de estudio, de aquellos más frecuentados, trabajados, compartidos. Lo intenté varias veces sin lograrlo y acepté que algún mecanismo cuyo funcionamiento ignoraba obturaba el recuerdo de ese tipo de cosas. Hice entonces como los zorros pacientes y astutos que se instalan en la puerta de las madrigueras de los conejos, sabiendo que el hambre ha de cercarlos. Esperé. Y, sí, de repente, en medio de un bocado, o cuando pasaba el trapo al pabellón o a cuento de alguna pregunta que me tomaba desprevenida, ¡Zas! Allí estaba.

Había tiempos: tiempo para esperar que las cosas boyaran, que se armaran, que se configuraran por imperio, no de Gestalts intrínsecas sino por obra de corriente subterráneas que no sabía ni podía rastrear. Hubo veces en que me asusté terriblemente, que me sentí asomada al filo de la locura, por ejemplo cuando “vi” a mi padre paseándose por la celda. “¡Madre mía, una alucinación! Pero veamos, ¿es realmente una alucinación? ¿Qué representó mi padre para mí?”

¡Menuda galleta! La autoridad, la censura, el poder. También la seguridad, la conceptualización de la justicia, “la ley”. Y estaba muerto, no le hacía nada estar allí. Yo era presa de un poder, de una ley desconocida, de una autoridad y una censura. Bien, allí estaba también mi paladín, mi respuesta a ese desconocido poder, él que tenía recursos legales (era escribano), que “sabía” y que me quería. Era cuestión de sacar afuera, de poner allí esa imagen porque no me bancaba el conflicto en la arena interna. Pero algún día, en otro lugar y tiempo, con alguien que me ayudara, resignificaría el conflicto.

Otro miedo: la vida adentro creaba una parquedad emocional muy particular. Las reacciones aparecían como desproporcionadas: el día de Pascuas, a la hora de la cena, trajeron una bandeja de horno de panadería repleta de arrollados de merluza rociados con perejil, ajo y aceite. Cuando lo entraron al pabellón, se desató un griterío increíble que me arrancó, asustada, del fondo de la celda donde estaba buscando algo. Me paré en mi carrera al borde del comedor y miré la escena. Se me encogió el corazón. Gritábamos salvajemente por un trozo de merluza (y debo aclarar que durante el año que permanecí allí, a excepción de Navidad, de Año Nuevo, de la visita de la Cruz Roja y creo que del 9 de Julio, el menú fijo fue de lunes a lunes, monótonamente igual, aún en los cambios previstos: a mediados de septiembre —los miércoles ingresaba el salpicón, en lugar de locro; a mediados de marzo, el locro volvía los miércoles—) y sin embargo, cuando sacaban a alguien de la cárcel, y sabíamos que volvería salvajemente torturada, nadie musitaba nada, y la caminata interrumpida por el llamado, o el baño colectivo, lo que fuera, continuaba aún bajo la ominosa tensión.

Otro dato es que, por ejemplo, se podían relatar minuciosamente las torturas atroces sin que una lágrima asomara en la relatora o la oyente, pero se lloraba por un pájaro caído al suelo y encontrado en el medio del patio. Me asustaba la opacidad, el crecimiento de algo duro como una piedra (pero seco y ardiente) dentro de cada una (lo pregunté, era común).

Traté de explicármelo: nadie vive bajo cerrojos, limitado en espacios y posibilidades, sin trasladar a su interior un sistema de celdas, de cerrojos y candados, censuras y vigilantes que custodian las partes más sensibles y débiles. Tal vez por allí pasara la cuestión. ¿Pero cuánto tiempo podía esa efectividad resistir?

Se puede suponer que teníamos fuertes ataques de nostalgia de nuestra familia. Pero la nostalgia en todo caso es suave, diría casi un sentimiento con sordina. A veces era algo mucho más fuerte, violento casi para mí, que amenazaba con destruirme por dentro. Recuperaba, sostenido en el aire sucio y maloliente del callejón, a través de la rendija de la ventana, el rostro de los chicos y Naná, y comentaba para mis adentros, con el Flaco, sus gestos, sus juegos. Casi aceptaba un mate de Naná, o regaba el cantero de las xiniás con Kinki, nuestro perro junto a nosotros. O bien, a fines de julio, veía la fiesta del aroma, con sus pompones amarillo tierno, esponjosos y fragantes, mientras los más viejos se encogían tomando un tono oscuro y sucio. O cambiaba comentarios con mis amigas. Y me parecía escuchar el tintineo de mis pulseras, las que uso desde mi adolescencia. Llegaba un punto en el que sentía una especie de ácido lacerándome las entrañas, la boca pastosa en el esfuerzo por no gritar, por no dar la cabeza contra la pared. Y trataba de pensar en otra cosa, pero (tal como le dijimos a la Cruz Roja) parecía

que mi pensamiento se volvía viscoso; no retenía nada porque en el fondo únicamente estaba la brutal necesidad de estar con los míos, en mi casa. Entonces buscaba qué hacer: pulir un hueso, limpiar un piletón, fregar un jarro, cualquier cosa que me distrajera de ese violento asalto que, desde dentro, me quemaba sin darme la tregua de las lágrimas.

Muchas chicas, por ejemplo, habían tenido, uno o dos años antes, sus hijos en prisión: los parieron en la maternidad provincial, esposadas a la camilla. Según los distintos momentos, se los dejaron junto a ellas por horas, por dos o tres días, o por una semana: eran unos desconocidos, tanto como ellas lo eran para sus hijos. Por supuesto, ellas y todas, sabíamos que en Devoto tendríamos cartas y visitas, pero visitas en locutorio, con un vidrio de por medio y un micrófono a ambos lados del mismo para comunicarnos y para que, cuando nos tocara, grabaran o escucharan las conversaciones. Allí, y así, "conocieron", hablaron o jugaron muchas con sus pequeños.

Pero volvamos a lo que mencionaba inicialmente: esa parquedad, esa desproporción entre estímulos y respuestas emocionales ha dejado —al menos en mí— profundas huellas y, aún hoy, —atenuada— subsiste. A veces siento, como hoy, que todo ese tiempo fue un bolo de comida que, al modo de los rumiantes, envié al estómago y que en ocasiones vuelve a la boca para que lo rumie, porque aún no he logrado deglutirlo.

Y mientras escribo esto, escucho, otra vez, el tintinear de mis pulseras.

## Otra de fantasmas

Desde jovencita, una entidad –“el tiempo”– me ha fascinado. Hoy “miro” el tiempo acumulado en hojas de almanaque y me impresiona, porque es “mucho”. Sin embargo, 13 años más tarde de la noche que no evoco, sino que me evoca y me convoca, todo me parece más actual y presente que este amable anochecer en casa, otoñal y sereno, en apariencia lejano y tan próximo a aquel otro de un sábado de Semana Santa en la U.P. 1.

Del primer piso en donde habitualmente nos alojaban, nos llevaron al segundo. Me tocó una celda cercana al muro externo de la cárcel. Esa tarde había podido mirar la calle junto al muro: una “despensa” en una esquina, las mujeres con sus bolsas de compras parándose a conversar; un hombre cansado pedaleando lentamente en su bicicleta, unos pibes jugando al fútbol; una muchacha bien peinada “recién salida de la peluquería”; una madre empujando un cochecito. En el largo rato que atisé desde una posición incómoda ese retazo de vida, ninguna de las personas miró hacia la cárcel. Desde la ventana del comedor la vista era otra: el cementerio, tranquilo, casi blanco, con los manchones de flores frescas de los sábados. Dos de mis tíos están sepultados allí. Y también Tosco. Recordé su entierro como a jirones de escenas vívidas y otras casi perdidas en una neblina de borrada memoria.

De pronto cobré consciencia de algo: no conocía la cárcel desde afuera, era para mí apenas una mole sombría en un horizonte urbano. Antes que nos mandaran a dormir, volví a mirar desde una ventana del comedor y desde una celda de la hilera de enfrente a la mía. Las luces de Córdoba me maravillaron, como me aterró ese agujero negro del cementerio en que, alucinadamente, reverberaban algunos blancos lechosos, que parecían flotar en el aire como ominosas ausencias. Ya en mi celda, el panorama fue distinto. Desprendiéndome de la torre y el guardia, podía seguir una avenida ascendente que calculé iría al Cerro de las Rosas. Chorros de luces de los autos, brasas de fuegos en las frenadas, corriente luminosa ascendente, líquida y clara yéndose, yéndose. Ruido lejano, amortiguado y constante contrastando con el silencio pegajoso y maloliente de la cárcel que juega a dormir. Hora de silencio oficial y vigiliadas privadas, de llantos amortiguados y suspiros como voces contra las paredes, de aires que se enfrían y frazadas que se sienten.

De pronto sentí una angustia visceral y ardiente, me costaba respirar y un sudor sordo y helado me empapó la cara, el cuerpo, las manos y hasta creí sentirlo en las plantas de los pies. Es que en mi afiebrada imaginación había surgido la imagen de ese barco de los relatos de aventuras: el del holandés errante, condenado a navegar fantasmalmente por toda la eternidad. Sentí que la cárcel era eso, una nave intangible cargada de fantasmas. Nadie nos veía, y nosotras existíamos sólo para nosotras mismas: círculo cerrado y vicioso, con voces mudas de sonidos y gestos que se deshacían como humo en el aire. Quise gritar, y el previsible susto de las compañeras me puso aquella toalla en la boca, que sostuve con fuerza, gruñendo roncamente, ahogándome y recomponiéndome como pude.

Un cansancio infinito me volvió de piedra el cuerpo. ¡Qué suerte! pensé con ironía, ¡los fantasmas no se cansan! Me icé a la cucheta y comencé a respirar profundamente para relajarme. Tardé en lograrlo. Como todas las noches “me conté un cuento” y apaciblemente me dormí. Tanto tiempo después, en este sur que no es fantasmal y existe, el recuerdo de ese sábado me invadió. Memoria y tiempo. Esta memoria persistente que me asiste, esta memoria que no quiero olvidar, que a veces es como un gran campo lleno de malezas secas por el que camino, casi sin rumbo, hasta descubrir un yuyo verde que aunque a pesar de ser amargo, está vivo, aquí, en este tiempo sin tiempo, en este ayer - hoy que me constituye, que me convoca y me dice que hay recuerdos -holandeses errantes- que necesitan una rada de la memoria para descansar.

Afuera, los grillos. Y en muchas ciudades, naves fantasmales de errantes presos que dudan de su propio existir.

## Caleidoscopio

Así como rescaté ese momento tan especial, tan trágico pero esperanzado y valiente que fue el festejo del Día del Niño, quiero girar el caleidoscopio y armar otros dibujos. Por ejemplo el de los cumpleaños. Todos, sin excepción, eran festejados. A las 6:15 de la mañana., cuando nos despertaban, nos asomábamos todas a las puertas de nuestras celdas, semidormidas, en camisón y cantábamos “estas son las mañanitas...”. Después desfilábamos dando un beso a la cumpleañera y siempre alguien, la más allegada, la abrazaba fuerte y le decía: “de parte de tus padres”, “de tus hijos”, o “de tu familia”. Entonces, los regalos: un pañuelo de tela de sábana con filtiré; una pulsera de macramé hecha con hilos de colores de las toallas, una gargantilla con placas de miga de pan trabajada y coloreada con polvo de ladrillo; un hueso tallado, en fin, un producto de la artesanía y el ingenio carcelario. Al mediodía, un brindis con agua, el canto del cumpleaños feliz, una naranja donada por quienes tenían dieta dada por el médico. Y todo el día la agasajada vestida con la mejor ropa del pabellón, peinada, mimada, alegrada por todas. No era la alegría de una, era la de todas, porque era un día distinto donde se rememoraban otros cumpleaños y otros regalos del afuera, y se echaban los sueños a andar, imaginando cómo volvería a ser la vida alguna vez.

Pero hay otros dibujos que he querido evitar, estirar hasta relatarlos, porque aún me queman como entonces, y presumo que han de quemarme siempre, pues son parte de esas heridas o tal vez fracturas que nunca sueldan bien y que no hay cirugía que pueda componerlas.

Navidad de 1977. Día sábado 24 de diciembre, único día de visita para los presos políticos de la U.P.1 de Córdoba. Así de simple. Así de terrible. ÚNICA visita del año. El resto: absoluta incomunicación. Sin cartas. Sin una sola noticia de nuestra familia todo el año. Sin que en el exterior tuvieran la certeza de que estábamos vivas y en ese lugar, porque aunque podían llevarnos paquetes con cosas mínimas y elementales (jabón, papel higiénico, dentífrico, de vez en cuando ropa), nadie podía garantizar que realmente lo recibiéramos, que estuviéramos allí, ya que hubieran podido sacarnos a “los campos” o trasladarnos de penal. Muchas veces se dio —en mi caso

por ejemplo— que en la cárcel recibían un paquete cuando uno estaba en un campo sin saber si volvería.

De modo que esa única visita condensaba la ansiedad máxima, la hipertensión acumulada, los miedos, los sueños, las preguntas, las dudas, la incertidumbre, las esperanzas, las palabras y los silencios de un año entero, todo, todo a saldar en una hora de visita, y en un local donde se juntaban no menos de 60 personas que hablaban, lloraban, se reían, gritaban todos al mismo tiempo. Creo que en el fondo, y aunque se presentaba como una “merced”, era una sutil y refinada muestra de crueldad. ¡La vida en una hora!! ¡Qué satánica ironía! El año anterior habían dejado entrar paquetes de comida, y todas suspirábamos por un pan dulce, por un pollo, por un turrón con gusto a casa, por un retacito del amor de los nuestros para alimentarnos. Pero seguramente al “señor de las Moscas”, al “cachorro de tigre”, al “satánico General No a la vida”, el imponderable Menéndez, le pareció un exceso que TAMBIÉN recibiéramos paquetes, así que ese año no ingresó nada. Los familiares debieron dejar todo en la entrada al penal, y el camión enviado por Cruz Roja con paquetes navideños también debió volverse. Los familiares no aceptaron la propuesta de dejarlos dentro del penal, esperando su salida. Sabían que los paquetes, so pretexto de requisa, serían esquilados. Los negocios de las cercanías albergaron los paquetes ¿No podían ser para nosotros? Pues bien, tampoco serían para los carceleros.

Ese día fue de un nerviosismo total. Los ingresos recientes —entre los que me contaba, ya que no había cumplido aún dos meses de estadía allí— no teníamos la certeza de que nuestra familia pudiera entrar. Efectivamente, tres compañeras quedaron sin visita porque su familia no sabía aún que estaban en el penal.

Pedí esa semana que el turno de limpieza del pabellón —“la fajina”— me tocara ese día. Prefería quemar energía limpiando, y muchas lo agradecieron porque deseaban descansar ¡Y cómo limpiamos!! El pabellón brillaba; durante el día la compañera con la que nos tocó el turno y yo rezongábamos como cualquier ama de casa que se prepara para una visita importante. La visita era a las 18 horas. A las 17: 30 vinieron a buscar a las compañeras que tenían familiares varones en el pabellón de presos políticos, para reunirlos en una sala de visita común. Salieron luminosas. Sí, luminosas. La tensión de los rostros desaparecía bajo la expectación, la alegría. La ropa impecablemente lavada, planchada bajo el colchón, los rulos atados hasta un rato antes, los zapatos lustrados, los cachetes pellizcados y los labios mordidos para lograr color. Formadas en doble hilera, con las manos atrás, las vimos irse. Corriendo, pasamos la última trapeada al piso —como si alguien se fuera a fijar—! Y comenzó el tiempo de la cuenta de retroceso, los minutos que se negaban a correr. ¿Vendría mi familia? ¿Consideraría mi marido

conveniente traer a los chicos? Yo manifestaba que prefería que no vinieran, por una cábala “del revés”, un paragolpes a la decepción si no venían. ¡Pero cómo los esperaba!!

La pollera beige, la chomba amarilla, los zapatos negros de taco. El pelo lustroso, enulado, golpecitos suaves en el rostro para no parecer tan “vela de cebo”, las manos apretadas, el cuello tenso y un solo pensamiento, monócorde, obsesivo, horadante: que vengan, que vengan, que vengan. La orden era permanecer cada una en su celda, sin asomarse salvo al oír nuestro nombre, de lo contrario: suspensión de visita. Al ritmo de las películas mudas, caminé kilómetros yendo y viniendo por la pequeña celda (la primera a mano derecha al entrar). No sé cuánto tiempo pasó. Acomodé los pañuelos de regalo sobre la almohada, los collaritos, los animalitos de miga de pan, la bolsita para mi niña. Mentalmente repasé el orden del comedor. Mesas y bancos contra las paredes, en una mesa el pesebre hecho con figuras de miga, algodón, tela. Sobre la pared, con dos cancanes verdes, el perfil del pino navideño, con adornos multicolores cosidos. Una estrella hecha con una tira amarilla, todo pegado a la pared con engrudo de miga de pan. Todo listo. Los platos y jarros de aluminio brillaban apilados para recibir las delicias que nos traerían.

De pronto, en planta baja, un murmullo, un ruido brusco de reja, gritos de las celadoras impartiendo órdenes: por aquí, sin desordenarse: “cuiden ese chico”, “los del primer piso por acá”. Ya estaban, hora cero y vacío absoluto en la cabeza y el estómago. Con las piernas flaqueando, permanecía recostada, sosteniéndome en la pared. “Que vengan, que vengan”, al ritmo enloquecido del corazón. Y el primer llamado. Pasó una compañera corriendo, los brazos extendidos, nos asomamos todas. Su marido, sus hijas, sus padres. Empecé a llorar aliviada. “¡Señoras, adentro o suspendo las visitas!” Adentro, pues.

De pronto, por la escalera: “despacio, sujételo, señor”. Y un niño gritando “mamá, mamá, mamita mía”. ¡La voz de mi hijo! Ningún delirio podía engañarme y salí, sin escuchar mi nombre. Menudo, los ojos de almendras mojados, el pelo pegado por la transpiración, corría hacia la reja gritando sin verme. Lo oigo, aún lo oigo, no dejaré de oírlo nunca. No vio la reja que le abrían, quedó con los brazos pasados por los barrotes y la cara apretada entre ellos, gritando enloquecidamente “¡mamita mía!”. Nunca antes me había dicho así, siempre “mami”. Entonces vi a mi niña, los ojos enormemente abiertos, aterrada, los codos pegados a los costados, los puños apretados contra el pecho, sacudiendo la cabeza en un no, y musitando algo. Atrás, mi marido. Flaco, flaco, flaco. Pálido hasta lo increíble, llorando, llorando. Tomó de los hombros a nuestro hijo, lo quitó de encima de la reja, se volvió y tendió una mano a la niña. Abrieron la segunda reja y las piernas no me

aguantaron, caí de rodillas llorando, abrazando a los chicos. El Flaco se agachó, nos abrazó a los tres: "vamos, vamos corrámonos, que hay gente que debe entrar".

Alcé a los chicos no sé cómo, ambos a la vez, y en un rincón nos abrazamos los cuatro. Mi niña decía bajito: "mami, mami mía, mami, mami, mami mía", mi hijo lloraba con hipo. Yo les decía que estaba bien, que los quería mucho, que estaba con ellos y luego me colgué al cuello del Flaco, hundí la cara en su pecho y lloré largamente. Los diez primeros minutos pasan hoy ante mi vista en una cruel cámara lenta. Rescato un mechón del pelo de mi hija al que le daba el sol; las pestañas mojadas de mi hijo; su camisa a cuadros nueva; los ojos hinchados e infinitamente tristes de mi marido, su mano fría y transpirada. De pronto la pregunta de mis miedos:

-¿Y Naná?

-Ya viene, no la quieren dejar entrar, pero mirá, vos sabés como es la Vasca, lo va a conseguir.

Y sí, lo consiguió. Entró como veinte minutos después, su blusa blanca, su pollera azul, su pelito cano y finito, tan arrugada, tan delgada, ¡pero tan derecha! El impacto de la entrada de mis hijos no fue sólo para mí: mis compañeras quedaron galvanizadas por los gritos en sus puertas y hasta a la bicha se le cayeron las lágrimas. Después me contaría que en la mitad de la escalera mi hijo se soltó de la mano de su padre y corrió gritando.

Cuando nos serenamos un poco, empezamos a ordenar: los trámites hechos, las preguntas sin respuestas, las esperanzas. En un momento, una de las chicas que no tenía visita, tomó a los chicos de las manos y los llevó a mi celda. Yo quería que la vieran, que sus fantasías al respecto encontraran un soporte de realidad. Aproveché para hablar a solas con el Flaco, para decirle tantas veces que lo quería y que lo extrañaba, para contarle sordideces que no quería que escucharan los chicos, para preguntarle cosas chiquitas: nuestro perro, la azalea, la casa. Trajeron Coca-Cola que habían pagado nuestros familiares, aunque luego el jefe de guardia jurara que era un "regalo del penal". De pronto, mi hijo metió la mano en el pantalón, sacó plata y dijo "Mami, ¿dónde te compro puchos?".

No se podía entrar dinero, le expliqué, y además, no teníamos dónde comprar. Así que lo guardó, metió la mano en otro bolsillo y sacó un paquete de esos caramelos con tamaño de pastillas. ¡Insólito! ¡Nada se podía entrar! Explicó: mientras lo requisaban lo tenía apretado en el puño. Comí uno y le dije que fuera a llevarle el resto a las tres que no tenían visita, que saludaban a todos, a quienes todos llamábamos para que nuestros familiares las conocieran y no se sintieran tan solas. Realmente fueron asombrosas: sonreían, jugaban con los chicos, les daban animalitos del pesebre, los llevaban al baño. ¡Qué fuerza!

La visita resultó de dos horas. De pronto, palmadas del jefe de guardia y un: "Señores, se acabó la visita". No quise que fueran los últimos en irse, así que los apuré, los besé desesperadamente, sonreí como pude. La última cosa que dijo mi niña fue:

-Mami ¿no te venís con nosotros?

-No hija, todavía no.

-¿Y cuándo?

-No lo sé mi cielo, no lo sé.

-Bueno, chau, mami.

La última imagen: el Flaco en el recodo de la escalera, la mano en alto, los ojos infinitamente tristes, la sonrisa cansada. Cerré los ojos y caminé a ciegas a mi celda, quería apretar las imágenes. ¡Tonta! Como si hubiera podido dejar escapar una sola de ellas cuando sabía que debían alimentarme hasta el momento de la libertad -en el mejor de los casos- o hasta el próximo año. Cuando diez meses y medio después los vi tras el vidrio en Devoto, los chicos habían crecido. Los ojos de mi marido seguían iguales, como siguen iguales hoy, en los momentos que vacía la mirada y parte tras sus recuerdos. Porque es cierto que estamos vivos, intensamente vivos, pero también es cierto que hay cosas muertas en nosotros, ingenuas alegrías que nunca más, y no por los años, sino por daños irreversibles, porque si las células cerebrales nunca más se reconstituyen, también hay zonas de nuestra sensibilidad que no pueden ser reparadas. Y en él o en mí, adultos ya, se puede saber dónde fue irreparable el daño, ¿pero en los hijos, dónde lo fue? Tenían 7 y 10 años, la niña era la menor. De muchas cosas se defendieron muy bien: nunca se mudaron, ni cambiaron de colegio, ni nadie les cerró la puerta, ni en el colegio los marcaron. Tuvieron buen rendimiento los dos. Tenían muchos amigos: a mi hijo los compañeros lo eligieron escolta de abanderado, mi hija sacó un primer premio en un concurso por una composición sobre el tema "La paz" (qué ironía, ¿no?).

Pero todavía me pregunto, ¿cuál fue el precio que pagaron? Creo que nunca, ni ellos ni nosotros lo sabremos.

## Canciones y festejos

Ha ocurrido algo extraño. En estos años de rescatar mis recuerdos nunca se me habían perdido los papeles en los que escribo. Sin embargo, hoy no encuentro un relato que estoy segura de haber escrito. Es 25 de mayo, y he podido revisar con paciencia ese mundo de papeles de mi escritorio: carpetas y carpetas, ficheros, libros, cuadernos. ¿Donde estará? Bueno, aún en mí, así que a reconstruirlo.

25 de mayo (¿o era 9 de julio? No importa, fiesta patria al fin). Las que sabían danzas nativas organizaron “un curso acelerado” para concluir el día del festejo. Recuerdo que eran tres o cuatro danzas, pero la que “veo” con claridad es el pericón. El “elenco” comenzó con unos cuantos días de anticipación a preparar el vestuario. “La necesidad tiene cara de hereje” dice el refranero, ¡y cuanta razón! Sábanas viejas rasgadas, dobladilladas, trenzadas, unidas, flecadas. Fajas negras de viejos sweters o poleras; mantas al hombro; las pocas polleras del piso cedidas con recomendaciones; otra sábana floreada hilvanada como falda; “preciosas” piedras de ladrillo oscuro juntadas en el camino al hospital; flores de papel para el pelo; ¡y hasta una carbonilla para hacer bigotes! Nadie quería mostrar su atuendo con anticipación, y cada bailarín o bailarina tenía dos “asistentes” de múltiple oficio que le ayudaban.

Se resolvió que no habría discursos. Suspiré con alivio: creo que no hubiera resistido un símil de discurso escolar en estas ocasiones. En cambio, se acordó que, parado el recuento matutino cantaríamos el himno (cuando cambiara la guardia, a las 7 hs, deberíamos pararnos en la puerta, ya aseadas y con la cama tendida, para que las celadoras entrantes pasaran lista, y ojearan las celdas: eso era el recuento). Recuerdo que no estaba muy de acuerdo, me sonaba a festejo militar y los milicos no eran ni son mi debilidad, pero se apoyó la idea de forma mayoritaria.

Terminó el control diario, y al 1, 2, 3 de la “directora de coro” comenzamos. ¡Para qué!! Revuelo y gritos de las celadoras, violenta irrupción del jefe de guardia y ante nuestra estupefacción la explicación “ladrada”:

-¡Señoras, ustedes no pueden cantar el himno!

-¿¡Pero por qué?!?

-¡No pueden!

-¿¡Pero por qué?!?

Y al fin, el jefe de guardia:

-Los "apátridas" no pueden cantar el himno.

Un grupo de compañeras se acercó a la reja tras la cual estaba "el biche-río" alterado, para discutir la cuestión.

-¡Señoras, manos atrás, a seis pasos de la reja! -graznaron-.

Sentí que toda la sangre se me iba a la cabeza, una saliva amarga en la boca, una sensación de despojo e impotencia y un mareo terrible. Apoyándome en las paredes volví a mi celda y me senté en el banquito de fría chapa a llorar mi bronca. Todavía siento aquella sensación que tal vez Vallejos describiera tan bien: "quiero escribir y me sale espuma / quiero laurearme y me encebollo".<sup>1</sup>

Terminado el incidente, volvimos a rumiar la bronca, la desdicha. Pero se resolvió seguir adelante, más que nunca. Se evaluó la posibilidad de castigo con cierre de celdas, y con la no entrega de los paquetes que martes y viernes traían los familiares, o la eventual sacada al campo de algunas de nosotras. Se aceptó el riesgo. "Ceder es retroceder, retroceder es denigrarse, y sin dignidad, ¿vale la pena la vida?". Esa fue la síntesis.

Las bichas andaban hurgando con la mirada los gestos, los movimientos. Tomaríamos la merienda, y luego la "función de gala". Esta vez la cascarilla y loa chipacos (un tipo de bizcocho con grasa muy sabroso) nos parecieron algo así como la poción mágica de Asterix.

Camarines: los baños. Bailarinas, "bailarines" y asistentes en tumultuosa mezcolanza. En el comedor, la algarabía del público vestido con las galas restantes.

De pronto, el "bastonero" con un palo de escoba en la mano, dando tres golpes en el suelo para pedir silencio; la directora del coro golpeando la mesa y 1, 2 y 3. *Pericón por María*, por las presas del 1° piso del pabellón de mujeres de la U.P. 1 de Córdoba - en ese momento, para nosotras, corazón de Argentina en el Mundo. Se abrió la puerta del baño y entraron las cinco parejas bailando. "Pam pam pam, para pam pam pam...", y las palmas y el bombo de una lata de aceite puesta al revés para percutir. Había chinas rubias y con rulos, otras con auténticas trenzas negras rematadas en una flor de papel higiénico; vinchas de medias de esponja tensadas al máximo para aprovechar un celeste recatado.

¡Y los gauchos! Las de pelo corto, asentadas con jabón; las de pelo más largo, con vinchas en la frente. Bigotes de rufián o de manubrio de bicicleta como los de abuelo; alguna patilla avanzando osada en una mejilla sospechosamente aduraznada para tanto matrero. Serias pero con los ojos rientes,

<sup>1</sup> VALLEJO, C., *Intensidad y altura*.

atisbando nuestra sorpresa, nuestras expresiones que tironeaban el ritmo del pericón haciéndolo irreconocible.

Las bichas se asomaron pero esta vez no prohibieron. ¡Se ve que su lista de censura no contenía al Pericón!! Luego, las otras danzas y, al final, todas cantando y formando la rueda que se cerraba y abría como una flor de cactus, tan bella como rara en el pedregal de la cárcel.

Y las bromas, después: “Mirienda, suba a mi alazán que la llevo pal’ rancho” (alguien lo decía ofreciendo un lugar en el sector del piso). O “¡Che loca, sacate esos bigotes que con tanta escasez, capaz que perdés!!”.

Creo que una de las compañeras, alta y delgada pero de bastante busto, se debe haber “fajado” para comprimir sus atributos. Y hubo payadas, y risas y días de comentarios, ruptura de la rutina, con lo que hacíamos gambeta al tiempo.

También tuvimos un glorioso recital de coro. La mayoría de nosotras —yo era una excepción, ya que si canto el arrorró todos creen que es la Cumparsita— tenía repertorio propio. Una compañera con estampa de madona renacentista, hasta con esos rulitos naturales en un pelo miel claro y lacio, de tez blanca, muy callada y dulce, entonaba el *Romance del enamorado y la muerte* o *Balada en otoño* en un silencio casi religioso. Una morenita vivaz y chiquita, a dúo con una rubia con pelo cortito y ojos muy claros nos deleitaban con “Qué va a ser de ti lejos de casa, nena, que va a ser de ti” mientras hacían la fajina, y lo llenaban de gestos que borraban la nostalgia. Estaba quien de una forma peculiar y quebrada cantaba *La Nana de la Cebolla*, porque el repertorio de Serrat era un gusto compartido por todas. Y así, *La Saeta*, o *Para la libertad*, *Fiesta* o tantas otras.

Hubo algunas que tuvieron “sus bemoles”. Cuando después de mayo, en que por primera vez entró la Cruz Roja al penal, comenzamos a bajar un rato al patio todos los días —según la guardia que nos tocara— se cantaba, un poco con doble intención: el placer de cantar, simplemente, o el cantar para las compañeras de planta baja que, aunque no podían abrir sus ventanas cuando nosotras bajábamos, lo hacían a hurtadillas, y mientras las “cantantes” entretenían las celadoras, ellas sacaban sus manos y en lenguaje mudo nos comunicaban las novedades. El patio era un lugar triste —ya lo he dicho— pero “rico” en posibilidades. Una estrategia concertada previamente disponía que alguna de nosotras (y yo era hábil para eso) entretuviera a la celadora, mientras otras dos jugaban a la pelota con medias arrolladas. El movimiento se hacía habitual y de pronto, záz, no era la pelota lo que se recogía, sino un atado de tabaco Mariposa, papel de armar cigarrillos y fósforos que algún preso común, arriesgando castigos, nos tiraba desde alguna ventana aparentemente cerrada. Soy inhábil para atajar, y creo que la tensión y el miedo hubieran hecho el resto, pero las había corajudas que

no erraban una. Lo mío era envolver en un relato, "sujetar" la mirada de la celadora en el momento en que el guardia que, arma en mano, transitaba por la pasarela del alto muro, diera la vuelta o estuviera en el extremo de su recorrida. ¡Y qué sabor el de esos cigarrillos! Antes que nada, por prohibidos y "solidarios", porque gracias a los comunes y sus riesgos los teníamos, como tuvimos tantas cosas gracias a ellos, y que luego contaré. Por turno, a la nochecita, nos sentábamos tres en una ducha, se abrían las canillas de las otras dos, y una compañera, con un toallón húmedo, hacía de ventilador. ¿Por qué húmedo? Bueno, alguien dijo que absorbía el olor, y sin más, lo creímos.

Pero me estoy yendo del tema. Había empezado por el canto en el patio. Uno de sus muros daba a una placita interna del penal, con flores y pájaros, anacrónica pero reconfortante. A esa placita daba la galería del hospital, y todas las tardes llevaban a los presos políticos varones a retirar sus medicinas. A nosotras nos las llevaban al piso, no sé por qué la diferencia, pero era así. De modo que cuando, aguzando los oídos y por el movimiento del guardia de la pasarela, advertíamos que los compañeros llegaban, las que tenían parientes, novios o amigos entre ellos, procuraban decir algo en voz alta para que al menos el destinatario escuchara su voz. Un día, al bajar, y por la hora calculada, una compañera dijo: "Chicas, hoy es el cumpleaños de mi compañero, le voy a cantar cuando vengan los muchachos al hospital. Susana, chamuyate a la Bicha y yo canto".

Me acerqué de entrada a la bicha de guardia para "ablandarla" con una charlita, y como sabía que le gustaba cocinar, le dije que caminaría haciendo memoria de unas recetas ricas. Cuando me hicieron señas mis compañeras, me acerqué sonriendo y diciendo: "Celadora, ya me acordé". Y como Petrona, relaté: "se necesitan dos taza de harina...". Entonces, la compañera empezó *Elegía* de Miguel Hernández. Todo iba bien: yo batía imaginarios huevos, la bicha repetía, como para memorizar, "se baten bien los huevos con el azúcar y la ralladura del limón" y la canción llegaba a su fin. Pero cuando se escuchó "compañero del alma compañero", fue como si la hubiera picado una avispa.

-¡Señora!, -gritó- ¡cállese de inmediato y venga acá!!!

El batido se borró en el aire, sentí una mano endurecida en el hombro y vi a la compañera abrir los ojos desmesuradamente, con expresión entre inocente y sorprendida al tiempo que se llevaba la mano al pecho para decir, señalándose con el índice:

-¿Yo, celadora?

-Sí, usted, no se haga la tonta -y mirándome- ¿y usted cree, Barco, que por mucho que me charle me engaña? ¡No m' hijita!

La compañera que cantaba había sido alumna mía, pero al llegar a la cárcel no la reconocí hasta que habló. No soy buena fisonomista, los alumnos

a través de los años suman cientos, y salvo que tenga alguna característica especial, uno necesita “anclajes” para ubicarlos, tales como “la promoción de los que hicieron tal experiencia”. En su caso, tenía una peculiaridad: pronunciaba en exceso (y supongo que aún lo hará) las “s”, tanto las iniciales como intermedias, y a veces agregaba –pluralizando en vano– alguna al final. En ese momento lo único que yo escuchaba eran esas “eses” y me produjo una risa tremenda que traté de ahogar.

–Pero celadora, ¿por qué no puedo cantar?

–Señora, usted sabe que la cárcel no es un lugar para cantos, ¡y menos para esos cantos!

–Pero celadora, ¿qué tiene este canto?

–¡Está prohibido señora!

Allí empujé la risa y con cara de docente ofendida dije:

–¡Pero celadora, es una canción de un gran poeta español de principios de siglo!

Y mi compañera, a la carga:

–Claro celadora, está en todas las antologías y ¿vivo?, habla de las abejas.

–¡Vamos señoras, no habré ido a la universidad como ustedes pero sé que la subversión no es nueva ni sólo argentina! ¡Y terminen, o las mando a la celda de castigo!

Nos alejamos con la cabeza gacha para que el guardia de la pasarela, (que ante el desorden había corrido el seguro de su arma y apuntando hacia abajo) no nos viera sonreír.

–¿Y, crees que tu compañero te oyó?

–Sí, tosió dos veces, ¡es la señal!

Creo que la celadora tenía razón. Hernández es subversivo como la mayoría de lo buenos poetas. Y en su caso, ilustre poeta preso, voz que desde adentro cantó a la vida, a la libertad, nos era más entrañable, más íntimamente compañero de dolores por él conocidos, voz sabia de angustias y clamores, de añoranzas y cebollas, voz de fuerza y esperanza.

Hoy está Serrat en Bueno Aires. Ha cantado –o casi dicho– las estrofas de *Para la libertad*. Nunca puedo escucharlo, ni a él, ni a otros cuando los cantan. De inmediato escucho aquellas voces de otros ámbitos, y por debajo de ellas se me regala, intacta, la fuerza de Hernández. Y más allá de los aparatos publicitarios, siento reconocimiento por quien puso música –es decir alas– a esas que ya eran canciones que nos acunaron, sostuvieron, alentaron.

Otra canción con bemoles. Una compañera sufrió, en reiteradas oportunidades, fuertes descomposturas de hígado. No era raro. La alimentación del penal era pésima, llena de grasas. Finalmente, luego de un tiempo de internación, la llevaron a un hospital fuera del penal.

Los médicos se portaron muy bien con ella: se negaron a esposarla a la camilla, y prohibieron la entrada de la celadora al quirófano. Podría vigilar desde afuera, tras el vidrio, pero no estar adentro. En el momento de anestesiarla, la compañera —que lógicamente sentía temor por la operación en sus pésimas condiciones— pidió que la dejaran cantar. Sí, cantar. Cuenta que a pesar de haberle dado sedantes antes, se sentó en la camilla y cantó *Lucía*. Dice que los médicos y las enfermeras, anestesiólogo e instrumentista, quedaron como de piedra, pero llorando.

Cuando terminó, dio las gracias, dijo “chau” y se acostó. Fuera, la bicha enloquecida hacía señas tras el vidrio. Puedo imaginar la escena fantasmal y grotesca. Barbijos y gorros verdes, instrumental brillando, aséptica cámara que tal vez evocara para ella la de su propia tortura. Y su voz limpia, vigorosa aunque no muy entonada, cantando esa canción que quién sabe qué recuerdos le traía, pero que seguramente sonó a afirmación de vida.

Y esta otra con “becuados”. Próximo ya el día de la primavera, todo el piso había sido sancionado por el episodio del *Cóndor pasa* que luego contaré. La habíamos sacado “barata”, ya se oía en el aire el traslado —que se efectivizara el 28 de octubre del ‘78, rumbo a Devoto, el penal “vidriera” donde tendríamos carta y visitas—. El personal carcelario había “atemperado” la disciplina: hasta algunas celadoras, próximas ya a la partida, se acercaban a “lavar culpas”, a recordarnos que no nos habían castigado en tal o cual ocasión. Ya el miedo aparecían en ellas: ¿Y si, libres, procurábamos una revancha, un ajuste de cuentas por “verdugueos”, soploneadas al tercer Cuerpo del Ejército, señaladas con dedo delator, con informes confidenciales a los “verdes”? Conscientes de todo esto, nos sentíamos más audaces.

La sanción consistió en mantener cerradas las puertas de todas las celdas las 24 hs. durante una semana. A la mañana y a la tardecita, nos dejaban salir al baño a higienizarnos, a limpiar la lata de aceite de 5 litros que teníamos para nuestras necesidades. Entonces, resolvimos organizar un **DESFILE DE MODAS**. En el momento de abrirnos las puertas, cada una saldría disfrazada de algo, y una compañera muy ingeniosa, luego de vernos pasar (su celda era de las primeras) haría la descripción del “modelo”, de las “telas”, etc. No puedo olvidar una “novia” con traje de sábana, tocado de cancanes y en lugar de ramo... el tacho de necesidades. A su lado, en pijama, el “galán” con plato y jarro de aluminio simulando galera en la cabeza, en precario equilibrio. Nos hacían salir de dos, así que la jarana duró largo rato. Pero el plato fuerte venía luego.

A las 10 hs., ya lo dije, llevaban a los compañeros al hospital, y como entonces había chicas en celdas a ambos lados del corredor, las que estaban del lado de la placita del hospital espionando por vidrios convenientemente y “casualmente” agujereados, dieron la voz de ¡aura! Se oyeron cuatro golpes

en el piso de la última celda (señal convenida con las de planta baja) y los dos pisos, casi 60 mujeres, comenzamos a cantar: “¡Feliz primavera a todos los compañeros, los compañeros!!”

Las bichas se enloquecieron. Gritaban “¡silencio!”, abrían las rejas y corrían por el pasillo mirando por los pasaplatos de cada celda. Pero cuando se acercaban, la ocupante de la celda callaba y la miraba muda y en lo posible, seria. Furiosas, corrían mientras el coro seguía. Los comunes, al escuchar el estribillo, se “prendieron”. Y en la mañana de la recién estrenada primavera, la U.P. 1 de Córdoba inundó el barrio San Martín con su canto. El repertorio no fue sólo ese: Tangos, zambas, coplas, rock, boleros con olor a naftalina. En un traslado llegó una compañera salteña que, con voz de cristal, cantaba *La cerrillana* y *El Cóndor pasa*. Esta última canción un día fue prohibida. ¡Misterios de la censura!

¡Hay cosas curiosas! Todos tenemos músicas favoritas, ligadas a momentos especiales de nuestras vidas. Para mí, una de ellas es el concierto número 77 para violín, de Brahms. Muchas veces intenté recordarlo. No lo lograba. Tampoco había quien lo recordara entre las demás, ni en Córdoba ni luego en Devoto. Pero un día, en este último lugar, durante una visita en el locutorio –vidrio mediante– le pedí al Flaco que me lo cantara.

Tampoco él pudo en ese momento reproducirlo, y como estaba el disco en mi casa de Córdoba, fue a una disquería y al día siguiente vino a tararearlo. Los primeros compases salieron bien, pero luego fue un llanto abrumador de ambos, porque a veces los recuerdos muestran esa insoportable ausencia de la felicidad.

Y aunque al oír el comienzo recordé de golpe el concierto entero, al volver a la celda lo había “perdido”. Creo que en el fondo, no quería “apresar” esa música tan amada. Brahms arrastra para mí muchos recuerdos de momentos importantes, y también de uno muy especial, al que llamo “mi burbuja de eternidad”. Una burbuja frágil –como todas– pero al mismo tiempo tan fuerte, tan clara: un arroyo en las sierras en una mañana de verano. Los chicos, semimetidos en el agua, juegan milagrosamente sin pelearse. Rien, se mojan. Tienen 3 y 5 años. Nosotros, a la sombra de un sauce, los miramos con expresión de padres bobos, mientras despacio, despacio, tomamos mates y fumamos sin apuro. La radio, bajito, anuncia el concierto de las 11 hs. de Radio Universidad. Si hubiera encargado el programa, no sería más a mi medida. Beethoven, Vivaldi, Brahms, justo el concierto para violín. Y mezclándose con la música del agua, con el aire manso y esas lágrimas gordas y tranquilas de la felicidad, el violín de Oistrack. ¡Esa burbuja tenue me sostuvo tantas veces!! Recordaba todo, todo, excepto el violín. Hoy la burbuja está completa: atravesó todo, y flota entre mis ojos, incandescente

casi, como señal clara de los instantes de felicidad posibles en una vida, siempre frágiles, siempre fuertes. SIEMPRE.

Cuando evocaba mi burbuja adentro, la sentía crecer casi físicamente dentro de mí, inundándome con la absoluta certeza de que había otras burbujas posibles esperándome, con tanta calma como la de aquella mañanita serena, pero con tanta fuerza, firmeza y pasión como la que diera Brahms a su concierto.

¡Bienaventurado este muchacho, este muchacho Brahms!

## Baño de damas

Aunque no puedo precisar el mes en que ocurrió, sé que fue antes del mundial de fútbol y cuando ya los fríos del otoño cordobés se hacían sentir. Una familia liberada cumplió su promesa y generosamente envió termotanques para los pabellones de presos y presas políticas de la UP1 de Córdoba. Seguramente que la aceptación de los mismos, y su puesta en funcionamiento, tuvo que ver con la visita de la Cruz Roja Internacional, que trajo aparejada una cierta distensión en el régimen carcelario y posiblemente activó nuestro traslado a Devoto el 27 de Octubre de 1978.

Bañarnos con agua caliente fue una "fiesta" para nosotras. Pero rápidamente advertimos que no todas eran mieles: nos permitían su uso dos veces por semana y no por tiempo indefinido sino mientras durara la carga de agua de cada termotanque-que nunca supimos cuántos litros tenía.- Había que organizar, pues, el "baño de damas" para que las treinta pudiéramos disfrutar de algo de tibieza.

El baño estaba dividido en tres zonas: no bien se pasaba la puerta de vaivén que comunicaba con el "comedor", se entraba en el área de los "piletones" de usos múltiples: lavado de ropa; de cabezas; de cargado de baldes para la limpieza, etc. A continuación, otro recinto con cuatro duchas separadas por tabiques azulejados en blanco. Finalmente, cuatro inodoros sin tapas y sin puerta en cada cubículo. Los tres recintos tenían en la pared del fondo una ventana de balancín, de vidrios no transparentes que daban al callejón.

Martes y viernes fueron días de ducha, y una compañera (la misma que cantara *Elegía* en el patio), era la encargada de coordinarnos. La evoco claramente y con cariño: como ya dije, había sido alumna mía en la universidad y tenía la particularidad de pronunciar de forma marcada las "eses" finales de las palabras. Fue también quien, al momento de ser liberada, se comunicó con mi familia, le dio datos de lugares adonde se podía ir a hacer trámites y con igual generosidad les hizo llegar el único colgante de hueso, tallado en bajorrelieve, que sobrevivió a las requisas devotenses y que era el dedicado a mi hija. Su rostro de ojos vivaces, su sonrisa amplia y contagiosa, el pelo corto, con algún flequillo, la voz de timbre docente, todo es vívido hoy.

El día antes del baño, preparaba los turnos, escribía los nombres con jabón en la puerta de la celda y preguntaba al pasillo: ¿quién fue la primera en ducharse el baño anterior? ¿Quién está indispuesta?, ¿quién alcanzó a lavarse la cabeza? ¡Y con estos datos armaba el fixture!! Cada grupo de doce entraba a la zona de los piletones, dejaba su ropa allí y toallón y jabón en ristre marchaba a las duchas. Se trataba de subgrupos de tres, que entraban al mismo tiempo a una ducha, y al ritmo marcado por las palmas, la primera se mojaba y mientras sonaba el “y uno, y dos, y tres” de esta suerte de “madama” que marcaba el ritmo, se jabonaba para llegar a enjuagarse al sonar la cuarta palmada. Así concretábamos el baño, en el menor tiempo y con la mayor equidad posible. A la sexta palmada cada subgrupo salía de la ducha y ya estaban las del próximo grupo en la boca de la ducha. ¡Qué jaleo! Risas, resbalones, corridas ¡Todo era fiesta! Luego, de a una, las menstruantes, y si quedaba agua, las que se lavaban la cabeza.

La mecánica era simple, ingeniosa y efectiva. Ya el primer día, las que esperaban en los piletones advirtieron que de las ventanas del taller de cestería que quedaba callejón por medio con el pabellón de mujeres, un racimo de presos comunes, que con los ojos desorbitados nos miraban. Seguramente que las ubicaciones privilegiadas se cotizaban alto! Advertida de ello, la “madama” pidió al pasillo: chicas, rápido, tres frazadas! Se cubrieron las ventanas y el recinto se convirtió en una suerte de sauna, con el vapor llenando el ambiente y el agua chorreando por los azulejos. Y si alguna nostálgica del “afuera” empezaba a cantar, los chistidos la acallaban: había que escuchar las palmas.

Ya secas corríamos a las celdas a preparar los “cañoncitos de queso”, con el pan fresco al que sacábamos la miga y rellenábamos de “queso crema” de producción artesanal. Limpias, tibias, contentas, compartiendo la charla y la merienda (y el mate cuando la entrada de elementos clandestinos se concretó), teníamos una especie de recreo, lleno de humoradas cordobesas, un momento casi humano y placentero. ¿Pero qué es eso de los elementos clandestinos? Por agosto o principios de setiembre, época en que ya sospechábamos el traslado a Devoto, hubo un afloje en los controles carcelarios junto con una ampliación de nuestras negociaciones con los comunes. De ello surgió una “lluvia” de artículos que inundó el pabellón. Y el baño, por su ubicación privilegiada, se convirtió en lugar de tensiones y corridas.

Una mañana vino una compañera y tendiéndome un mate y una bombilla me dijo: Susana te toca “encanutarlos” (esconderlos), y nadie tiene que saber dónde. ¡Lo hice y sobreviví airosamente a las requisas! ¿Y la pava y el agua caliente? Bueno, pava, lo que se dice pava, no. Un jarro de aluminio con agua en el que se introducía un par de cables sacados de una caja de luz de una celda vacía. Una compañera que había sacado provecho de las

lecciones de física de la escuela secundaria, sabía cómo disponer los cables; otra hacía de campana y de a dos mateábamos hasta que se acababa el agua del jarro. ¡Qué ricos mates, aquellos!! La yerba llegaba como los demás “comestibles”.

Por la misma época, el fondo de las ollas se convirtió en un pozo de sorpresas. En bolsas de nylon sujetas con los huesos de caracú o una piedra para que no flotara, llegaba yerba, queso, a veces una fruta, caramelos, en fin, una variedad de comestibles o unos lápices y algo de papel para el correo, al pabellón de varones. Es cierto que ya desde tiempo antes ese correo funcionaba, ¡y cómo! Gracias a él, una compañera de la que me hice amiga, recibió de su compañero una poesía de Prevert: *Este amor*<sup>1</sup> que fue durante meses lo único que pudimos leer. Lo copió en la parte lisa y amarilla de un tarro de leche Nido, con su clara letra de arquitecta, escrita con un alfiler. Recuerdo que traté infructuosamente de memorizarla. Me daba la impresión de que las palabras resbalaban antes de fijarse. Tal vez fue una forma de defensa: el poema me gustaba desde afuera, desde mi noviazgo, y tenerlo presente hubiera sido un sufrimiento adicional, por todos los recuerdos que me traía. Pero algunas siestas le pedía el tarro y me pasaba esas dos horas leyendo, recordando, llorando.

El “correo” provocó un episodio que hoy parece gracioso. Cuando todas las que escribían terminaban de hacerlo, una compañera ponía los papeles en una bolsa de nylon (que creo debe haber contenido también la correspondencia de planta baja, llegada subrepticamente) y por la noche iba hasta la ventana de la cocina, donde con la complicidad de un preso común, montaban un aparejo armado de sogas, desde nuestro pabellón hasta el de los comunes. Y la bolsa cruzaba, y llegaba otra con las cartas de los compañeros, y generalmente, una “yapa” de caramelos y cigarrillos. Ver volar la bolsa de un pabellón a otro, en medio del silencio y la oscuridad de la noche, hizo que bautizáramos a esta riesgosa operación como “El cóndor pasa”. Todo fue bien hasta que una noche escuchamos gritos, corridas, ruidos de rejas y llegó el jefe de seguridad a requisar la correspondencia y castigar a nuestra compañera encargada de “Correos y Telecomunicaciones” enviándola a calabozo de castigo durante una semana o diez días, no recuerdo bien. Y a la mañana siguiente, a la hora del recuento, el jefe de seguridad se paseaba indignado por el pasillo, blandiendo la bolsa y gritando como un energúmeno que qué nos creíamos, que no era una simple esquelita sino “¡ESTO!!! –Mientras sacudía la bolsa– ¡bien voluminosa por cierto!!!” Todas pusimos cara de póker, pero cuando se fue, moríamos de risa, y yo dije: “¡Pero si no parece correspondencia sino la Biblioteca del Congreso de la Nación!”.

<sup>1</sup> Se incluye al final de este capítulo

Mientras, ya que no escarmentamos, la compañera aislada recibía mensajes por "palomas" nocturnas, que le llevaban noticias.

Este amor<sup>2</sup>  
Este amor  
Tan violento  
Tan frágil  
Tan tierno  
Tan desesperado  
Este amor  
Bello como el día  
Y malo como el tiempo  
Cuando hace mal tiempo  
Este amor tan verdadero  
Este amor tan hermoso  
Tan feliz  
Tan alegre  
Y tan irrisorio  
Temblando de miedo como un niño en la oscuridad  
Y tan seguro de sí mismo  
Como un hombre tranquilo en medio de la noche  
Este amor que daba miedo a los otros  
Que les hacía hablar  
Que los hacía palidecer  
Este amor acechado  
Porque lo acechábamos  
Acosado herido pisoteado rematado negado olvidado  
Porque lo acosamos herimos pisoteamos rematamos negamos olvidamos  
Este amor íntegro  
Tan vivo aún  
Y soleado  
Es el tuyo  
Es el mío  
Ese que ha sido  
Ese algo siempre nuevo  
Y que no ha cambiado  
Tan verdadero como una planta  
Tan tembloroso como un pájaro  
Tan cálido tan vivo como el verano

<sup>2</sup> PREVERT, J., "Este amor", *Palabras*, Compañía Fabril Editora, Buenos Aires 1960.

Juntos podemos los dos  
Ir y venir Podemos olvidar  
Y después volvernos a dormir  
Despertarnos envejecer sufrir  
Volvernos a dormir  
Soñar con la muerte  
Despertarnos sonreír y reír  
Y rejuvenecer  
Nuestro amor sigue allí  
Empecinado como un borrigo  
Vivo como el deseo  
Cruel como la memoria  
Ridículo como los arrepentimientos  
Tierno como los recuerdos  
Frío como el mármol  
Hermoso como el día  
Frágil como un niño  
Nuestro amor nos mira sonriendo  
Nos habla sin decir nada  
Y yo lo escucho tembloroso  
Y grito  
Grito por ti  
Grito por mí  
Te suplico  
Por ti por mí por todos los que se aman  
Y los que se han amado  
Si le grito  
Por ti por mí y por todos los demás  
Que no conozco  
Quédate  
Allí donde estás  
Donde estabas antes  
Quédate  
No te muevas  
No te vayas  
Nosotros los que somos amados  
Te hemos olvidado  
Pero tú no nos olvides  
Sólo te teníamos a ti sobre la tierra  
No dejes que nos volvamos fríos  
Aunque sea cada vez desde más lejos

Y desde donde sea  
Danos señales de vida  
Mucho más tarde desde el rincón de un bosque  
En la selva de la memoria  
Surgiendo de repente  
Tiéndenos la mano  
Y sálvanos.

## Agregados, reflexiones: veinticinco años después

*Somos la memoria que tenemos y  
la responsabilidad que asumimos.  
Sin la memoria no existiríamos,  
sin la responsabilidad quizá no  
mereceríamos existir.*

José Saramago

### Nota previa

Durante estos años, no sólo recordé episodios olvidados, sino que, por obra de mis lecturas, profesionales algunas, literarias otras, fui encontrando referencias para iluminar y comprender algunos episodios vividos para procurar entender el sentido de lo ocurrido como hecho histórico social.

La memoria no es un mero registro. Alguna vez en uno de mis trabajos la definí como “una construcción social, y su correspondiente re-construcción social, de hechos, acontecimientos y procesos, con sus sentidos preteritos modificados en el propio proceso de re-construcción. La memoria supone, desde aquí, no el rescate de hechos aislados, sino el levantamiento de entramados complejos que convocan al antes, durante y después de un proceso, y lo inscriben en la particularidad sociohistórica de un momento determinado”. Y aunque lo escribiera más de veinte años después, fue durante esos años de cárcel que “aprendí” lo que hoy creo saber acerca de la memoria, porque la reflexión constante sobre ese capital maravilloso iba dejando su trama y sus nudos a la intemperie. Entonces hoy, en este nuevo ejercicio de memoria, sé que en la reconstrucción entran esas lecturas que menciono más arriba, esas voces que me susurran los porqués de las cosas.

Pero enfrente una dificultad enorme frente a la escritura. Desde siempre me he “peleado” con las palabras, porque no siempre encuentro la que exprese lo que quiero decir, y a veces las fuerza para que lo hagan. Es que los

significados no son inmutables, y hay una posibilidad —más allá de prede-terminaciones molestas— de cambiar levemente ese sentido porque emerge de un contexto diferente. Esto puede parecer un juego de la escritura, pero en este caso no lo es. En todo caso, es un juego de construcción de rigores diferentes. Entonces, cada retazo de escritura se convierte en algo laborioso, que a veces obstinadamente se esfuerza en no expresarme. Y otra vez, a empezar. ¿Cómo nombrar lo innombrable? ¿Cómo captar el matiz sustantivo de un sentimiento? No soy escritora de oficio, simplemente trato de dejar sentada una historia y la particular manera de vivirla de uno de sus múltiples sujetos. Creo que la experiencia carcelaria me dio un material “en bruto”, empírico, que es una cantera inagotable. Vuelvo, vuelvo, y es siempre igual, siempre distinta, tan igual y tan distinta como yo misma. Y hay un entender que cambia, ahonda, ilumina facetas oscuras, sin llegar nunca a una comprensión total.

Pero convocar a la memoria es también enfrentar las formas del olvido, esas elisiones, desgarros, fragmentaciones, pérdidas, esos resquicios por donde la memoria se escurre. No hay completud absoluta en la memoria. Tampoco fidelidad completa a lo ocurrido: la memoria no registra al modo de una cámara fotográfica —y aún si lo hiciera, un fotógrafo elige un ángulo, un plano, una iluminación particular, es decir, recorta de alguna manera un/os objeto/s o persona/s—. Además, de lo que aquí se trata no es de objetos, sino de hechos, sucesos y procesos, y de cómo ellos se inscriben en una subjetividad, en una interioridad específica. A veces la memoria aparece como una tarea imposible, fragmentada, deshilachada casi, y sobreviene un sentimiento de futilidad frente al doloroso esfuerzo que demanda y al que obliga el re-vivir lo acontecido. Sobre todo a los desalientos de la pelea con las palabras, cuando se descubre que hay innombrables múltiples: sensaciones, percepciones difusas, abismos que se resisten a ser dichos, horrores incommunicables. Es que la palabra es un atributo humano, entonces, ¿cómo volver palabra lo inhumano? Ciertamente hay limitaciones que me son propias, pero hay otras que pueden atribuirse a la índole misma de lo que no puede ser dicho. ¿No será eso, lo indecible, lo único que vale la pena ser conocido?

Tengo otra dificultad: por razones profesionales, debo a veces ajustarme a los cánones de la escritura académica, propio de los investigadores que procuran teorizar. Ese registro me hace sentir envarada, porque convive con otro más espontáneo, más emparentado con los sentimientos, como cuando escribo una carta a alguien querido o armo el relato de un cuento o de un viaje para mis nietos. Allí hay mucho de lúdico y placentero y las reglas no existen, es una suerte de “todo vale”, si expresa lo que quiero decir. ¿Cómo escribir “esto”, que no sé, ni me interesa saber, cómo puede ser clasificado?

¿Cómo eludir la necesaria honestidad de re-conocer y reconocer la fuente de las ideas? La manera que se me antoja posible es, en estas reflexiones que es donde "otros" entran, no apelar a una cita erudita sino consignar al final los autores que recuerdo que me han ayudado en la reflexión y la comprensión, ya que no los leo para incluirlos sino que, una vez más, recuerdo que me ayudaron a encontrar pistas. Sus conocimientos ya me integran, aunque pueda reconocer su filiación. Y seguramente que habrá omisiones, fugas de esa memoria de autores. Son diversos en sus posturas, pero aquí no necesito de la congruencia entre ellos, más bien, a partir de ellos es que trazo puentes, busco signos.

Reconozco que debo a mi padre no sólo una buena memoria individual, que él me ayudó a ejercitar desde muy niña –¡si hasta trucos me enseñó!– sino también su ligazón con la historia. Mi abuelo –que murió con plena lucidez a los 98 años, cuando yo tenía 9– me sentaba en su falda cuando se hamacaba en un sillón que hoy conservo. Entonces le decía: Abuelito, contame "la" historia. Y no era un cuento de hadas, eran sus recuerdos de la fundación de Bell Ville, de los primeros años de Esperanza –ciudad santafecina donde nació mi padre–, del último malón a Santa Fe, de cómo era Mitre y de lo guarango que era Sarmiento. Me fue enseñando que la historia de héroes del Manual del Alumno, con sus figuras de bronce, de seres perfectos, no era LA HISTORIA. Los invisibles mandatos familiares son muy fuertes, por eso a veces siento a mis nietos en la falda para contarles mi versión de ese tramo de la historia en la que he participado, a veces como "mirona", otras activamente. Yo recibí placenteramente esos relatos, casi sin advertir cómo los mayores me los trasmitían como parte de la historia. A veces me pregunto cómo acceden a ellos los jóvenes de hoy, en un mundo de imágenes, de fragmentación, de inmediatez, de celeridades.

## Memoriando

Han pasado muchos años desde que comencé a registrar lo que mi memoria sostenía. Allí quedaron guardados los recuerdos, y en cada relectura me parece estar otra vez en el campo, en la cárcel, en el tiempo congelado. Y sé que este texto no tiene una secuencia temporal estricta, sino que los recuerdos saltan los límites temporales, se entremezclan y no es mi intención “disciplinarlos” a un calendario rearmado en el que el antes sea antes y el después, después. Esta memoria es un amasijo caótico de días, de datos y de sentires, y seguramente si tuviera que escribirlo otra vez lo ordenaría de otro modo, ¡vaya a saber cuál!

Cuando regresé y comencé a encontrarme con mis familiares y mis amistades, sentí un deseo compulsivo de contar, de hablar sobre lo ocurrido. Fueron, aparte del Flaco, escasas las personas que quisieron escucharme, salvo las/os amigas/os que una vez más, con su lealtad, sostuvieron el peso del espanto. Todos los demás decían, palabras más o menos: “no, no hables, te hace mal volver a todo eso, olvidalo, ya pasó, tenés tu familia, tenés que vivir, tenés que olvidar”. Aún los que sabían, aún los que habían sufrido por sus amistades, o por vecinos o parientes decían **TENÉS QUE OLVIDAR**. De pronto, el olvido era la solución, lo que calmaba el dolor. ¿Y cómo no tentarse? Sumergirse en el olvido, borrar, página nueva, “pasado pisado”. La oferta podía ser tentadora, pero no para mí, que en mi aislamiento me había propuesto contar lo que viviera. Memoriosa, podía confiar en la posibilidad de rescatar recuerdos. ¿Pero esa memoria era mía solamente? Seguramente es una memoria que pertenece a todos y cuya preservación permitirá la no recurrencia de un pasado feroz.

En mis silenciosas caminatas, sobre todo antes de los interrogatorios, trataba de explicarme por qué estaba allí (lo pensaba de ese modo, estar allí, como no aceptando el término “presa” o eventualmente “prisionera”). Por un lado, no encontraba en mi conducta nada “ilegal”, ningún quebrantamiento de ley alguna. Pero como cuando niña, me asaltaba una sensación de culpa, un “algo habré hecho” hasta que me preguntaba: “¿pero qué estás haciendo? ¿Quiénes son los que te han traído? Los milicos, ¿no? ¿Y a qué ley obedecen sino a la de la fuerza y la sin razón? Esto no es nuevo: desde la década infame se apropian del gobierno e imponen el autoritarismo, el oscurantis-

mo y un fundamentalismo que exceden cualquier comprensión. Y no fue sólo “aquí...”. Entonces, como un fogonazo de cámara fotográfica, un encendimiento y una imagen: Seminario de Educación de Adultos, Amanda Toubes proyectándonos *Noche y Niebla* de Alain Resnai y en la oscuridad, el grito de mi compañera que volví a escuchar<sup>1</sup> en la cuadra de las mujeres<sup>2</sup>.

Claramente era eso, el mismo desprecio por la condición humana, la fuerza bruta para imponer una única manera de pensar, dogmática, cerrada. Y entonces sí, entender “mi pecado”. Fernando lo dijo claramente cuando un compañero le preguntó por qué su mamá estaba presa, y mi hijo contestó: “porque mi mamá quería que sus alumnos aprendieran a pensar”. Y dijo pensar, que no es reproducir dogmas, que es disentir, criticar, imaginar algo distinto, crear. Y esto es también una forma de la libertad. Como estudiante y desde el comienzo de mi carrera, en Sociología, en Psicología social, en ese seminario, habíamos abordado el tema del prejuicio y el del nazismo. Adorno, Frenkel Brunswick, Fromm, los estudios sobre la personalidad autoritaria habían sido motivo de lecturas y largas horas de estudio y discusión. Mi padre —de quien aprendí el uso despectivo del término “milico”— detestaba a los nazis y desde chiquita escuché de sus horrores y la condena que mi familia expresaba. Pero nunca pensé que el horror se repitiera, y menos, en nuestro país. Escapaba a mi comprensión esta situación de pesadilla, y procuraba pensar que era un error monstruoso, un mal sueño del que despertaría. Pero la endeblez de este pensamiento se estrellaba con-

<sup>1</sup> La tarde de la exhibición del film fue durante el segundo cuatrimestre de 1960, en un aula chica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA ( en aquel entonces en la calle Viamonte, donde hoy funciona Rectorado) y se hizo con un viejo proyector que hacía ruido al girar la película. Éramos un grupo de no más de veinticinco alumnos/as que veíamos con horror los documentos fotográficos o los filmes —hechos por los propios nazis desde la cumbre de su soberbia e impunidad—, que mostraban la monstruosidad de Auschwitz o Treblinka o cualquier otro campo de concentración. De pronto, en el momento en que se mostraban, girando lentamente, las páginas de los registros de ingreso a los campos, una compañera pegó un grito impresionante: “ESE!”. Se paró la película, se prendió la luz y entre sollozos dijo: “ESE, el tercer nombre de la página de la izquierda es el de mi tío”. Dijo su nombre y cuando la película se reanudó, vimos que realmente coincidía el nombre dado con el allí registrado. Más allá de la comprensión racional del proceso de barbarie desencadenado por el nazismo, ese grito pareció grabarse en mi piel y por una extraña alquimia me permitió entender cabalmente, de una vez y para siempre, la magnitud del crimen contra la humanidad de esas bestias nazis.

<sup>2</sup> Rescato aquí una deuda: cuando me preguntan quiénes han sido mis Maestros/as, encuentro que hay campos a diferenciar: en lo científico, en lo práctico-profesional, en lo ético (mala clasificación porque las categorías no son mutuamente excluyentes) pero creo que se entiende y en lo ético diría que primero Amanda Toubes y Noemí Labruno desde Extensión de la UBA con quienes concurríamos estudiantes de todas las carreras a isla Maciel para trabajar en tareas de extensión en el ámbito propio de cada carrera, cosa que vi luego con María Saleme de Burnichon. Y las tres, porque fueron y son un modelo de ética en acción, más allá de las aulas, más adentro de la vida. No es casual que en las circunstancias-corredor, vinieran a mi encuentro para acompañarme.

tra la venda. Y el silencio algodonoso, apenas quebrado por el sonido quedo de mis pasos, envolviendo mis dudas, mis preguntas, los pocos destellos de comprensión.

El recuerdo de aquel corredor, anticipo de otros y de este mismo que mi memoria traza, me abre a la pregunta: ¿qué, cómo y cuánto recuerdo y qué he olvidado? Tal vez sea bueno empezar por recordar qué trabajo de cercamiento de mi memoria de entonces hice en el Campo, tratando de borrar algunos recuerdos "inconvenientes", y cuáles dejé flotar a su libre arbitrio.

En principio, las elusiones. Procuraba no pensar en los chicos: hacerlo me producía un llanto incontrolable, una angustia enorme. Confiaba en que Naná hubiera viajado a Villa María a cuidar, junto con el Flaco, de ellos. Tampoco quería pensar en ella, en su dolor. Con respecto al Flaco, no se trataba de recordarlo o de pensar: ¡Mi hablar interno era, la mayoría de las veces, un diálogo con él! Gambeteaba el recuerdo de nuestros compañeros y amigos, el de la gente del gremio o las compañeras de la Universidad. Restaba, restaba. Me quedaban, sin embargo, amplios territorios: la niñez y la adolescencia, al menos hasta los 18. Luego, la universidad: zona interdicta. Estaban los viajes, excepto el que hicimos al Chile de Allende. Las películas y los libros. Bueno, seleccionando... y una conclusión: poco de lo mío podía ser del gusto de los milicos, y en cambio, mucho podía ser "peligroso" desde su perspectiva. En un allanamiento que hicieron una noche de mayo o junio se llevaron *Ana Karenina* y *Baptism* de Joan Baez como único material subversivo (ya habíamos purgado las estanterías); entonces era claro que de la barrida sólo podían salvarse las fábulas de Esopo!

En los dos días que pasé en el calabozo de la comisaría de Villa María, de lo que recuerdo (tan poco, ya que no podía pensar), era que todo resbalaba, que no podía sostener la coherencia de un razonamiento y, junto con eso, unas náuseas permanentes que se resolvían en arcadas secas que me dejaban cansada, mareada. Pese a esto, al cerrar la puerta de la celda, estrecha, oscura, maloliente, recordé las palabras de una compañera de Córdoba, que relatando sus 24 horas de detención, aconsejaba: hay que hacer como en el teatro, aferrarse a un rol creíble y no moverse de allí. Revisaba entonces, en mi caminar por el pasillo, esa imagen con rasgos de verosimilitud que ofrecería: correcta y formal esposa y madre; docente de alta profesionalidad; buena crianza manifiesta en el hablar correcto y gesticulación medida; religiosidad corriente, pero nada de agnosticismo ni tampoco devoción intensa; "cultura" propia de una egresada de la UBA. Señora moderada en gustos y opiniones. Me dispuse a no mentir de entrada, sobre todo si me preguntaban cosas evidentes, innegables, tales como haber sido cesanteada en 1967 y 1975 en la UNC. Y dentro de ese marco, improvisar de acuerdo con las circunstancias. Me aferré al guión durante los tres años de cárcel. Pero ya

en las caminatas ensayé, porque una cosa es fingir o mentir, otra es meterse en la piel de un personaje y actuar como él: ¡por algo en casa decían que era buena actriz!

Todo esto llevaba su tiempo, pero al caer la tarde, mientras el aire se enfriaba y los ruidos se asordaban, mientras la tensión física parecía aflojar, no podía dejar de reflexionar sobre otros aspectos de la situación. Los guardias del campo eran gendarmes: los primeros días pasados con las compañeras habían servido para comentar con ellas que existía una cierta tensión entre los gendarmes y los soldados. Los primeros se veían como despreciados, relegados a las tareas simples de vigilancia y cuidado, mientras los otros eran los encargados de los interrogatorios, los que sabían qué preguntar, a quiénes y cómo. Algunas de las guardias de gendarmes procuraban mostrarse “distintas” en sus actitudes. A veces conseguíamos bayaspirinas o bicarbonato para limpiarnos la boca, algún trozo de jabón, algodón para las menstruales, nada del otro mundo, porque el enfrentamiento entre gendarmes y oficiales era algo para aprovechar ¿Pero qué llevaba a estos hombres a entrar a veces a las seis de la mañana a los gritos, ordenando flexiones o penosos ejercicios? ¿Qué los motivaba a espiarnos cuando nos llevaban a bañar a la cuadra de los varones, o a manosearnos cuando nos cargaban o descargaban de los camiones en que nos transportaban a/ o desde otro campo, a/ o desde la cárcel? ¿Por qué un mediodía nos entregaron un plato colmado a cada una, indicando que ese día había que comer TODO? Extraño: ninguna de nosotras dejaba nada de la magra ración de guisos abominables o polentas apelotonadas y secas. El primer bocado nos mostró que no era un revuelto de arvejas con huevo, según creímos ver al espiar por debajo de la venda, sino arvejas con sal gruesa a granel. Nuestras caras les provocaron risas, y nos forzaron a comer. Cinco mujeres vendadas, mal alimentadas e inermes frente a ellos, ¿qué satisfacción podía producirles obligarnos a comer lo incomible y burlarse de nosotras? ¿Qué clase de persona puede proceder así? ¿Qué los lleva a las formas de degradación que sus imposiciones violentas producían? Pero claro, su degradación no era para ellos tal: la violencia se origina la mayoría de las veces en una carencia, en una forma de exclusión, en la conculcación de un derecho. Y esta forma de violencia que ejercían, ¿en qué se originaba y qué veían en nosotras para descargarla en esa situación?

La llegada al campo fue como entrar en otro mundo, un mundo en suspenso (un “no lugar” como leería en Auger años más tarde) algo así como la imagen congelada de una película. Hasta la sensación de frío, de olores húmedos, el silencio denso y sombrío, todo contribuía a hacerme sentir en una zona opaca donde se desaparecía rápidamente, chupada por esa nada viscosa. La vastedad de lo que años después se conocería como “poder des-

aparecedor” era entonces ignorada por todos, pero sí sabíamos de torturas, crímenes, robos y desapariciones. Sentí que estaba a las puertas de un lugar en el que, fuera cual fuera la dirección en que me empujasen, siempre sería para enfrentar formas del dolor, del horror y la abyección ajena. Y las posibilidades se presentaban casi como una Gorgona inmovilizante.

En ese momento, no se torturaba físicamente en La Ribera. Para hacerlo, llevaban a los/as presos/as a La Perla. Todo estaba rigurosamente “ordenado”, y cada cosa en su lugar. “Ablande” en un lugar, tortura y muerte en otro; una cuadra, para los varones, otra, para las mujeres y cuatro celdas de aislamiento para los que no debían ser vistos ni oídos. Se nos exigía limpieza, orden, silencio. Hora para comer, para dormir, para cambiar las guardias, para llegar los interrogadores. Como toda maquinaria de exterminio ésta era precisa, aceiteada, eficaz., por lo que ese disciplinamiento era aplicado a todo, como puede verse en lo que sigue.

En los días que pasé sola en la cuadra, un día de cambio de grupo de guardia, entró un milico pisando fuerte, se paró haciendo sonar las botas. Yo estaba sentada en el escalón interno de la cuadra. Gritó:

—¡De pie, ¡fiiir-mes!

Me paré aunque calculo que no muy ¡fiiir-me! Me preguntó:

—¿Qué hace?

No daba para decirle “¡y ya lo ve!”, así que atiné a un:

—¡Nada!— Acompañado de un encogimiento de hombros.

Hubo un silencio y luego:

—¡Explíqueme cómo tiende la cama!

Por un segundo me paralicé. No entendía a qué venía la pregunta, en ese lugar. Rápidamente me ubiqué: era a un milico a quien contestaba, así que la respuesta debía ser “ordenada, secuenciada y concisa”. Responder de ese modo no es tan difícil desde una didactista, acostumbrada a pelear con la prescriptividad de las recetas.

—Bueno, coloco la sábana de abajo, la arremeto por los costados, luego la cabecera y finalmente los pies de la cama estirando bien. Coloco la sábana de arriba, arremeto los costados menos la parte superior, la del embozo, luego los pies. Pongo la frazada, sigo el mismo procedimiento y sobre el borde superior, doy vuelta el embozo. Finalmente, coloco la almohada.

—¡Bien!!! ¿Usted fue a un colegio de monjas?

—No, señor.

—¿Quién le enseñó a tender la cama?

—Mi mamá.

—Bueno, le enseñó bien, así es como enseñamos en el ejército.

Dio media vuelta y se fue. Oí sus gritos en la cuadra de los varones y me quedé con dudas: ¿realmente me había preguntado eso o era un sueño o

una alucinación? Aclaro que rara vez tiendo la cama de esa manera: lo hago de cualquier forma, rápido, rápido rápido. Pero me pareció que ésa era una manera "ordenada" de proceder: ¡había aprendido! Tiempo más adelante entendí las formas que los disciplinamientos alcanzan, con particular rigor en los pequeños actos de lo cotidiano, creando así un marco "desde el pie" para las imposiciones de todo orden

El "ablande" de por sí consistía en una refinada forma de tortura, un aniquilamiento de voluntades, una pérdida de coordenadas mínimas para sostener la razón. La venda anula la percepción de la dimensión del espacio, pero también su uso produce mareos, comezones en los ojos, supuraciones. El silencio exaspera cuando es impuesto y cuando se está con otros, entonces llega un momento en que se querría simplemente gritar hasta quedar sin fuerzas. El cuerpo se presume, se siente por dentro porque no se ve, es casi como si la piel fuera una extensión de la venda. El olfato registra, pero no puede contextualizar. Y el registro parece desvanecerse como el propio olor: no hay dónde ubicarlo, a menos que se dé una identificación con olores previo. La piel tensa, secándose en la espera. El oído alerta, esforzándose no sólo por captar sino por señalar sutiles matices. El nombre, esa seña de identidad que nos acompaña y tranquiliza, ya no está, sólo existe el "¡Señora!" como un graznido, como una esponja borrando el rostro. Nadie sabe dónde estamos. Nadie puede encontrarnos porque no sabe dónde buscarnos: esta franja opaca y fría es un no lugar, una niebla cerrada de ausencia, que no sabemos si se abrirá.

La vigilia se mete en el sueño: vigila y reprime. No hay casi sueños. Tal vez el inconsciente "sepa" que es mejor olvidar el sueño recién soñado, por enmascarado que esté. No se duerme: se cae en el sueño casi abismal. El retorno es siempre un ruido, un grito, siempre un sobresalto, un arrancarnos de una cierta calma tensa. El baño es con agua fría, corto y con escaso jabón. Las toallas no existen: una blusa, un pañuelo, una remera que nos sacamos para lavar, eso es la toalla. Cuando hay, bicarbonato como desodorante, también como dentífrico, distribuido con el dedo. La comida es mala y escasa. En una palabra: nada es, nada alcanza a ser. Remedos, sustitutos y de todo, poco. Y la sensación de ser apenas humo adelgazado parece inundarlo todo. Durante esas tres semanas, perdí bastante peso, no sé cuánto. En el último interrogatorio el interrogador lo señaló. Y era cierto. La polera beige claro me colgaba de los hombros, el pantalón circulaba libre en torno a mi cintura.

Cuando años después leí *Vigilar y Castigar*, hubo muchas cosas que se me aclararon: y no me refiero a ver la estructura panóptica de las cárceles, sino a empezar a entender el disciplinamiento de los cuerpos, de los espacios y los tiempos. Todo tenía —como he dicho— "su" lugar. Eso es tan así que

los “muebles”: mesas, camas, sillas no sólo guardaban un lejano parentesco con los que pueblan nuestra vida cotidiana, sino que además estaban fijos a pisos y paredes, abulonados, como en las celdas de Devoto, o cavadas en el muro como las cuchetas de Córdoba. Todo fijo, quieto, igual, previsible y controlado. En las cárceles, las manos atrás, la vista baja, mantener una distancia fija frente a la reja para hablar con las celadoras. Es necesario volver, a la fuerza, homogéneo lo heterogéneo. Y controlar hasta el sueño: muchas veces en Córdoba desperté sobresaltada, con la sensación que alguien me miraba. Y era así: pronto aprendí que si despertaba no tenía que abrir del todo los ojos, para no escuchar en el silencio el graznido de la celadora: “¡Duerma, señora!”. No había oscuridad protectora: la caja de luz encerraba un tubo encendido noche y día. Y en Devoto, los “piquetes”, es decir, la celadora prendiendo la luz desde afuera, levantando la mirilla y registrándolo todo con la mirada. Allí también, la censura a las cartas, patente en el sello que lo decía. Y en relación a las visitas, el no saber cuándo grababan lo que se decía por esa especie de micrófono, apenas un tubo con una salida para la interna y pasando bajo el vidrio, una para la visita. Y en los extremos del tubo, una rejilla de gruesos alambres soldados en sus extremos, una pretensión de encarcelar también las palabras.

Cuerpos, tiempos y espacios disciplinados, reforzándose, torzándose hasta la asfixia. Dentro de este panorama, hay situaciones que pueden resultar paradigmáticas por la multiplicidad de efectos que causaban en el/la prisionero/a. La venda fue uno de los elementos menos sofisticados y más eficaces: en principio, se constituyó en un muro que producía el aislamiento, una clara marcación entre el afuera, amenazante, incontrolable y un adentro bullente e inestable. Físicamente la venda causaba diversos trastornos y ante los ardores y supuraciones, si la guardia era “buena”, pedíamos un colirio que no siempre se nos daba. El resto era ir por turno al baño, bajarnos la venda y dejar descansar los ojos (los días que pasé sola, la cuestión era riesgosa: tenía que estar atenta al ruido de pasos, salir con aire casual del baño). Había guardias que no bien llegaban a la cuadra a la mañana, nos ajustaban las vendas “por si acaso”, y cuando nos quejábamos por lo ceñidas que estaban, agregaban un adicional, un trozo de algodón sobre los ojos y después la venda, “diz que para ayudarnos”, pero en realidad, el algodón no atemperaba el apriete y, en cambio, se constituía en una fuente de calor adicional, que aumentaba la comezón. Cuando se les ocurría hacernos hacer flexiones, lagartijas y todo tipo de ejercicios a ritmo a veces infernal, la transpiración que mojaba la venda se escurría a los ojos, aumentaba la comezón. Era un muro de características especiales, por cierto. Contra él, el pensamiento aleteaba como un pájaro enjaulado, enloquecido, a un ritmo por momentos vertiginoso, y así estrechado hasta lo indecible, se distorsionaba y achicaba.

Sólo en los momentos que podíamos hablar entre nosotras conseguíamos algo de sosiego. Pero cuando no hubo nadie con quien hablar, pude dimensionar lo que la presencia fraternal de las compañeras significaba. Creo que la venda fue un elemento disciplinador de mayor eficacia que los vergajos del medioevo. Claro que sabían que tratábamos de espiar, y que lo lográbamos. En el primer interrogatorio recuerdo que al espiar vi cómo el interrogador corría la mano, para que una pistola —enorme a mi juicio— cayera dentro el estrecho campo visual que marcaba la espada. Muda y fría, el arma era una clara e insoslayable advertencia.

Más de veinte años pasaron hasta que las cinco que compartimos la cuadra en el Campo de la Ribera, Betty, Alicia, María, Adriana y yo, nos encontramos en Córdoba a comer un asado. En el momento en que llegó Alicia, la última en hacerlo, nos abrazamos como en un *scream* de rugby, y se escuchó: “¡Compañeras, estamos vivas y enteras! ¡No nos pudieron!!”. Reíamos y llorábamos al unísono, saltábamos como criaturas a pesar de nuestras edades.

Tarde ya, de regreso a casa, repasé el encuentro. Y más allá de las noticias, los recuerdos, rescaté el peculiar, fuerte y vital vínculo que nos une. Nos es el cariño que nos une con las amistades, es otra cosa relacionada con la posibilidad de sostener la vida, de sostenerla con otras, de sentir que era posible resistir, de percibir un vínculo de humanidad expresada más en silencios que palabras. Los pequeños detalles: ofrecer agua —lo único material a nuestro alcance—, arrimar una almohada a una espalda cansada, sentir una mano en el hombro, percibir el intento de procurarnos distracción contando alguna anécdota banal, establecer vigilancia para jugar un partido a la payana, todos modos particulares y pequeños de decir: “no estás sola, acá estamos”. No fuimos cinco individualidades aisladas, no. Fuimos una red de contención, un reparo frente a la angustia, un sostén frente al espanto. Es que temprano comprendimos que nuestra posibilidad de no caer en la desintegración radicaba en la resistencia, posible sólo con otras. ¡Nadie lo enunció, todas lo actuamos, y resistimos! Hay solidaridad y lealtad entre nosotras, algo que percibimos pese a estar distanciadas geográficamente, a pesar de lo difícil de los encuentros que a veces ni son necesarios. La experiencia vivida juntas nos constituye, es cada una de nosotras Y nuestras historias en el después son disímiles —eso sí, ninguna fácil— pero está lo vivido en aquellos días, siempre actualizado, reafirmando la fuerza de la vida.

El tiempo de encierro fue, ya lo he dicho, un tiempo de contrastes marcados. Lo mejor y lo peor de cada una salió a la superficie. Pero los sistemas binarios no son propios de la interioridad humana, y así de a poco se entretejían y mezclaban las cualidades, se agrisaban y aparecían ambivalencias y

alternancias. Y si se prestaba atención, se aprendía acerca de los otros y de uno mismo.<sup>3</sup>

En ese tiempo di por “naturales” las actitudes de profunda lealtad del Flaco, de Naná, de mis amistades. Es que necesitaba como del aire para sobrevivir, de la certeza de ese “estar allí siempre” de mis seres queridos. Hoy miro para atrás y puedo valorar de otra manera. ¿Y cómo no hacerlo? Cuando ya estaba en Devoto recibí cartas, y en una de ellas, el Flaco me mostró algo que desde adentro no podía ver. Cuenta sus viajes de los martes a la UP1 para dejarme un paquete con las cosas mínimas permitidas: papel higiénico, jabón, dentífrico, y relata el viaje de Villa María a Córdoba, esos 142 Km. pasando por pueblos y ciudades, cruzando puentes, bajo corredores imponentes de arboleda añosa, cambiando los colores con las estaciones. Y las quintas de familias de abolengo, la llegada a la terminal —esa misma a la que, recuerdo, llegaba puntualmente yo dos veces por semana para trabajar en la Universidad —y la cola de familiares con las angustias y los rumores difíciles de comprobar, montados en la esperanza o transidos de horror. En ese año, sólo un martes faltó por una fuerte gripe. Como un ritual, el martes de paquete: para mí era el saberlo allí, atento, sin flaquear. A veces, debajo de una etiqueta de alguna ropa o toalla que esporádicamente dejaban entrar, encontraba un trozo mínimo de tela en que había escrito que estaban todos bien, que me extrañaban. ¿Puedo acaso decir lo que para mí significaba ese retacito con esas palabras? Y seguía relatando también los viajes a Devoto, y el regreso mascando la visita frente a la indiferencia de la gente en el subte, o las desoladas caminatas por las calles porteñas. ¿Cómo no ver hoy la dimensión de su absoluta lealtad, su fuerza para sostenerse, sostenerme y hacerlo con los chicos y Naná? Una vez me dijo: “mujer, presas están ustedes en las celdas, y nosotros, del otro lado de las rejas, estamos presos de la impotencia”. Pero esa impotencia no lo pudo: interminables trámites, visitas a comandos —a veces llevando a uno de los chicos para que estuvieran en las entrevistas y algún día entendieran que no eran historias acerca de los milicos que se les contaban, sino la vivencia de haber estado, haberlos visto y oído— nada dejó de hacer, nada dejó de gestionar. Cuando en Devoto le pedí que tramitara visas, lo hizo —llegué a tener cuatro, una a Francia para toda la familia conseguida por mi prima; a Canadá, a Estados Unidos, a

<sup>3</sup> Durante mi estadía en el campo y la cárcel, hubo una presencia constante que me auxilió para entender muchas cosas, para no resbalar hacia la locura. Clara de Espeja, mi analista en los años 70/71 era una imagen recurrente, porque nunca “pescó” para mí sino que me enseñó a pescar, a bucear, a leer en mí misma. Aquellos encuentros terapéuticos nada tenían que ver en su temática con ese presente infernal. Pero su trabajo, nuestro trabajo, era en ese presente, una herramienta maravillosa para mí. Años después, con su sensibilidad exquisita, produjo un corto sobre lo que relato en “De memorias y gaviotas”. Y como ayer, sus enseñanzas siempre me acompañan.

España— pese a haber recibido ya la advertencia: “dígame a su señora que se deje de pedir visas, que no va a salir del país. Los intelectuales salen y empiezan a hacer denuncias en todas partes, puras mentiras. No queremos más propaganda en contra”. Pero el Flaco siguió buscándolas, porque en mis cartas insistía, insistía. Esa vez no mintieron, salí con libertad vigilada el 27 de octubre de 1980 y con libertad total, el 29 de julio de 1981.

A su vez, Naná, ya vieja, frágil en apariencia, instalada en casa con los chicos, yendo a Devoto a visitarme una vez cada cuarenta y cinco días, llevando a mi niña, festejando cumpleaños, poniendo cara de Navidad, sintiendo el tiempo pasar, pero firme en su esperanza y sentada en el cordón de la vereda, frente al portal de la cárcel en la calle Bermúdez el día que salí. La recuerdo en la visita, tras el vidrio, con el cabello un tanto desordenado porque no le permitían un sostén para el rodete (¿?), como no le permitían el uso de agua colonia y la obligaban, como a mi hija, a usar una prenda que ya entonces no se usaba más: una enagua. La recuerdo repitiendo como una lección aprendida de memoria las noticias del diario, cuando aún no permitían su entrada, ¡y hasta incluía la moda en sus relatos! Y cuando yo protestaba, me decía: “algún día, pronto, van a salir, y tienen que saber qué se usa, volver a ser lindas, porque todas lo son”. Por señas me hizo entender que el cartón de cigarrillos Parisienne que me llevaba cada viaje, me lo mandaba el carbonero de enfrente a casa en Buenos Aires, y cuando salí, conocí la historia de una solidaridad que aún me conmueve.

Frente a casa, como restos del viejo San Telmo, había un negocio anacrónico: una carbonería. Los hermanos Balbi vendían allí carbón, papas, lavandina, jabón blanco y azul para la ropa, al menos desde 1941 que fue cuando llegamos a vivir al departamento. De niña, una vez por semana en casa me daban los diarios que llevaba a la carbonería, porque les servían para envolver la mercadería. Entonces los hermanos “me tiraban la lengua” para que les contara cómo me iba en el jardín de infantes y más adelante, en la escuela. Años después fueron al velatorio de mi madre, en fin, siguieron nuestra vida. Más tarde les llevé mis hijos para que los conocieran y ya cuando sólo vivía uno de los hermanos, Esteban, éste solía recordar los relatos que yo le hacía de niña.

Un día en que Naná había ido para la visita, con mucho misterio y remilgos Esteban le preguntó si podía subir al departamento porque tenía que contarle algo, pero no en público. Extrañada, Naná aceptó, y cuando cerró el negocio, él llamó al portero eléctrico y subió a contarle que algo más de un año atrás llegaron al negocio dos hombres de civil que dijeron ser militares, preguntando si me conocía, desde cuándo, con qué gente me reunía, cómo era mi vida. Y como parece que le gritonearon, le decía a Naná que él llorando les contaba qué buena y obediente había sido de chica, trabajadora

y ordenada de grande. Y volvía a llorar. Entonces preguntó si era cierto que estaba presa. Al confirmárselo Naná, le dijo que si haría el favor de llevarme cigarrillos a la cárcel, ya que él no podía ir. Durante esos dos años, le acercó el importe de los cigarrillos en cada viaje de Naná y creo que fueron los cigarrillos más ricos que he fumado.

Eso le dije la tarde en que salí en libertad, que fui a buscarlo a una pensión de mala muerte que había a la vuelta de la carbonería, donde vivió sus últimos años. ¿Cómo no sentir que no estaba sola? Y esto ha sido “un carbón” de muestra de las solidaridades y acompañamientos.

# Miedo

La memoria se entromete no sólo en hechos y acontecimientos, se mete a bucear en los sentires de otras épocas. ¡Y se desata un torrente!! Como en las crecidas, arrastra despojos, deshechos, ramarajos y lodo viscoso. Y todo eso ha estado morándome. Advierto con dolor que del '74 en adelante vivimos la vida por la mitad, porque el miedo invadió hasta los más pequeños resquicios de lo cotidiano.

Nunca me he considerado una persona osada, valiente, arrojada, temeraria. Pero tampoco timorata, acobardada. Nunca me avergoncé de sentir miedo, lo único que se me ha planteado siempre, es qué hacer con él. ¿Taparlo, obedecerlo, vencerlo? No he tenido una respuesta unívoca, sino circunstanciada. Y esto sí lo digo con pesar.

Con el comienzo del accionar de las AAA y la masacre de Trelew, empezó la inmersión en el miedo. Y creo que fue un dispositivo político muy bien pensado y mejor ejecutado, tan bien llevado a cabo que aún subsisten sus efectos, no sólo en mí sino en nuestra sociedad. Es una zona sensible que se activa y dispara a la primera de cambios. Y en la pelea contra él, no siempre se sale bien parado. El miedo es una alimaña firmemente encapsulada en nosotros. Y a veces, más fácil de ver en otros que reconocer en uno mismo. Como los rizomas, se expande bajo la piel, y de pronto brota incontenible.

Tengo imágenes precisas del miedo de entonces. Miedo en las manifestaciones, miedo cuando acompañábamos el entierro de un caído. Buscaba entonces estar junto a gente amiga. Miedo. Recuerdo que después de la masacre de Juan José Varas y Atilio López y el horror de la voladura de los Pujadas, cuando los secuestros comenzaron a formar parte de lo cotidiano, mi tío empezó a ir a buscarme al mediodía al pabellón Francia donde trabajaba en la Universidad. Almorzaba en familia, me llevaba de regreso, y a la hora que acordábamos me iba a buscar para llevarme a la terminal de ómnibus. Nunca hablamos de por qué oficiaba lealmente de chofer. Al llegar a la terminal y ya sola, empezaba el tramo agudo del miedo. Las terminales eran lugares peligrosos, allí "levantaban" a mucha gente, y desde entonces, paso en ellas el tiempo imprescindible: puedo racionalizar y decir que hoy

allí los riesgos son otros, los de robo. Pero no me llamo a engaño. Es el viejo miedo enmascarado.

En casa no teníamos teléfono, por entonces era difícil conseguirlo sobre todo en barrios nuevos. Por suerte mi vecina sí tenía. Entonces, sacaba el boleto, llamaba y avisaba en qué ómnibus, en qué horario llegaría para que el Flaco fuera a buscarme. Es cierto que llegaba a medianoche o más tarde: Villa María y Córdoba distan 142 km. que entonces insumían 2:20 horas de viaje. Pero era como un control, porque cada viaje era una zona de riesgos. ¿Cuántas pinzas pasé? No lo sé. Pero sí recuerdo el bochorno, la humillación, la rabia y el miedo que me causaban.

Miedo. Miedo de abrir el diario: las noticias realimentaban y reforzaban el miedo. Miedo por los chicos, miedo por nosotros, miedo por los amigos y compañeros. Miedo al ver una cara torva. Miedo de vecinos cuyo pensar conocíamos.

Miedo en la ruta, en un Fiat 600 en que fuimos con tres amigas al velorio del Gordo Varas a Jachal. Miedo en su casa, helada en la madrugada sanjuanina, mezclado con el dolor desgarrante. Miedo en el sepelio, miedo al regreso. Y un año más tarde, cuando el Flaco fue con un grupo de amigos a rendirle homenaje al cementerio del viejo Jachal, el miedo llevado al paroxismo cuando nos avisaron que los habían detenido. Pavura en la espera, hasta que los liberaron y volvieron.

Miedo.

Miedo.

Miedo circulando por las venas. Miedo bajando las voces, aunque hablara con gente amiga dentro de casa. Miedo corroyéndonos, pero no paralizándonos. Miedo al leer, miedo al albergar solidariamente a alguien en casa, pero eso sí, hacerlo. Miedo al festejar un cumpleaños, pensando si no sería la última vez. Miedo de repartir un volante, miedo de decir lo que decía en clase. Miedo cuando avisaban en medio de una clase que había una amenaza de bomba, miedo al quedarse hasta que saliera el último alumno, miedo, miedo.

Miedo cuando escuchamos el anuncio del golpe y de las muertes inmediatas que lo siguieron. Miedo por las numerosas detenciones en Villa María, la mayoría de compañeros queridos.

Tengo (tenemos, porque el Flaco así lo recuerda también) una imagen muy vívida de un paisaje del miedo. Al producirse las detenciones en Villa María, se llevaron a un compañero que tenía un negocio. Su compañera se salvó de ser detenida porque un amigo supo de lo que pasaba y la paró en su trayecto al negocio, la puso a resguardo y pocas horas después lo detuvieron a él. Ella resolvió esconderse en casa de unos parientes que vivían en el campo, un lugar de difícil acceso al que se llegaba por caminos vecinales

trajinados por los sulkys y tractores, llenos de vericuetos, imposibles cuando llovía. Había que liquidar el negocio, vender la mercadería, y para eso, firmar papeles, consultar las ventas. Los sábados o domingos de un invierno siempre gris en mi memoria, después de almuerzo juntábamos boletas, cheques, noticias (difíciles porque su casa presumiblemente era vigilada y cómo no llevarle un mensaje de su madre, noticias de su compañero, ya para entonces en Sierra Chica) facturas para una mateada previsible, alguna ropa, diarios y partíamos. Podríamos haber llegado mucho antes, pero por precaución dábamos vueltas hasta enfilar por la ruta y luego zambullirnos en los laberínticos caminos vecinales.

Y allí la imagen: lejos ya del pavimento, el Flaco aferrado al volante mirando la huella, yo mirando para atrás para detectar cualquier nube de polvo que anunciara otro vehículo. Si nos seguían, no había salida posible, y si nos revisaban, ¿cómo justificar los papeles escondidos prolijamente en el auto? Esos campos llanos, interminables, durmiendo bajo los pastos secos, con vacas buscando algo verde, con aguadas quietas, con pájaros escasos y silenciosos, con pocos árboles recortados como vigías indeseados, con el monótono alambrado como única compañía y el barro seco y gris, como grises el cielo y el miedo. Cuando evoco ese año, es ésa la imagen que veo, que condensa la soledad, la aridez que el miedo produce.

Cada día una nueva ausencia: alguien que se exiliaba, alguien que desaparecía, alguien que mataban, alguien que caía preso. Cada vez más aislados y quietos. Apenas un puñado de amigos, algunos de los cuales tenían familiares presos con los que compartíamos la angustia y el miedo. Lo más lejos que viajamos en el '76, fue a Bell Ville, apenas 60 km de casa, a ver a unos amigos tan silenciados y silenciosos como nosotros. De vez en cuando, ellos venían a casa también.

Para el 9 julio viajamos a Córdoba a ver a un compañero y amigo entrañable, Eduardo Requena, dirigente gremial docente. Queríamos convencerlo de que tenía que irse de Córdoba. El día era luminoso y muy frío. Nos prometió que terminaba algo que estaba haciendo y se iba, no del país, eso sí: tenía su compañera en la cárcel y no quería dejarla. Andaba desabrigado y el Flaco le dio, en la esquina donde nos separamos, su perramus. Me dí vuelta a saludarlo y la última imagen que tengo es la de él, sonriendo, saludando, con ese perramus que dicen que llevaba puesto días después cuando lo levantaron de un bar. No lo volvimos a ver. Para mediados de agosto yo sentí, sin tener evidencia alguna, que lo habían matado. Aún no me repongo. Y menos aún porque fue leal compañero de mis días de cárcel: era a él a quien "veía" sentado a los pies de mi cucheta sonriéndome, sosteniéndome.

Durante el '76 y hasta octubre del '77 seguí dando clases. Salía del profesorado cerca de las 22 hs., caminando el pasillo familiar con el miedo de

no encontrar al Flaco a la salida. Cambié mis programas: no di Freire ni *El autoritarismo en la escuela* de Alberti, Bini, del Corno y Gianantonni, ni *Carta a una Profesora*, de los alumnos de Barbiana, pero conservé *La cultura contra el hombre*, de Jules Henry<sup>1</sup>. Me produce dolor nombrar estas ausencias bibliográficas, pero también es cierto que engrosé el currículo oculto y que por primera vez plagué ideas oralmente, sin citar autores. Pero el límite que me autoimpuse fue no enseñar nada en lo que no creyera. Me dediqué a un enfoque histórico: los griegos, sus ideales, su ética. Parece que no fue bastante, aunque demasiado para mí.

El año '77 fue una lenta repetición de los horrores del '76. En mayo nos llegaron noticias de los vuelos de la muerte. No lo podíamos creer. El desangre continuaba. Por las noches, las pesadillas aumentaban: insomne, el miedo reinaba. Conservo escasa memoria de los días que van desde julio hasta la mañana del 4 de octubre, con el miedo cerval que me invadió entonces. Pero fueron días de miedo acumulándose, amalgamándose, eso no lo dudo.

Ya en la cárcel me volví perita en miedos. Porque a fuerza de experimentarlo, se advierten matices, intensidades. Siempre es una sensación ominosa. A veces es de hielo, otras de fuego. A veces es lenta, otras sobreviene como un ramalazo, es casi un rayo cegador, o bien una sombra que vela todo. El miedo se acumula quieto en siniestras telarañas, o arremete con la fuerza de un vendaval. En su paroxismo nace de las oscuras entrañas, se vuelve visceral. Aprendí que su antídoto era compartirlo y recibir el de las demás para sosegarlo en ellas, con el beneficio del propio sosiego. El miedo en soledad es mucho, muchísimo más miedo. ¿Qué hubiera sido de nosotras sin las otras? Y extrañamente, el compartir esos miedos ha creado fortísimos vínculos. Esas entrañas en que los miedos encontraban nido generaron vínculos que las diferencias que podemos tener, no rompen. Milagros de la fuerza de la vida que siempre canta, aún en la oscuridad. El miedo fue, sin dudas, la urdimbre sobre la que se tejió la vida entonces. Y hoy susurra dentro.

<sup>1</sup> Cuando regresé a casa me encontré con la ausencia de libros queridos. Llevados por las aguas del río Tercero, quemados, no estaban allí. También hubo desapariciones de cosas. Pero el hábito hacía que extendiera la mano al lugar preciso de los estantes donde antes estaban. Y al tropezar con otro en su lugar, recordé que en primer año de la Facultad, en psicología, el Dr. Marcos Victoria nos hablaba del "miembro fantasma", descubrimiento de un tal Ombredanne después de la 1ra. Guerra Mundial. Los soldados que habían sufrido amputaciones, sentían dolores en el miembro amputado, el ausente, el que no estaba. Incorporado al esquema personal, no podía ser eliminado de allí, y el dolor se sentía. Los libros fueron para mí miembros fantasmas. Y cuando, años después pude comprar algunos en ciertas librerías, no los pude releer. Como prótesis grotescas, vacíos de mis notas y subrayados, no puedo reemplazarlos. Si los necesito, los busco en alguna biblioteca universitaria. Pero sin embargo, incorporados a mi pensamiento, me constituyen, nadie puede borrarlos de mí.

## Los días siguientes

El día de mi liberación, al llegar a casa de Naná me atiborré de masitas vienesas. Mi madrastra vino a verme y me regaló dinero para que me comprara ropa y maquillaje. ¡Ya no más papel del paquete de yerba para simular rubor! Y a la mañana siguiente salí de compras. Me parecía que todo el mundo me miraba y “sabía” que era una ex presa, y pese a haberme bañado y perfumado, creía que el olor a cárcel era perceptible para cualquiera. Realmente no pude disfrutar del paseo. Y aunque no soy de ir al cementerio, visité a mis padres que sí eran de visitar a sus muertos, como un modo de reconocimiento a su permanente compañía. Y en la tardecita del sábado emprendimos el viaje a Villa María en tren, para el que me habían dado una orden de pasaje. En el ínterin había hablado con el Flaco y los chicos y la ansiedad por abrazarlos y estar en casa me devoraba. No olvidé hacer algunos llamados a familiares de compañeras que me lo habían pedido ni tampoco visitar a Balbi —tal como ya he relatado—.

Llegamos a Villa María cuando clareaba el día. Los abrazos, los besos y las lágrimas fueron interminables. Cuando por fin salíamos de la estación me esperaba una sorpresa. El escaso personal ferroviario que había a esa hora de un domingo había salido al andén y apoyados contra la pared algunos me esperaban sonrientes. Mi suegro había sido un ferroviario muy querido y seguía siendo recordado. No sabemos cómo se habían enterado y, a su modo, me daban la bienvenida. Uno de ellos se adelantó y me abrazó diciendo que estaban muy contentos por mi regreso: era un vecino de la cuadra de casa que me conocía hacía muchos años. Los restantes me miraban, más de uno con los ojos brillantes de lágrimas.

La casa me pareció más pequeña que en mis recuerdos y el jardín, a principios de la primavera, un lugar soñado. Recuperaba de a poco pequeñas cosas: un adorno en la biblioteca, una foto familiar, los cubiertos, las ollas en el lugar de siempre. Pero lo que no me cansaba era de abrazarlos a todos, hacer preguntas a los chicos, mirar sus cuadernos, volver a mi piel y a los míos. ¡El desayuno me pareció un banquete: desde la manteca hasta el dulce casero, las tazas grandes y humeando con el olor del café de verdad!

Como a las 8.30 hs. salí de casa para ir a lo de una amiga que vivía al terminar la cuadra —nuestra casa quedaba al comienzo de ella— porque quería verla y agradecerle sus cuidados a mis hijos. Recién llegué a su casa pasadas las once; es que desde que salí de casa encontré a los vecinos asomados a las suyas, esperando para abrazarme, ofrecerme un mate, insistir en que entrara para tomar un cafecito con ellos. Ya al llegar encontré la mesa del comedor llena de flores, de espinacas y frutillas mandadas por mi verdulera que sabía

cuánto me gustaban, de botellas de vino para los brindis que se sucedieron toda la semana. El almuerzo fue bullicioso y alegre, no sé cuántos éramos en casa entre parientes y amigos y mi primer brindis fue con el Suter etiqueta marrón que me había encargado una compañera que tomara en su nombre. ¿Es necesario que diga que me pareció el mejor de los vinos y que en el ¡salud! levantaron su copa todas las compañeras que habían quedado, las que habían salido, las que estaban fuera del país? Fue un día pródigo en emociones. De la mesa a la cama, todo se reestrenaba, y andaba como mareada de ruidos, olores y sabores.

Sabía que no podía salir de la ciudad, ni siquiera cruzar el puente sobre el Río Tercero para ir a Villa Nueva. Sin embargo, lo cruzamos lo mismo porque mi verdulera vivía allí, ¿y cómo no ir a saludarla y a agradecerle? Además, la desobediencia estaba instalada, habían sido años de empujar los límites de lo permitido y ganar espacios. Y el lunes, presentarme en la comisaría donde pasé los dos primeros días de mi detención, para hacer los trámites correspondientes a mi libertad vigilada (nombre absurdo éste: ¿puede llamarse libertad la que está sujeta a restricciones e implica vigilancia?). Al principio tenía que presentarme día por medio, luego una vez por semana. Pero a veces aparecía personal policial en casa para constatar si estaba, y la primera vez que lo hicieron, yo volvía de colgar ropa en la soga y el fuentón vacío se me cayó de las manos. “¡No se asuste Señora! ¡Venimos a ver si está en su casa!”, por supuesto, dicho socarronamente. Algunas veces entraron y recorrieron las habitaciones. Y cada vez que lo hicieron, por la noche, tuve pesadillas en las que nuevamente me llevaban.

A la mañana siguiente de mi llegada, a la hora del recuento, me levanté despacito y me tiré panza abajo en el pasto a escuchar los primeros pájaros, a oler el aire, a probar el gusto de los pastitos tiernos. Acostumbrarme a los ruidos fue toda una experiencia: ¡todos me parecían fuertes! Y la música tenía otro ritmo, no era tan lenta como en mis recuerdos. Y de a poco me fui reintegrando a lo que racionalmente sabía que no era el mundo que había dejado y al que no se podía volver. Claro que lo “de a poco” es un decir: en algunas cosas fui ligera como el viento y en otras, lerda como tortuga. Y los pobres hijos tuvieron que aguantar abrazos y besos a raudales, lágrimas sin motivo, etc. Era como auto con basura en el carburador: tosía, avanzaba, me atascaba.

A principios de diciembre, resolví que volvería a estudiar Recuperar mi vida implicaba hacerlo. De lo que quedaba en la biblioteca escogí la *Didáctica Magna*, el texto fundante de la disciplina a la que siempre me he dedicado y me dedico, y traté de leer. Después, mucho después, Naná me contó que me senté a la mesa de mi escritorio y cuando al rato me llevó un mate, yo lloraba como loca. Me preguntó qué me pasaba y le dije: “¡sólo pue-

do leer lo que literalmente dice Comenio, pero no lo que hay por detrás!!” Eso me costó mucho tiempo, sudor y lágrimas: ¡es que recobrar la libertad de pensamiento no es chacota!

Pasadas las fiestas de fin de año, resolví comenzar a escribir mis memorias tal como me lo había propuesto adentro. Estaba con libertad vigilada, por lo tanto, no pondría ningún nombre de ninguna compañera: si me “requisaban” la carpeta no encontrarían nada que no supieran. Y ya cuando decidí la publicación de *Los corredores...*, no modifiqué aquellos viejos textos, más aún: salvo la mención a los nombres y sólo los nombres de las cuatro compañeras con quienes compartí el campo de la Ribera, no incluí ninguno más. Cada una de nosotras tiene derecho a determinar si quiere o no aparecer mencionada en un texto acerca de cuyo contenido no fue consultada. Respeté ese derecho, entonces y hoy.

Creo que comenzar a escribir tuvo un efecto catártico, y que la “expulsión” de los recuerdos me permitió no olvidar y no temerles. Están conmigo, me constituyen y no me dañan. Y estaba segura que *en el país del nomeacuerdo*, como cantara María Elena Walsh, llegaría un momento en el que podrían integrarse en la memoria colectiva y sentía que era una responsabilidad que me cabía el recordar y registrar.

De a poco fui readaptándome. Pero salvo el trabajo doméstico, no tenía dónde trabajar. Intenté vender libros. No supe hacerlo. Hasta que por fin —en febrero de 1981— vinieron a verme las madres de dos compañeros de mi hijo, a pedirme que si los podía preparar para rendir materias aplazadas. Informé en la policía lo que haría y no opusieron reparos. Afortunadamente ambos salieron bien y comencé a hacerme fama, por lo que todo haragán suelto caía en mis manos. Pese a que la paga era escasa, trabajaba en lo mío y aliviaba una estrechez económica creciente. Para ese entonces el Flaco y su socio habían liquidado el negocio que tenían: ya los efectos de Martínez de Hoz y su plan económico se hacían sentir, como todavía los sentimos hoy, en que seguimos pagando una deuda externa (que podrá ser legal pero es ilegítima) contraída por pocos que nunca la pagaron, con la secuela de exclusión social que a la postre continúa siendo una de las formas del exterminio.

El 29 de julio del '81 me levantaron la vigilada, y al día siguiente me presenté al colegio en cuyo profesorado había trabajado 17 años, porque nunca me había llegado cesantía. El director me dijo que no conservaba mi cargo, porque “quien iba a decir que iba a volver viva” (sic). Allí nomás me conseguí un abogado y sin reparar en que podía ser riesgoso pleitear, dada mi condición de ex presa, le hice juicio a la escuela, el que gané un año más tarde. Y no fue importante la indemnización que me pagaron, pero sí la reivindicación y el triunfo que eso significaba. Un recuerdo muy fuerte guardo de este episodio: el miedo que sentí cuando en la audiencia el juez

me interrogó y creo que simplemente se debió a que todo interrogatorio me remitía al lugar del Campo de la Ribera.

Ya a un mes de levantada la vigilada, mis amigas me trajeron de regalo un pasaje a Buenos Aires, un bolso con la mejor ropa de cada una, bijouterie y perfume incluidos, y me mandaron a Buenos Aires a que buscara algo. Me dijeron: "te empilchás bien y vas a buscar lo que te corresponde, no a mendigar caridad". Afortunadamente en CLACSO conseguí una beca para investigar, y me dediqué (¡caramba que había sido obstinada!) a estudiar las circulares que llegaron a las escuelas entre el '76 y el '80. Como no podía entrar a las escuelas a pedir las, conté con la invalorable solidaridad de maestros que las sacaban a la salida del último turno, a las que yo hacía fotocopiar de noche y devolvía a primera hora de la mañana, antes que entraran las directoras. Fue entonces que leí *Vigilar y castigar*, libro que me permitió entender muchas de mis experiencias carcelarias aunque, debo confesarlo, constituyó un fuerte golpe. ¡Oscilaba entre bendecir y maldecir a quien me lo había recomendado!

El 6 de enero del '84 me llegó la propuesta de ser Decana Normalizadora en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional del Comahue. Acepté y desde entonces vivimos en la norpatagonia. Cuando dejé el decanato, ya concluida la normalización, concursé por mi cátedra y seguí desde entonces en ella, haciendo docencia e investigación. Desde el '84 en adelante hice asesoramientos y dicté cursos en distintas universidades latinoamericanas. En esta provincia participé, antes del menemismo, en la Reforma del sistema Educativo Rionegrino, cosa que me llenó de satisfacción. Posteriormente participé en la Reforma Curricular de los Institutos del Profesorado neuquinos. Creo que ser restituida a mi ámbito laboral me permitió superar mejor los deterioros carcelarios. Y hoy, jubilada, sigo trabajando en posgrados y asesorías.

Nuestra familia creció: tenemos tres nietas y un nieto, el mayor, a quien, como hacía mi abuelo, les cuento "la" historia. Todos nosotros tenemos heridas, como las tienen miles de personas en este país, por lo que seguimos buscando justicia: no personalmente, sino clamando juicio y castigo a los culpables de un genocidio con consecuencias en lo humano y lo económico. Mientras no haya verdad y justicia no tendremos paz. En los años que pasaron desde mi salida, creo que nunca me sentí tan mal, tan defraudada, estafada, como cuando se aprobaron las leyes de obediencia debida y punto final, y luego los indultos. ¡No podía creerlo! En oportunidad de los Juicios a las Juntas, asistí a una sesión. Recuerdo lo imponente que me pareció la sala, con sus vitrales, las maderas lustrosas, las luces. En esa sesión comenzaron los testimonios de Córdoba. Y cuando un grupo de dirigentes gremiales que habían pasado por el campo de la Ribera fueron preguntados por datos

para identificar el lugar, recuerdo que quería “soplarles” que recordaran el sonido de la campana del cementerio de San Vicente. Cuando salí, llegué a casa y durante horas hablé incansablemente. Naná no pudo pararme, como si hubiera abierto un grifo y dejado escapar tantas y tantas cosas. Estaba eufórica. El golpe y la desilusión fueron terribles. Recién cuando comenzaron los Juicios de la Verdad, empujados por el tesón de organismos de derechos humanos y por familiares de las víctimas que no cejan en su empeño de lograr justicia, comencé a alentar esperanzas de ver algo de justicia, tan necesaria para, a su vez, lograr la paz. Y cuando los 24 de marzo marchamos junto con miles de personas recordando y exigiendo que no haya ni olvido ni perdón y siento la tibieza de las manos de mis nietos en las mías, cuando veo cuántos son los jóvenes que marchan, me afirmo en la esperanza de un NUNCA MÁS.

En estos largos años, he dado testimonio de nuestros días en las cárceles, la mayoría de las veces ante estudiantes. He visto en sus rostros la incredulidad, no hacia lo que decía, sino hacia la crueldad, los malos tratos de los que nos hacían objeto. A la hora de abrir a preguntas, me ha llamado la atención la reiteración de algunas: ¿Pero cómo hacían para sobrevivir? ¿Cómo era un día en la cárcel? ¿Qué pasó cuando salió? ¿Qué sentía estando allí adentro? La mayoría de ellos habían tenido clases previas en las que se les habló de la última dictadura, es decir, no desconocían los lineamientos generales de ese período. Pero su interés se centraba en lo cotidiano, en pequeñas cosas, como para poder dimensionar desde ellas el significado de algo que se escapa a la comprensión. La mayoría afirma que en su casa el tema es desconocido, como si sus padres no hubieran vivido –sea cual fuera la edad que tenían– rodeados por el horror y el silencio de la muerte.

No lo saben, pero me alentaron a continuar este relato, a sacarlo del ámbito familiar, a que esté hoy aquí. Es que se toma conciencia que la memoria de una época no es la memoria de algunos, sino un derecho de todos. Que no es un registro de fechas lugares y nombres en textos escolares, ni tampoco un rostro congelado en algún bronce, o un feriado en el almanaque. Es algo que nos constituye, nos explica, nos da sentidos para continuar. Que no es un mero recordatorio de un pasado más o menos distante, sino la urdimbre en la que se inscribe el presente y el futuro, el entramado en el que se asientan nuestras vidas. Los corredores no son LA memoria social, sino apenas un fragmento pequeñísimo de memoria, una contribución a esa construcción social colectiva, un ángulo desde el cual mirar y mirarse en estos procesos, apenas una incitación a ahondar, a saber, a conocer una realidad que nos ha marcado a todos, a los que la vivimos y a los que no.

Silenciosa, anónimamente, estos jóvenes me empujaron a sacar lo que en principio consideré relatos para mi familia, a volver público lo privado.

Nada más alejado de mi ánimo que dar a estos recuerdos una intención ejemplificadora, modelizante.

Pasados ya muchos años, trato de hacer un balance de lo que me dejara-deja aún esta dolorosa experiencia. Resulta obvio decir que “el dolor aún duele”. La crueldad deja huellas que se reactualizan de manera inesperada y que dan cuenta de fragilidades insospechadas: una particular sensibilidad a la agresión en cualquiera de sus manifestaciones, a los tonos de voz duros y altos, a los gritos, a los matices del desprecio, a diferentes formas de la injusticia y el avasallamiento —aunque no me afecten personalmente—, a las múltiples formas de la crueldad explícita o no, a la intolerancia y los dogmatismos. Pero también cabe suponer que la experiencia ha agudizado estas fragilidades que hubieran existido de cualquier forma, nunca la injusticia me resultó ajena ni tampoco la lucha contra la intolerancia ni la cerrazón frente a otras razones que no fueran las propias. Es más: siempre he peleado y peleo contra modos de la intolerancia que me duele descubrir en mí. En resumen, es un plus agregado a lo que de cualquier manera se hubiera dado.

Pero también están los saldos positivos: el valor de la lucha por la dignidad aún en las condiciones más adversas, el sentido de la solidaridad que no se da sólo en un acto aislado de estar con otros, de pelear con otros, sino un modo de vivir integralmente en solidaridad que da valor y dimensión a la otredad. El correrse de las posturas antinómicas y generar otros modos de comprensión donde los grises cobran su lugar y muestran una gama de razones desconocidas. El entender que el mundo no es plano y chato sino diverso y cambiante y que los seres humanos somos distintos, no homogéneos y parejos y mucho menos estables e idénticos, de una vez para siempre.

He relatado muchas de las condiciones de vida (muchas de ellas materiales, otras no) a las que nos vimos sometidas, y nuestros esfuerzos por modificarlas, nuestro tesón por no rendirnos a ellas. Quiero referirme ahora a una, entre ellas, que a mí me molestó particularmente. Tanto en la U.P.1 como en Devoto, nunca nos hicieron conocer los reglamentos a los que tendríamos que sujetarnos. Cuando llego al penal, la celadora me acompaña a la celda y no me da instrucción alguna. A la mañana siguiente, cuando oí el silbato, me levanté, me vestí, tendí la cama y esperé. Digamos que el sentido común me instruyó. Cuando pasaron para el recuento, abriendo las puertas, graznaron una advertencia: “¡señora, las manos atrás!!”. Como si ponerse en esa posición —humillante y descalificadora por cierto— estuviera escrito en el “orden natural de las cosas”. Otros ejemplos: cuando nos “comunican” que no podemos cantar el himno por ser apátridas. En el patio, cuando nos impiden terminar *Elegía*. Otra vez, cuando interrumpieron *El cóndor pasa*. Y podría seguir enumerando, tanto aquellos en la U.P. 1 como en Devoto, donde se sobreagregó que el no cumplimiento de una norma no

enunciada nos valía un castigo: reclusión en celda de castigo por un tiempo fijado en una tabla también desconocida. Evoco entonces el cuadro *Los ciegos*, de Brueghel o el juego grotesco del gallo ciego en el patio de La Ribera. Tanteos, fintas, ensayos y errores, siempre incertidumbre, temor. “Juegos” donde las reglas nacen para ser violadas y conocidas en su violación.

¿Cuál es la racionalidad con la que las normas carcelarias se componen? Tras algunas de ellas creímos descubrir algún motivo, pero en la mayoría de los casos, no. Tal vez la manera de entenderlo no sea el análisis de cada prohibición por separado, sino inscribirla en una política de aniquilamiento que orquestó múltiples dispositivos, y que la propia sinrazón de tantas cosas constituyera parte de esa política. Cuando nos parecía haber logrado armar una cierta “lógica” en los procederes del penal (desde los que suponíamos sus parámetros), aparecía un cambio que rompía nuestros débiles andamiajes. Y hoy creo advertir la efectividad que alcanzaron, en la instalación de autocensuras múltiples, en cada una de nosotras. Desmontarlas, remontarlas, fue un silencioso trabajo que nos empuñó a todas. Las formas de protesta, las transgresiones colectivas o individuales marcaron momentos claramente recortables en nuestra resistencia, pero esos picos hablan de la continuidad de esa manera silente que las más de las veces adoptó. El solo hecho de vivir era una manera de resistir, y la resistencia —que se autoalimentaba— se constituía en un alimento permanente para todas.

## Preguntas y respuestas

Los primeros días en La Ribera me pusieron en un estado de ansiedad difícil de describir. Sabía que me interrogarían, pero no acerca de qué y tampoco en qué momento. Sólo sabía que alrededor de lo que calculábamos serían las 10 o 10.30 de la mañana, se encendía una luz tras un alambre fiambarrera de una ventana ubicada transversalmente a la pared de la cuadra de mujeres. Era la oficina de los interrogadores. Cuando la luz se prendía, nos bajábamos la venda, nos sentábamos en un escalón que separaba una habitación desnuda –donde amontonábamos prolijamente los colchones y colchonetas donde dormíamos– de un corredor con ventanas al patio, igualmente desnudo. Como cinco monitos vendados esperábamos en silencio. Todas escuchábamos el retumbar de los latidos de nuestros corazones. Se nos secaba la boca y los suspiros eran frecuentes, traspirábamos, nos retorciábamos las manos.

Esperábamos.

Esperábamos.

Pasaron diez días infernales hasta que me llamaron, y junto conmigo, a una de mis compañeras. Después sabríamos que interrogar paralelamente a dos personas era una técnica corriente aunque, como en este caso, nada tuviéramos que ver entre nosotras. Esta circunstancia permitió que luego reconstruyéramos con ella una parte de las preguntas que me hizo “el Coco”, el interrogador, y la manera casi teatral en que respondí en algunos tramos.

Pero vamos por partes, por las partes que aún subsisten en mi memoria y que no sé si se corresponden con el orden real del interrogatorio o es el que hoy le atribuyo. Lo que sí tengo claro es que él tenía mi *currículum vitae* a la vista, y que todo el interrogatorio giró en torno a mi trayectoria docente. Luego de diez días de estar vendada, me había vuelto ducha para espiar por debajo de la venda, pero me propuse ser cuidadosa y no levantar demasiado la cabeza para espiar. Así y todo, me ericé cuando vi y oí el golpe con que puso un revolver sobre la mesa, a mi juicio grande, oscuro. Creo que golpeó como para que supiera que lo ponía, y sabiendo que soy expresiva, traté de controlar mi rostro. Creo que después de las primeras preguntas me concentré tanto en lo que respondía que me desentendí del arma. Pero también escuché el ruido de la puesta en marcha de un grabador, por entonces más

grande y ruidoso que los actuales. Tengo voz clara y fuerte, de docente, y traté de moderarla, porque sin entender qué le preguntaban a mi compañera, oía su voz y la de un hombre que la interrogaba. Y comenzaron las preguntas.

-¿Usted dictó un curso sobre Pablo Freire?

-Sí, efectivamente.

-¡Pero ese autor es un subversivo!!

-¡Pero señor!, a Freire lo trajo el Ministerio de Educación de la Nación a Buenos Aires y sus textos eran lectura corriente en todos los establecimientos educativos del país, ya que creó un método de alfabetización. Si los docentes que yo formaba tenían que aplicar ese método —que por otra parte es muy similar al de palabra generadora— tenían que conocerlo.

-¡Pero es un subversivo!

(Y sí, imbécil, para vos es un subversivo y no te falta razón).

-¿Y dictó un curso en UEPC<sup>1</sup>, sobre qué?

-Sobre planes y programas, cómo se diferencian, cómo se los clasifica, cómo se los arma.

-¿Y por qué allí?

-Porque siendo un gremio se ocupa de actualizar a sus afiliados.

-Y otro en SEPPAC<sup>2</sup>. ¿Y qué es esto de “La clase”?

-Bueno, es cómo se organiza y planifica una clase: los objetivos, la introducción, los temas a desarrollar, las formas metódicas a emplear, los recursos de distinto tipo incluyendo los audiovisuales, los papelógrafos, las proyecciones. También las formas de ir evaluando y el cierre de la clase. Los docentes de cualquier nivel preparamos así nuestras clases.

-¿Sólo da cursos en los gremios?

-No, en la Universidad, en el Profesorado de Villa María donde trabajo y en distintos Institutos donde me contratan para dar cursos. A veces también me ha contratado el Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba para cursos de perfeccionamiento en distintas localidades de la provincia.

Seguí preguntando sobre mis actividades. Yo me había dado cuenta de que tenía el currículo y que no era conveniente negar nada de lo que allí figuraba. De pronto cambió la tónica, movió unos papeles y espetó:

-¿Qué es un grupo?

Debo confesar que me desconcertó. Busqué en el “fichero” de mi memoria alguna definición técnica de grupo, soslayando a Pichon Rivière, a Bauleo. La dije como un loro bien amaestrado.

<sup>1</sup> UEPC: Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba.

<sup>2</sup> SEPPAC: Sindicato de Educadores Particulares y Privados de Córdoba. Este gremio, así como el anterior, muy combativos.

-Conjunto de personas que interactúan entre sí más que con los demás, que tienen objetivos y tareas comunes.

-¿Cuándo se empiezan a usar los grupos en educación?

Lo que sigue lo reconstruimos esa tarde con mi compañera entre risas. Su interrogador se había levantado y había salido de la oficina, así que ella podía escucharme. Era estudiante universitaria de Ciencias Económicas y cuenta que oyéndome creía estar en un aula de clase, aunque no de economía.

-Bueno, en 1921, Roger Cousinet, entonces inspector de escuelas en Francia, recorría la campiña inspeccionando escuelas correspondientes a las que nosotros conocemos como escuelas rurales unitarias. Advirtió que en ellas el maestro trabajaba con conjuntos de escolares que correspondían a un grado, que les explicaba, les daba tareas y pasaba a otro grupo de grado. Mientras, los niños trabajaban en conjunto la tarea que les había dejado, se daban explicaciones entre ellos, se corregían, discutían y avanzaban. Interesado en estos aspectos, profundizó en el trabajo en grupos y vio que los comportamientos de los chicos se relacionaban con sus avances en la socialización. Luego escribió un libro llamado *La vida social de los niños* que en nuestro país publicó la Editorial Nova alrededor de los años '60, cuando yo era estudiante. (Escucho aún las carcajadas de mi compañera cuando me decía: "y le diste el nombre del autor, el título y la editorial más el año, ¡si era una ficha bibliográfica! Yo te escuchaba y quería pellizcarme para ver si no soñaba"). Nótese (¡sí, así me expresé!!) que sus estudios son previos a los que realizara Kurt Lewin en Estados Unidos en la década del '30 ("y no te voy a decir que huyó de los nazis para instalarse en EE.UU.") y que además, provenían de sus observaciones y estudios en escuelas. Luego...

-Bueno, está bien, ¿qué es ideología?

-Una concepción del hombre, del mundo, de la vida y de las cosas.

-¿Quién y cuando escribió el Manifiesto Comunista?

-Lo escribió Marx, el año...a ver..., déjeme pensar, fue después de la Comuna de París, debe haber sido a mediados del siglo XIX, pero no sé en qué año.

-Usted es de educación, ¿cómo sabe esto?

-Yo egresé de la UBA en 1962, y en mi formación vimos filosofía e historia, estaba en los planes de estudio, ¡yo tenía que memorizar bien si quería aprobar!

(Y bueno, de alguna manera tenía que justificar, y la forma tradicional de estudiar era memorizando... aunque yo no lo hiciera así).

-¿Así que te echaron de la Universidad en 1966? ¿Qué hiciste?

(Alternó el tuteo durante todo el interrogatorio que, calculo, duró algo más de tres horas).

-Se había avasallado la autonomía universitaria y protesté por eso.

(A esa altura tenía claro que no entendía muchas de las preguntas que me formulaba porque las leía, y seguro que habría alguien que juzgaría el contenido de la grabación fuera del interrogatorio).

—Pero no te echaron sola, sino con otros. A ver decime, ¿quiénes eran? Yo te nombro cada uno y vos me decís.

(No recuerdo hoy la lista completa. Con algunos de ellos tenía amistad, cosa que era sabida. Por ejemplo, recuerdo el caso de un profesor de Literatura que trabajaba también en el Profesorado de Villa María donde yo daba clases y que solía parar en nuestra casa por ser nuestro amigo. Dije que era un profesor que sabía mucho de pintura y de música, una persona muy “culto” y un excelente gourmet. Muchos años más tarde, cuando lo visitamos en Italia, le relaté su “caracterización” y se le saltaban las lágrimas de risa!! De otros dije que eran profesores de historia o psicología, o lo que fueran, pero que no estaban más en la Facultad y que tantos años después no recordaba otra cosa. Evidentemente no sabía de ellos, y no dije otra cosa que lo que cualquier alumno podía saber.

—Y aparte de dar clases, ¿qué otras cosas hacés?

—Como es lógico, estudio para dar mis clases, las preparo, atiendo a mi familia, me gusta cocinar y arreglar el jardín.

—¿Y nada más?

—Bueno, sí, me gusta leer novelas, poesía, ir al cine.

—¿Y qué novelas leés?

(Advertí que tenía que ser cuidadosa: nada de Cortázar, de Onetti, de Carpentier, pero tampoco podía hacerme la boba y decir Corín Tellado.)

—Me gustan mucho los cuentos de Horacio Quiroga, claro, como soy del litoral, también Roberto Payró. Y los clásicos: Cervantes, Shakespeare. Pero también la ciencia ficción y las novelas policiales. En fin, matizo, no siempre uno está de ánimo para leer *La Divina Comedia* y, en cambio, releo con gusto *La Odisea*.

(A esta altura cambió el tono, casi como quien comenta lecturas en una mesa de café y me puse alerta: ¿Adónde quería llevarme?)

—Bueno, yo no soy muy lector pero ¿qué opinás de las novelas modernas?

—No son mis preferidas — trataba de recordar qué quedaba en casa, pero no se me ocurrían autores inocentes. Nos habían hecho un allanamiento y se habían llevado *Ana Karenina*, pese a mis afirmaciones de que Tolstoi era un conde —. Leo para entretenerme, y las novelas modernas suelen ser muy complicadas. Me gustan los españoles, la generación del ‘98, Azorín, el teatro de Benavente. Algunas de Benito Pérez Galdós.

—¿Y para tus clases, qué leés?

—Bueno, así como me gustan los clásicos en literatura, siempre trabajo Comenio, un autor del siglo XVII —siempre estaba en mis programas y es

cierto que me parece admirable. Pero no podía quedarme allí— y también los autores de la Escuela Nueva que promueven la actividad del niño, si quiere se los nombro.

—No, está bien. Si te doy lápiz y papel, ¿serías capaz de escribir tus ideas sobre educación?

Rápidamente pensé en textos diversos y decidí que si me paraba en Dewey, un Dewey descafeinado, podría hacerlo, si mechaba con Claparède y Cousinet tal vez. Pero a esa altura temblaba pensando que me presentara *Didáctica o antididáctica*, un trabajo publicado en una revista que había tenido gran circulación. Es cierto que goza de un estilo panfletario, propio de la época, pero en lo esencial todavía hoy acuerdo con él. De ese trabajo, publicado y obviamente firmado por mí, no podía decir que no sabía. Me salvó la llegada de alguien a buscarlo y quedé callada y temblando, no se escuchaba ya la voz de mi compañera. Nunca me dio “lápiz y papel” para escribir mis ideas, pero esa tarde compuse “in mente” un texto sobre generalidades anodinas.

Cuando regresó, no recuerdo ya qué me preguntó, se lo notaba apurado. Me manda ir de nuevo a la cuadra. Pasaron otros diez días y el día antes de llevarme a la U.P.1, me llevaron nuevamente. Me dijo que me mandarían a la cárcel por un tiempo, que no me diría cuánto era y que tenía que firmar una declaración que me iba a presentar. Cuando me quitó la venda me asusté mucho, pero se quedó a mis espaldas. Leí el escrito a máquina, muy breve, media carilla a un espacio, eran unas pocas de mis respuestas. Pero había un error de ortografía que señalé. Afirmó, riéndose, que no importaba, a lo que dije que era un vicio de maestra. Pero con un tono enojado me preguntó por qué había trazado una línea después de mi firma, a lo que respondí que era un hábito que me había creado mi padre: después de firmar lo que uno dice se traza una línea para que no se agregue nada.

Ese mismo día me dijo que había adelgazado mucho, lo que era cierto. Después de una semana del interrogatorio, estaba ya sola en la cuadra, empecé a pensar que todo se volvía kafkiano, que se habían olvidado de mi “expediente”. Pasaban los días y me preguntaba: “¿estarán verificando?”. Con temor vigilaba la cuadra de los varones, sentía pánico en pensar que lo traerían al Flaco. ¿Qué sería de los chicos en ese caso? Y los días pasaban lentos... lentos.

No sabiendo qué hacer, resolví simplemente llorar. Me pasé un día entero llorando, y para lograrlo recordé todos los sucesos tristes de mi vida con lujo de detalles. La muerte de mis padres, de otros familiares y amigos, las desapariciones, la lejanía de quienes se habían ido a tiempo, los sueños rotos, el país sumido en la muerte y las bestias triunfantes. Todo. Cuando los gendarmes advirtieron mi llanto silencioso pero continuo, me preguntaron

qué me pasaba, y contestaba que extrañaba a mis hijos. Alguno se rió, otro dijo "ya va a pasar señora, ya se va a ir". A la nohcecita me bajé la venda en el baño y tenía los ojos hinchados, me ardían. Quise parar de llorar, pero no pude. Había abierto las exclusas.

Después sabría que esa misma nohcecita el Flaco, que me buscaba desesperadamente en comisarías y cuanto lugar le dijeron, había escuchado hablar de La Ribera y allá fue. Teníamos un viejo Fiat 128 y uno de los faros delanteros no funcionaba. Llegó a La Ribera, le dieron el alto, lo apuntaron y le dijeron que allí yo no estaba, que se fuera de inmediato. Dio vuelta y se marchó. Nunca sabremos si su ida y mis llantos tuvieron algo que ver, pero al día siguiente fue cuando me llevaron a firmar la declaración, (qué cosa tan kafkiana). Una vez que firmé me dijo:

-Usted fuma, ¿verdad?

-Sí -dije.

-¿Y qué fuma?

Un sexto sentido me alertó para no responder Parisiennes, los que fumaba entonces. Luego en Devoto me habría de enterar que los milicos tenían caracterizaciones varias, entre ellas: qué fumaban, qué bebían y qué no, cómo arreglaban sus casas, qué música escuchaban los "subversivos". Esos cigarrillos estaban entre los malditos. Respondí Jockey Club. Mandaron a comprar un paquete y me lo dieron. ¡Fumé como un murciélago!! Y ya de noche cerrada me fueron a buscar, me ordenaron enrollar el colchón con la ropa de cama adentro, me ajustaron la venda, me esposaron, me llevaron al camión aprovechando para manosearme entre risas. También subieron uno o más varones y el camión, en el que había otras personas y un par de gendarmes que subieron atrás, con nosotros, partió. Primero fue a la cárcel de encausados, hubo subidas y bajadas de gente y finalmente, llegamos a la UP1. Me llevaron a una oficina de techos altos, piso de madera, silenciosa y mal iluminada. Armarios, archivadores, escritorios a cuál más viejo y desastado. Un empleado semidormido me tomó los datos y después me ordenó desvestirme mientras salía. Volvió con un hombre de guardapolvo blanco desprendido y mugriento que, sin dejar de fumar me ordenó girar mientras me miraba como quien mira al ganado. Ya vestida, un par de mujeres de uniformes, ("las bichas", a las que veía por primera vez y que luego habrían de resultarme tan familiares) me condujeron por un laberinto de pasillos y loreras<sup>3</sup> silenciosos, malolientes, con humos fríos flotando, húmedos. De pronto entramos a una edificación nueva, subimos al primer piso y allí me llevaron a la primera celda a mano derecha. En una especie de nicho de cemento en la pared, ubicaron el colchón y graznaron: "¡acuéstese!". Acomodé

<sup>3</sup> Lugar donde se ubican los celadores/as en las cárceles. Rodeados de rejas, afectan distintas formas. A veces son verdaderas jaulas, de allí su nombre en la jerga carcelaria.

la cama, me quité los pantalones y me acosté. Al instante, caí en sueño de piedra.

El 26 de diciembre, pasada nuestra única visita, me llamaron a la reja y me dijeron "prepárese para salir". Pregunté adónde, me dijeron "a hacer un trámite". Imaginé que me llevarían ante un juez, me vestí como el día de la visita y salí. Mis compañeras me miraban con caras preocupadas y yo no las tenía todas conmigo. Al llegar a la zona de oficinas, me metieron en un cuartito pequeño, con estanterías llenas de expedientes. Me vendaron y esposaron. Ya había aprendido que era inútil preguntar nada. Me cargaron en un camión y me sentí aterrada. El viaje no duró demasiado, así que no podía ser a La Perla. Y cuando el camión pasó un guardaguanado, supe que otra vez estaba en La Ribera.

Esta vez me condujeron a una celda pequeña, pared por medio con la cuadra de las mujeres. En cuatro pasos recorría su largo. Y por la noche me llevaron una colchoneta de paja maloliente, con la funda manchada de sangre. También había manchas de sangre en las paredes. La puerta de latón, en la que pegaba el sol buena parte del día, la convertía en un horno en aquel verano caluroso y húmedo, y el aire espeso que casi no circulaba, estaba lleno de mosquitos que me acribillaron durante esos cuatro días. Cuando llamé al guardia para ir al baño y entré en la cuadra, advertí la presencia de otras prisioneras. Una de ellas, oyendo que pedía ir al baño, se había quedado en él, arriesgándose, para hablar conmigo. Eran cinco, algunas me conocían de vista del gremio y otra había sido alumna mía en la Facultad en el año '70. Rápidamente, y susurrando, nos pusimos al tanto de las noticias: ella de las de la cárcel, yo de las del campo. Y me dieron su apoyo, su solidaridad, sus cuidados en esos días, en los momentos en que me llevaban al baño que a veces, incluía la posibilidad de ducharme. Meses más tarde las llevaron a la penitenciaría y mi ex alumna fue la "madama" que coordinaba los baños.

Durante esos días mi angustia mayor era que había corrido el rumor que nos darían otra visita el 31 de diciembre, y mi miedo, el que mi familia no me encontrara en la cárcel y que yo no pudiera verlos. Si el calor pegajoso me acosaba desde fuera, la angustia me quemaba desde adentro. Pocas son las cosas a las que me quiero referir de esa estadía en La Ribera. En principio, que ya no me interrogaron sobre mi currículum, o tal vez sí: lo ampliaron. Fueron dos los interrogadores entonces: el "Coco" y el "HB". Este segundo mucho más "profesional" en su interrogatorio, y lo que es peor, más inteligente. Fue él quien me dio la perspectiva de la ampliación del currículum. En un momento me dijo:

—Empezó temprano usted, porque en 1955 participó en la toma del Lenguas Vivas.

Efectivamente, cursé mi escuela primaria y la secundaria en ese colegio y participé en su toma que, cuando terminó, nos valió un interrogatorio policial hecho en la sede del colegio.

Sentí que me volvía transparente, que no había nada de mí que les fuera desconocido y el pánico me invadió. Luego, cuando me enteré de la "visita" que hicieron a la carbonería que estaba frente a mi casa en Buenos Aires – que relato anteriormente– comprendí que habían rastreado con cierta prolijidad, hasta en mi niñez. Pero volvamos al Coco que, enfurecido, me gritaba que lo había engañado y que oyera lo que oyera, me quedara callada. Acto seguido, entraron a los golpes a alguien a la oficina, y el Coco le preguntó si me conocía, a lo que esta persona respondió que sí que era su profesora (al escuchar la voz supe que se trataba de uno de mis alumnos de Introducción a las Ciencias de la Educación en el profesorado villamariense donde trabajaba. Era un muchachito recién salido de la escuela secundaria, de un pueblo cercano, muy delgado, pálido y rengo).

–¿Y les enseña marxismo, no?

–No señor, nos enseña a los griegos.

–¡Pero si vos dijiste que sí!

–Si señor, pero lo que se dice bajo tortura no es cierto.

Ya cuando negó, comenzaron a escucharse golpes y quejidos, e inconteniblemente, empecé a llorar. No lloraba por mí, sino por él, porque a causa mía lo golpeaban. Y al mismo tiempo, me infundió una enorme fuerza, porque ese chiquilín frágil era capaz de sostener su verdad pese a los golpes. Me sacaron a los golpes y empujones.

El HB<sup>4</sup> (así le decían al otro interrogador que me tocó "en suerte") fue a la celda a decirme que esa noche iría a buscarme para interrogarme. No le creí, pensé que era para que no durmiera. Y en la pequeña celda junto a la cuadra de las mujeres, sobre la colchoneta de paja manchada de sangre, dormí profundamente hasta la una de la mañana –calculo– en que fueron a buscarme.

Esta vez no fue mi currículum académico: Que si había ido a un recital de los Olimareños, que si luego habían ido a casa, que si había llevado a Villa María tarjetones con una poesía impresos para la conmemoración de los Héroes de Trelew. Que pensara bien lo que decía, que no pretendía la verdad sino que fuera coherente, "¿me entiende Señora?, ¡COHERENTE!!".

En un momento me dijo "usted vivía en Buenos Aires en tal calle, la conozco porque yo fui al Colegio Santa Catalina, en la calle Brasil, cerca de Constitución". Al finalizar me dijo que ellos sabían todo, pero querían hasta los mínimos detalles, que conocía que los últimos años me quedaba

<sup>4</sup> Hoy sé que se trata de Carlos Alberto Díaz, condenado a cárcel perpetua y en cárcel común en el primer juicio a Menéndez.

de viernes a sábado en casa de unos amigos cuyo nombre dio. Que esos días se hacían cenas en esa casa, que quería saber quiénes iban, que total todos estaban en México, pero que era por un afán perfeccionista, que no querían hilos sueltos. Que si lo decía se me reducía un tercio de mi condena, a lo que pregunté que de cuánto era, y me respondió que eso no lo diría. Que pensara que mi tía —por Naná— estaba vieja y enferma, que mis hijos crecerían sin mí, que mi marido no me esperaría. Y que me daba un plazo para pensarlo: hasta la mañana siguiente.

Me llevaron a la celda, volví a dormirme con un sueño sin sueños, un sueño de plomo. Y cuando sonó Aurora a la mañana siguiente, me paré, arrinconé la colchoneta contra la pared y empecé a caminar interminablemente los cuatro pasos de ida y otros tantos de vuelta. Resolví que iba a contestar NADA. Es cierto que mis amistades en su mayoría estaban fuera del país, pero yo no sabía qué harían con esa información. Si para ellos eso era bueno, necesariamente no lo sería para mis amigos ni para mí.

Cuando a media mañana sentí pasos que se paraban frente al pasaplatos, seguí caminando como si no hubiera detectado ninguna presencia. Me estuvo observando largo rato. Finalmente dijo:

—¿Lo pensó, señora? ¿Quiénes eran?

Me quedé inmóvil frente a la mirilla. NADA.

Repitió la pregunta y ante mi silencio pegó tres gritos a los gendarmes para que vinieran a buscarme. Se fue y los gendarmes aprovecharon para manosearme. ¡Pobres tipos!! Para tocar a una mujer necesitaban que estuviera vendada y esposada. Me cargaron en un camión donde percibí que había más gente. Me taparon con una frazada y así llegué de regreso a la U.P. 1, a la mirada fría y cansada de un médico que me hizo desvestir y girar mirándome como quien mira una silla o una caja. Y vuelta al pabellón. Mis compañeras se asustaron de verme. Desgreñada, con un tacón de los zapatos roto, la ropa sucia, más delgada y temblando. Después de un rato, de bañarme y cambiarme, hasta bromas hicimos: parecía el Llanero Solitario, la zona de la venda era la única parte de la cara donde no tenía hinchadas picaduras de mosquitos. ¡Parecía un antifaz!!

Todavía me quedaba un encuentro más con los milicos. El 20 de julio de 1980, en Devoto, como a las 18.30 hs., hacíamos una mateada de festejo en nuestra celda. Ese día festejábamos nuestro 15 aniversario de casados, y aunque el Flaco estaba ausente bromeábamos y nos reíamos. De pronto desde la reja se escuchó la voz de la bicha diciendo mi nombre y el de un par de compañeras más. Acostumbradas a leer bajo el agua, rápidamente nos dimos cuenta de que las convocadas a vestirnos para salir —con uniforme— estábamos todas a disposición del tercer Cuerpo de Ejército. Con todo, un domingo y a esa hora hum...no nos gustó nada. Bajaron compañeras de

otros pisos y el denominador común seguía siendo... Tercer Cuerpo. De vez en cuando los milicos de cada cuerpo visitaban a sus presas y elevaban un informe acerca de ellas. Hasta entonces, nadie se había ocupado de mí y me tranquilicé al ver lo numeroso del grupo al que instalaron en un hall interno, y empezaron las conversaciones en voz baja y las especulaciones acerca de que tal vez estaban preparando la lista de libertades para fin de año y por eso nos visitaban. Pasó una hora y los llamados eran pocos. Las compañeras que salían eran devueltas a su piso y no sabíamos qué preguntas hacían. Por fin me llamaron y nos internamos en una escenografía kafkiana: corredores en sombras, fríos, con un olor viejo y pesado a tinta, a lo largo de los cuales se alineaban oficinas en algodonosa oscuridad en la que se perdía el ruido de los pasos de la celadora y míos. Después de dar unas vueltas por ese decorado abandonado, vimos adelante una oficina iluminada. La celadora golpeó, abrió la puerta y se cuadró, indicándome que entrara. El edificio de la cárcel es viejo, los pisos de muchas oficinas son de pinotea, los techos altos y una bombita pelada y de pocos wats para dar una luz incierta al local. Detrás de una mesa, un milico escribía. Abandonó su tarea, se paró y golpeó los talones mientras me saludaba. A duras penas contuve la risa ya que la escena me parecía grotesca. Me hizo sentar y luego lo hizo él. Se presentó (no recuerdo su nombre) y me dijo que estaba allí para evaluarme porque el ejército se preocupaba por sus detenidas. A renglón seguido verifiqué mis datos y al llegar a lo que supongo sería mi profesión, me preguntó:

—¿Usted es profesora en Ciencias de la Educación?

Respondí que sí y a continuación me dijo:

—¿Y usted ha estudiado a los griegos?

Sorprendida contesté que sí, y con expresión de superioridad y complacencia me informó:

—Yo también.

A esa altura, de puros nervios y sintiendo el absurdo de la situación, empecé a contener la risa tratando de poner cara de interés. Siguió entonces:

—¿Y a que no sabe hasta dónde he llegado?

No salía de mi asombro y respondí que no. Entonces, como quien informa de una hazaña dijo:

—¡Hasta el siglo V antes de Cristo!

—¡Ah!—dije—hasta el siglo de oro de Pericles.

—¿¡Cómo, lo conoce!?

A duras penas reprimí la humorada de decirle que nunca había tenido el placer de que me lo presentaran y me limité a un sí.

Puso cara de desconcierto y como quien saca una carta de la manga exclamó:

—¡Pero yo lo he comprendido re-al-men-te desde arriba de un caballo!!

¡No podía creer lo que escuchaba!! Me limité a un “¡ah!!” Creo que ni el mejor de los surrealistas pudo haber imaginado una situación como ésta. No recuerdo con qué siguió, pero salió del tema, seguro que satisfecho por haberme matado el punto. Hacia el final me dijo que elevaría un informe ya que se estaban revisando casos para otorgar libertades.

Como me había dicho que sabía que mi marido, mis hijos y mi tía me visitaban y escribían, le dije que mi hijo me había contado que había soñado que volvía del colegio y me encontraba cocinándole milanesas con papas fritas. Que si podía decirle que pronto se cumpliría su sueño. (Bueno, debo confesar que no me quise quedar atrás a la hora de los disparates) y me respondió:

—¡Dígale que vaya poniendo el aceite a calentar!!

Cuando llegué a la celda, las compañeras me hicieron repetir el diálogo una y otra vez porque realmente la situación resultó hilarante.

Corrieron los días y el 28 de octubre salí, como relaté en otra parte. Suerte que no habían puesto el aceite a calentar.

## Aquellas pequeñas cosas

En esta gavilla de recuerdos, hay pequeños granos sueltos, cosas que no se pueden hilar pero sin las cuales la trama de este lapso de mi vida quedaría incompleta. Por ejemplo, la espera de los paquetes de los martes. Siesta de conjuros, de sofocos en pleno julio, de cábalas a cual más tonta: si esa paloma pasa a la otra, el Flaco me trae paquete. El oído atento a la planta baja, para escuchar la reja abriéndose hacia la celaduría, los pasos en la escalera, la bicha diciendo: “¡Paquete, Señoras!” y llamándonos a continuación. ¡A veces tardaban en entregarlos, y la dilación era de una eternidad completa! No sé si se demoraban en alguna tarea, o si era la pura maldad de producir una ansiedad sobreagregada a la de la “otra” espera, la de la libertad, si era una ineficacia burocrática más o un simple y llano ejercicio de poder. Por fin el nombre, ir hasta la reja —esta vez los seis pasos no tenían vigencia— y firmar en un casillero. Y la vuelta “leyendo” el mensaje de los objetos: jabón rosado, me bajaron el PEN; jabón verde, consejo de guerra; amarillo, juicio en justicia común (me hace gracia, ¡justicia común!! ¿Qué sentido en este tiempo?) y no recuerdo qué otro color para opción de salida del país. El código —que no sé si he reproducido bien— se refería a una categorización, y finalmente en él cada color del jabón era una situación en que se nos inscribía, una forma de “aparecernos”, un etiquetamiento del ser: soy una PEN sin causa, como pude decir en los primeros días de enero del 78, y ese etiquetamiento me acompañó hasta mi salida. Y qué es “me bajaron el PEN”? Bueno, que se hizo público un decreto del Poder Ejecutivo Nacional, que de acuerdo con “las medidas y atribuciones especiales” del Ejecutivo Nacional desde el ‘76, podía disponer del encarcelamiento de ciudadanos sin juicio previo y por un tiempo impreciso, que dependía de lo que ese poder estimara conveniente. En los fundamentos del decreto que me correspondió, decía que las personas en él incluídas éramos un peligro potencial para la seguridad del Estado. En términos comunes: “¡por si las moscas, adentro!” ¡Caramba, caramba!! ¡Y yo sin saber que tenía tal poderío como para representar un peligro para la seguridad nacional!! Esa doctrina fue la que estableció la pseudo razón de la sinrazón, esa legitimación —¡de ellos, ante ellos, para ellos!!!— de la arbitrariedad, del me cago en la justicia, del otorgamiento de patente de corso para los asesinos organizados en las patoras, o mejor, el 007 argentino.

¿Y qué decir de la fantochada cruel de los Consejos de Guerra? Parodia grotesca de los tribunales militares juzgando desde códigos militares a civiles, con “abogados de oficio” que nunca hablaban con sus “defendidos”. ¿Y acaso era mejor la situación en los tribunales de la Justicia corriente? *Habeas corpus* denegados, jueces que acordaban con las autoridades, o que les temían y temían por su pellejo, que cambiaban por los nuestros. Muy pocos abogados que quisieran tramitar *hábeas* o causas: también corrían el riesgo de desaparecer, o en el mejor de los casos, ir a hacernos compañía o desaparecer, tan fue esto así, que en 1979, cuando el panorama era de tierra arrasada y la presión internacional se hacía sentir, empezaron a concederse algunos *habeas corpus*, entre ellos el de cuatro casos de mujeres de Devoto, entre las que me contaba. Cuando salí en el '80 –con libertad vigilada– y un año después cuando me otorgaron la libertad, el *habeas* que había sido otorgado por el Juez y la Cámara correspondiente, avanzaba a paso de Manuelita hacia la Suprema Corte, y parece que se perdió en el camino o murió en un cajón.

Retomando. No sólo era el mensaje-jabón, al que por más que pincharan o cortaran no podían borrarle el color, sino las claves privadas: la marca del papel higiénico (también cortado pero que había que revisar: a lo mejor con un color casi diluido venía un: “los chicos, bien” o un “te queremos”, en un trapito cosido a una etiqueta de alguna prenda, o en el ruedo de alguna frazada. Y cada pequeña cosa mirada con lupa, resignificada, magnificada de acuerdo a los cambiantes estados de ánimo. Después de recibido “el paquete” (en realidad, bolsita de nylon) se hacía un silencio largo. A veces me pasaba el papel higiénico, el jabón, hasta el paquete de azúcar por la cara, como para recoger la última tibieza de las manos del Flaco, sin pensar que también las manos de los penitenciarios habían andado por allí. Y después de un rato, si estábamos “engomadas”<sup>1</sup>, comenzaba a funcionar la “brujería”<sup>2</sup>, o se abrían los vidrios de las cajas de luz para conversar con la compañera de al lado. Y si ya era época de puertas abiertas, el juntarse con otras a compartir, a buscar auxilio en la interpretación de los paquetes, a los que creo que adjudicábamos tantas significaciones que si nuestros familiares se hubieran enterado, ¡no hubieran creído que pudieran decir tanto! Y además, el aflojamiento de la tensión de la espera, la del esperado día martes.

Los “mensajes” se enriquecían con los aportes de las demás, pero también generaban otro “enriquecimiento”: cada una aprovechaba para contar algo de los suyos, y la o las demás aprovechaban a preguntar: “¿y cómo es tu hijo/a?”. Y como desplegando velas, navegábamos la evocación de los ausentes. Entonces había una mano que haciendo equilibrios se tendía por

<sup>1</sup> Encerradas en las celdas, en términos devotenses.

<sup>2</sup> Brujería: comunicación en sistema Morse, golpeando con un cepillo de dientes en el zócalo de la celda.

la caja de luz, para tomar la nuestra, o si estábamos juntas, se apoyaba en nuestro hombro. Y aprendimos con claridad que la solidaridad no demanda de discursos, tiene su código mínimo y tierno y reconforta mucho más que una larga parrafada. Solidaridad que se potencia y nos invade, que da fuerzas y crea esperanzas. ¡Entonces se aprecia el valor de esas *pequeñas cosas*!!

Recuerdo la llegada de una remera que no era mía, y las largas elucubraciones acerca de a cuál de mis amigas pertenecía. Y qué juego de hipótesis, pero sobre todo, la certeza de que ellas estaban allí, sostenían y animaban. ¡Ah las amistades!! Y las lágrimas mansas que caían en el reconocimiento a la lealtad.

Muy ligado con esto está el recuerdo de los cumpleaños, que ya he relatado. Pero lo que quiero ahora rescatar es la alegría compartida, el cálido abrazo de cada una, las visitas a la cumpleañera y los mates clandestinos, cuando los hubo. Es que se vivía con las demás, se compartían las alegrías y tristezas. Y cuando había algún roce o rencilla —y los hubo muchos, por cierto— el afán de todas por suavizar, tranquilizar. Éramos de modalidades distintas, y nadie resulta igualmente agradable a todas. Sin embargo, hacíamos esfuerzos para no ir al choque, por evitar las discusiones vanas por simples nimiedades. Aunque a veces una discusión podía generar “bandos”: había quienes gustaban de la música de rock nacional y quienes de la de cuartetos. Y cada bando defendía las bondades de cada una de ellas. Pero no recuerdo en ese año peleas fuertes, menos un “irse a las manos”. Esto nunca ocurrió en Córdoba.

Había casos en que las diferencias venían del “afuera”, y en otros, rencores y broncas por los comportamientos en las caídas. Pero la necesidad de una cierta armonía puso en suspenso problemas personales y no sé cómo se habrán saldado luego. Es que el “nosotras” fue algo más que un pronombre y todas contribuimos a ello.

Recuerdo que cuando se suscitó el conflicto del Beagle, alguien dibujó sobre un trozo de tela un mapa mundial, y cada quien dio su interpretación acerca de la relevancia o no del conflicto. Y las posiciones se sostuvieron con argumentos y con fuerza de convicción. Esto creó un microclima tenso, que luego fue aflojando. Porque “nosotras” no significa identidad entre las componentes del colectivo, y a veces, la fuerza para mantener una razón crea rispideces. Para colmo, había quienes conseguían información que no compartían. Una de mis compañeras de La Ribera era “maestra” para captar cuándo circulaba una información no compartida. Nos juntábamos las cinco y salíamos a “capturar” alguna otra información para negociarla. A veces lo lográbamos y luego la compartíamos con otras compañeras de nuestra confianza, seguras de que era un buen medio para, subrepticamente, socializarla.

Otro episodio memorable lo constituyó una “consulta” que recibí. Una compañera muy querida, que pertenecía a una organización, entró en mi celda y la noté muy inquieta, le pregunté que pasaba y no terminaba de decírmelo:

–Mirá, no te enojés, no lo tomes a mal, las compañeras de abajo me pidieron que consultara, yo cumplo con hacerlo, no es más que eso.

–Bueno, pero dejá de vultear, ¿de qué se trata?

–Bueno, ya te dije, me lo transmitieron.

–Acabala, ¿qué pasa?

–Las compañeras preguntan qué opinamos de hacer una huelga de hambre.

–¿Una qué?!

–Sí, una huelga de hambre para tomar el Tercer Cuerpo desde adentro.

No podía creer lo que escuchaba. Primero me quedé mirándola, supongo que con los ojos desorbitados. Y sentí calor en la cara, seguramente me puse violentamente roja, y no de rubor precisamente. Después, a borbotones, le respondí: “¡pero están locas!! ¡Una huelga de hambre necesita de la difusión, de los medios siguiéndola, de médicos propios para garantizar nuestra integridad física, de su divulgación para que se conozca en todas partes y el establecimiento previo de acuerdos hasta dónde se va a ir y qué se va a negociar y qué no! ¡Porque es una medida apropiada para que algo tome estado público y que cese una situación peligrosa o injusta, no para “tomar” un cuerpo de ejército! ¿Se les mezclaron los tantos? ¿Qué es ese disparate de tomar el Tercer Cuerpo, es que han enloquecido?” Y no seguí porque me pareció injusto “matar al mensajero”. Pero me quedé preocupada porque la propuesta me pareció algo más que delirante, tanto que a la siesta, repasando el diálogo a solas, reí nerviosamente hasta el cansancio, porque me seguía pareciendo producto de mentes desequilibradas. En el contexto del año ‘78, bajo el poder del Tercer Cuerpo, incomunicadas, con los antecedentes de las muertes de varones y mujeres ocurridas en esa misma UP1, constituía a mi juicio, una locura total. Durante dos o tres días, vi pequeños corrillos en los que podía identificar a compañeras de distintos partidos u organizaciones. Con sordina, discutían con vehemencia. Después, todo se sosegó. Hoy todavía, respiro aliviada.

No todo fueron rosas entre las presas. Y nada más ajeno a mí que contribuir a una mitificación de las compañeras. Ya he dicho que éramos muy distintas y no sólo por edades, modalidades, experiencias de vida. Y si bien a todas nos unía el ideal de un mundo justo, los modos de luchar por ello se asentaban en concepciones y enfoques muy distintos. Y esto marcaba sensibles diferencias. Algunos de los grupos sostenían disputas de larga data, en ciertos casos provenientes de escisiones de agrupaciones históricas. Todo esto lo veía en la universidad, en asambleas y discusiones y a veces en los

gremios docentes, por lo que no fue para mí un descubrimiento carcelario. Conocía posturas, estrategias, mañas a veces. Pero el piso en que estaba no tenía una agrupación hegemónica, más bien era el mapa de un archipiélago de pequeños islotes. Eso tal vez hizo que no se sintiera un peso excesivo sobre las independientes. Devoto fue distinto: había dos grupos hegemónicos a quienes solían plegarse grupos más pequeños. No era fácil para las independientes a quienes simplemente se “comunicaban”, nunca se consultaban, las decisiones para el conjunto. Y la situación fue compleja, por momentos, pesada y dolorosa. Entiendo que las distintas organizaciones tenían su credo, alineaban su gente, la organizaban, etc. Y cada persona suelta, que no representaba a nadie, que pensaba por la propia, no debía haber sido fácil de ubicar. En aquellos años no se hablaba del pensamiento único, pero era eso justamente contra lo que siempre combatí. Y a veces me decepcioné, porque es corriente considerar que el “otro” es el que pretende instaurar un pensamiento único, sin ver que muchas veces se pretende reemplazarlo por una forma igualmente única y cerrada. Pero ésa es otra historia. En Córdoba éramos menos y primaron las relaciones personales que íbamos tejiendo, en medio de una situación de semiclandestinidad como era la de los/as presas políticas en la U.P.1, del riesgo de vida permanente, incluyendo la ejecución en la propia cárcel. Esta situación límite creó situaciones particulares, que no diferían tanto de las vividas en campos y chupaderos. Por eso se buscaron apoyos, se generaron redes de contención evidenciadas en pliegues imperceptibles de lo cotidiano. Por ejemplo, si alguna compañera veía a otra triste o preocupada, conversaba con las que eran más cercanas a ella y les pedía que la hablaran, o mejor, que trataran de hacerla hablar. Esta preocupada solicitud dio muchas veces frutos, y el hecho de descargar angustias ayudó a más de una.

¡Y qué decir del momento en que alguien salía en libertad! Era un arremolinarse a su alrededor, ayudarle con el bolso, acercarle pequeñas cosas de recuerdo, pedirle un llamado a la familia. Recuerdo cuando salió nuestra arquitecta: se había bordado una camisola de tela de sábana con hilos de colores de toallas, que aún conserva. El bordado era hermoso, parecían flores esmaltadas. Y llevaba al cuello un cordón con un hueso tallado con una cabeza de toro. ¡Espectacular! La vimos irse por el callejón, y mientras ella lagrimeaba, nosotras reíamos y la despedíamos. Claro, cuando dio vuelta el muro externo del fondo del pabellón, adentro se hizo el silencio. Debo confesar que en ese momento comencé a extrañarla. Nos habíamos hecho muy amigas -seguimos siéndolo- y me dejó la lata de leche Nido con el poema de Prevert de recuerdo. Seguramente cada una fantaseó con el momento de su liberación. Y que alguien saliera, era saber que las cosas “se movían”, y esto generaba esperanzas en todas.

Y cuando llegó el momento de mi libertad, recuerdo la última imagen de mis compañeras: todas asomadas al pasillo, agitando las manos en alto. “Chau Susana, besos a los chicos”. “¡Suerte compañera!!”. Y una de ellas, que había compartido los días de Córdoba, diciendo: “Tomate un Sutter etiqueta marrón por mí”. Tenía los ojos arrasados de lágrimas y pensaba: ¿por qué yo sí y ellas no? La sensación de desgarrar, de injusticia peleando con la alegría, con las ganas de salir corriendo y la desolación por dejarlas allí. Y esta sensación es la que tuvimos todas.

Pero vuelvo a Córdoba, rescato algunos momentos peculiares. Uno era el regreso del patio, al que pudimos bajar una o dos veces por semana, luego de la visita de la Cruz Roja. Era una hora, nada más, en que sólo se podía caminar —no correr ni practicar deportes— por ese lugar inhóspito del que ya he hablado. Pero volvíamos cansadas y contentas, como después de un pic-nic juvenil. Y además, cargadas de tesoros: una piedrita, un trocito de carbón, un hueso blanqueado por los soles, todo recogido subrepticamente. Y otras “cargas”: de pronto se entreabría una ventana del piso bajo y una mano rápidamente arrojaba algo, para esconderse de inmediato. Eso generaba un arremolinamiento de nuestra parte, para ocultar a la que levantaba los mensajes. Y todas contentas: ¡después, habría noticias! Otras veces desarrollábamos una estrategia especial para cubrir a alguna compañera que se quedaba cerca de una ventana, para escuchar lo que desde allí le decían. Créase o no, el patio se llenaba de risas, y a mí me recordaba los múltiples patios de escuelas durante los recreos. Recuerdo el sol en la cara, el sol tibio del invierno, el otro más fuerte de la primavera y al volver, aunque no fuera día de baño, muchas nos duchábamos, aunque por no ser día de baño oficial, solo hubiera agua fría. También los olores: a veces abominables, de alcantarillas o cañerías pestilentes, otras el humo de leña del horno de la panadería, y a veces, como una fiesta, el del pasto recién cortado de la placita de frente al hospital, que estaba pared por medio con el patio. Y hasta escuchábamos el rumor de las hojas de los árboles que allí había, cuando una ráfaga juguetona las sacudía. ¡Y qué decir de los pájaros! Otra forma de la fiesta, de lo distinto. Ver los vuelos diferentes, los cantos, la recogida de paja para los nidos, en picos amarillos, o grisáceos, o rojizos. Y de esas pequeñas cosas, también vivíamos.

Al poco tiempo del levantamiento de mi libertad vigilada, fui a Córdoba y una de mis primas, ante mi pedido, me llevó a “conocer” la UP1 desde afuera. La fachada, pintada de un rosa semi terracota, era desconocida para mí, pues entré y salí vendada o en celular. Los comunes le llamaban “la colorada”, por esa pintura, y decían: “la colorada no mata, pero enloquece”. ¡Y vaya si sabían lo que decían! Mi prima temía que me hiciera mal. Pero no. Reconocía, desde afuera, las ventanas de mis sucesivas celdas y las señalaba.

Y sentí cómo la boca se me volvía amarga, porque la rebeldía por la injusticia pugnaba por salir. Pero también reconocí la esquina por donde solían pasear a las hijas de una compañera, para que aunque sea a distancia, ella las viera. Y hasta una vez vio cómo la niña se caía del cochecito y entonces pudo escuchar sus gritos. Y sonreí, porque siempre hubo maneras de trampearle al aislamiento, y aunque fueran pequeñas rendijas, sabían a triunfo.

Mirando atrás no puedo dejar de advertir que no hubo nada casual en el aislamiento de los presos políticos en las distintas cárceles. No fue lo que se podía hacer sino lo que se quiso hacer con nosotros. El plan de exterminio abarcó más que la desaparición y muerte de tantos. También involucró los intentos de ejecutar otros tipos de muerte. Pretendieron aniquilar nuestras fuerzas, hacer flaquear la voluntad, destruir nuestros anhelos de justicia social, desengañarnos de nuestros sueños, terminar con las resistencias, anular nuestro pensamiento para imponer el de ellos, eliminar la dignidad, sofocar nuestra condición humana. Calcularon mal, como calculan mal los necios y los soberbios. Aquí estamos. Aquí seguimos. A su modo, cada una sigue empujando, abriendo, apoyando, negando las falacias, desmontando las mentiras. Acá seguimos, y tengo la certeza que si pudiéramos reunirnos todas, cantaríamos. Y esto sería ¡una pequeña gran cosa!!

## Cierre ma non troppo...

No hay clausura ni final para la memoria. Apenas puntos suspensivos para indicar su continuación. Porque continuaré recordando y ya hay quienes van a tomar la posta de relevo.

En verano vamos en familia a la cordillera. Todas las mañanas salgo a caminar con nuestro nieto mayor, Federico. Cuando llegamos al portón de la cabaña, Fede me pregunta: “¿adónde viajamos hoy, Abu? Selecciono un viaje en el espacio o un viaje en el tiempo, a los griegos o a mi infancia, y durante una hora caminamos y charlamos. Otras veces jugamos con el paisaje: “esa nube parece”... o “los pehuenes cuentan”...o “el agua trae”...Y a medias, abuela y nieto tejemos vínculos entrañables. Una mañana le pregunté cómo eran los actos escolares, porque a sus entonces diez años, ya había pasado por bastantes celebraciones. Contó con gracia algunos y entonces decidí “zambullirme”. Había acordado con mi hijo que cuando Fede tuviera edad suficiente sería yo quien le contara mi historia de ex presa política. Como introito le pregunté qué diferencia había entre celebración y conmemoración. Lo pensó un poco y dijo algo así como:

—Una fiesta es cuando recordamos algo bueno, como la independencia. Una conmemoración algo triste como Malvinas.

—Y el 24 de marzo, ¿ustedes hacen conmemoración?

—¿Qué pasó ese día, Abu? No me acuerdo.

Despacio, tratando de no poner un énfasis excesivo en el relato, le expliqué qué había sido la dictadura militar. Y cuando concluí le dije que esto no lo había leído ni me lo habían contado y que en esa época había estado presa.

—Pero por qué, ¿por qué Abu?

—Bueno, te lo voy a decir con palabras de tu Papá, que tenía tu edad cuando me llevaron: “Mi Mamá está presa porque quería que sus alumnos aprendieran a pensar.” Y para los dictadores, pensar distinto que ellos era un delito.

Se cruzó delante de mí, me tomó de los brazos y me dijo:

—¡Pobrecito mi Papá!!

Se me cortó el aliento. No dijo: “Pobrecita Abu”, no, sino que se metió en la piel de su padre.

Dos meses después, para el 24 de marzo, el maestro hizo la conmemoración correspondiente. Entonces Fede dijo: “¿puedo hablar, profe?” Y narró lo que yo le había contado, con lujo de detalles según parece. Cuando mi hijo me lo transmitió, pensé qué buen maestro debía ser el suyo, que creaba un clima en el que un niño podía contar algo así. La Señora de séptimo me mandó a pedir hace unos meses, si podía escribirles un relato de aquellos años a los chicos.

Ese año, un par de días antes del 24, nuestra hija preguntó a su hija Paloma, de 7 años, si quería ir el 24 a la marcha que se hacía en nuestra ciudad. Le explicó por qué, le contó la historia familiar. Paloma dijo que iría y al día siguiente regresó contenta de la escuela: una de sus amigas tiene un abuelo que también fue preso político. En la marcha, las niñas iban de la mano coreando consignas: sobre todo las que incluían “¡milicos hijos de puta!”.

Memoria de infinitas capas, de infinitas voces, de tejidos y destejidos, de recuerdos y de olvidos, memoria de ayer en hoy para pensar el mañana. Memoria de dolores, sí, pero memoria de esperanzas. Y mientras tanto, la vida cantando.

La memoria no es un río sereno y fácil de navegar, ni aún para un Barco. En estos recuerdos hay saltos, desprolijidades cronológicas, amasijos de sensaciones, contradicciones y para quien la ejerce, golpes bajos, destapes arqueológicos, encuentros imprevistos, tesoros largamente dormidos. Está ahí y a veces se burla del memoriante. Es ésta hoy, pero será distinta mañana. Y en el mañana, territorio de la esperanza, encontrará su sentido pleno. Aquí la dejo, en manos de quien quiera escucharla.

## A modo de epílogo

En tribunales.

El 11 de junio de 2014 amaneció templado y soleado. Ese día presté testimonio en el juicio a los represores, en la Megacausa La Perla, expediente Maffei. Desayunamos tranquilos con Sole y me avisaron que la audiencia estaba retrasada, que pasarían por mí a las 11. Y allá fui a esperar en una salita chica con otros testigos y las psicólogas que prestan apoyo y contención. Allí estaba Dani Dreyer, mi ex alumno, hoy un oso grandote y de barba blanca. La espera se alargaba, trajeron café y empezaron a llegar “visitas” para mí: Tere Piazza, Pipi Giacumino, Soledad Burnichon, Norma Gigante, en fin, ¡parecía la sala de espera de un parto!! Todos tratábamos de hablar “ligerezas”, pero el tiempo corría y comencé a temer que después de Dani suspendieran la audiencia. Hubo receso de mediodía y a las 16 me llamaron.

Entré muy derechita a la sala, un pequeño anfiteatro en el que se veía el estrado de los jueces y a mi izquierda el vidrio separador del lugar de los milicos. Ya me habían explicado la distribución de abogados, fiscales etc. Me señalaron el lugar desde el cual declarar, una mesita pequeña y una silla de espaldas al público. Allí estaban en primera fila el Flaco y Fernando, los vi al pasar, lo mismo que a un montón de rostros queridos de primas, amigas de Córdoba y de Villa María, compañeras de cárcel, ex alumnas, en fin, los afectos presentes, más los lejanos pero sentidos. Y tal como haría una fetichista, me había puesto los aros de Naná, el reloj de la Abuela, la medalla de Papá, un pañuelo de Mamá y el huesito tallado en la cárcel para Laura.

Antes de ubicarme en mi lugar, me paré frente al sector de los milicos y los miré a los ojos uno por uno. Eran pocos, la mayoría se quedaron en una salita en la que hay una pantalla que muestra la sala de audiencias. Ni el HB ni Claro estaban a la vista, lo que lamenté mucho. ¡Ni siquiera mostraban la cara los valientes muchachos!! El ujier me decía: “¡no, señora, por acá!”. Hice un gesto con la mano y dije: “¡un momento!”, aunque sabía que no podía pararme a mirarlos. Fui luego a mi lugar y después de frases de rigor, el juramento: “¿jura por sus creencias decir la verdad?”. “Lo juro por la memoria, la verdad y la justicia”. Y se me quebró la voz mientras se me hacía un blanco interior. Es que... ¡había llegado! Treinta y siete años de espera y estar allí, lúcida y entera mostrando lo que dijera Sartre: “No

importa tanto lo que nos hicieron, sino lo que nosotros hicimos con lo que hicieron de nosotros". Y lo que hice fue seguir siendo lo que he sido y lo que aún soy, una docente, eso fue lo primero que dije: "no entiendo la docencia como un empleo sino como un modo de ser y de estar en el mundo y desde allí hablo". Creo que ese modo no les gustó entonces a los represores, ¡ni creo que les gustaría ahora! El fiscal me hizo preguntas generales para que abriera mi relato. Comencé por la llegada del capitán Wenceslao Claro a casa, el traslado a la comisaría y el jueves 6, a La Ribera, mientras describí el simulacro de fusilamiento cerca de Río Segundo. Me extendí hablando de los efectos de la venda: la ruptura de las coordenadas de tiempo y espacio que sostienen la razón, la viscosidad del tiempo, la inseguridad acerca de la propia subjetividad, la sensación de abandono e indefensión. Es decir, el "ablande" que la venda supone antes de cualquier interrogatorio y también de los daños físicos que causa. También fui precisa en el episodio de la muerte del Viejo de la Leñera.

Cuando llegué al interrogatorio que me hiciera el Coco —que murió el 29 de abril del año pasado (justo el día del animal)— me dijo el fiscal que era el primer caso de interrogatorio con curriculum vitae en mano del que tuvieran noticias. Relaté las preguntas que me hiciera, y no salían de su asombro: "¿qué es un grupo?" "¿Cuándo se empiezan a usar los grupos en educación?" "¿Qué es ideología?" "Un líder, ¿nace o se hace?". El fiscal me preguntó cómo creía que había llegado allí el currículum, lo que me dio oportunidad de mencionar a Pautasso, y lo que es mejor, por la intervención de Claudio Oroz, abogado de nietos, a relatar lo que me contó María Saleme respecto del allanamiento a su casa y el papel de Pautasso en el mismo. En ese momento sentí un profundo alivio: lo que María me contó siempre me pesó, porque no puedo entender cómo ese tipo sigue libre. Oroz recordó entonces que el único juicio académico con expulsión de la Unc había sido el de Pautasso, pero no se trataba de ineptitud académica, sino porque entregó a estudiantes y presenció la voladura de la vivienda de María y cómo se llevaban a Alberto Burnichon. Mucho debo a María y decir esto ante el tribunal, hizo que sintiera que retribuía el valor de sus enseñanzas.

También hablé de mi militancia en gremios docentes porque fue real, de cómo me preguntaron por los cesanteados en el '66, de los motivos de nuestra protesta, de mi regreso a la universidad y de mi concurso para cerrar este tramo con la cesantía masiva en el '75, durante la misión Ivanessevich.

En algún momento hice referencia a algo que constaba en Corredores de la memoria, borrador de este texto que había adjuntado a mi declaración preliminar. El abogado de los milicos preguntó al Presidente Díaz Gavier qué libro era el mencionado. Con cara sobrada el Presidente levantó de su escritorio el ejemplar de Corredores..., diciendo: éste Dr., que figura

adjunto a fojas tanto del expediente. Pareció decirle: "Si no leyó el expediente, ¡cállese la boca!". Me quedé pasmada: ¡él sí lo había leído!! También lo demostró cuando el fiscal preguntó que por qué el subtítulo de Cinco monitas sentadas<sup>1</sup> y aclaré que era por la similitud con un apoya libros que había en mi casa paterna, con tres monitos: uno con las manos tapando los ojos, el otro, los oídos y el tercero, la boca. Y mientras lo decía, el juez se iba adelantando y tapándose alternativamente ojos, boca, oídos.

Explicué luego cómo me habían sacado de la U.P.1 el 26 de diciembre, la celda en que me pusieron y con detenimiento el momento en que llevan a la oficina de interrogatorios a Dani Dreyer y cómo lo patearon y golpearon porque negó que yo enseñara marxismo: "enseñaba los griegos", afirmó. Y cuando se enfurecieron y dijeron que él había dicho otra cosa en Villa María, dijo: "Señor, lo que se dice bajo tortura no vale". Expresé mi reconocimiento a Dani, tan frágil y golpeado entonces, pero con la fuerza y la dignidad como para sostener la verdad.

Comenté las características del HB, de cómo conocía mi participación en la toma del Lengua Viva, mi colegio, en 1955. Su "visita" a la carbonería de enfrente a casa en Buenos Aires para preguntar por mis actividades estudiantiles. Él afirmaba que como buena intelectual era ideóloga y cobarde, porque no empuñaba un arma pero mandaba a otros a hacerlo. Y luego, al preguntar por los nombres de quiénes cenábamos los viernes en Córdoba, su amenaza: "cuando salga, ¿usted cree que su marido va a estar esperándola? ¡NO!!; su tía va a estar muerta y sus hijos no la van a reconocer". Me dí el gusto de decir que hoy hace 49 años que mi marido y yo estamos juntos, que mi tía murió 24 años después y que mis hijos nunca me olvidaron. Y siguiendo con el relato: "Si me da los nombres tendrá un tercio menos de la condena. Pregunté ¿de cuánto es mi condena? Y él: No se lo voy a decir, pero esa gente está toda en México o España, no los compromete para nada. No dí sus nombres pese a su furia y al día siguiente me devolvieron a la U.P.1. En esos días, mientras me bañaba, un guardia me iluminaba con una linterna y antes de subirme al camión que me llevaría a la UP1 me manosearon en medio de risas". Dije que en esas oportunidades, lo mismo que reflexioné mientras un gendarme se masturbaba al pie de mi colchoneta, mi defensa fue pensar siempre que eran unos pobres tipos si para ver una mujer desnuda, o para tocarla o autocomplacerse necesitaban de la indefensión y el sometimiento de ella. También manifesté que no siento odio por los represores, que la vida es demasiado hermosa para gastar un solo segundo en odiar. Que simplemente, como a todo aquel que denigra la condición humana, ¡LOS DESPRECIO!! (Y esto último no lo dije, lo escupí con fuerza).

<sup>1</sup> Subtítulo original de esta obra. Luego, revisado y modificado por sugerencia de la editora.

No recuerdo en qué momento mi celular empezó a sonar. Había olvidado apagarlo, pese a que me advirtieron que si sonaba me desalojarían de la sala. ¡No me daban las manos para apagarlo!! Y el Juez diciendo sonriente: “¡Señora voy a tener que desalojarla!”. Después sabría que era María Laura, preocupada por la falta de noticias.

Me referí luego a la vida en la U.P.1, las condiciones de aislamiento, las prohibiciones y el ingenio de las presas, mientras mostraba dos pañuelos bordados y el huesito. El traslado a Devoto fue el paso siguiente y la visita del milico del tercer Cuerpo el 20 de julio del 80, hecho que provocó las risas del tribunal por sus expresiones acerca de haber comprendido a los griegos desde... ¡arriba de un caballo!!

Ya al final, la abogada de Nietos me preguntó si conocía a Leonor Landaburu y el fiscal, por Eduardo Requena. Había dejado esos nombres para el cierre pero adelanté lo que diría. Y antes del final, el juez me preguntó si yo era doctora, a lo que respondí que no. Al salir, el fiscal me dijo: “¡gracias, señora por la clase magistral que nos ha dado!”.

Luego, fueron los húmedos abrazos con el Flaco y Fernando, con mis primas, con mis amistades, mis compañeras, mis ex alumnas, es decir, con todo el mundo de mis afectos que me había contenido y dado fuerzas.

Ahora duermo tranquila, sin sobresaltos. No olvido ni olvidaré y los daños están hechos. Falta mucho camino de justicia por andar y se los debemos a quienes no tuvieron un juicio justo. No obstante, siento alivio: ahora sé el peso que llevaba. Y reconozco con profunda gratitud, y admiración lo que han hecho las distintas Asociaciones de Derechos Humanos, empezando desde el corazón de la dictadura, a recabar datos, testimonios, a preservar la memoria. Ellos proporcionaron la materia prima sin la cual los Juicios no hubieran sido posibles y mostraron la dignidad de un reclamo justo aún con los riegos de sus propias vidas. Y mostraron al mundo como aún en épocas de oprobio y dolor las luchas por causas justas son posibles de ser sostenidas.

(Mi declaración es nada diferente de lo contado en mi andar por los “Corredores”, pero quise incluirla porque este testimonio público no es sino un resumen de mi relato. ¡Si hasta apelé a los mismos mitos y a los epígrafes que aquí uso!).

Cerré mi testimonio diciendo:

“Señores Jueces: desde que se iniciara el tratamiento de esta Megacausa, he seguido a distancia y por los medios a mi alcance, el día a día del proceso. Más de una vez he reflexionado acerca de lo difícil que ha de resultar para ustedes, más allá de su indudable profesionalidad, escuchar el cúmulo de horrores aquí testimoniados. Como en una caja de Pandora, los males han escapado de ella configurando un listado de aberraciones, crueldades sin

límites, espantos impensados, de humillaciones y escarnios. Los delitos aquí testimoniados son de lesa humanidad y como tales, muestran la denigración de la condición humana. Nadie queda intocado en estas circunstancias porque, insisto, nos lesionan en nuestra condición humana.

Tampoco ha sido fácil para nosotros, los testimoniantes. En nuestros testimonios no sólo recordamos sino que revivimos las circunstancias que nos tocaran vivir. Volvemos a estar allí y tenemos que someter a escrutinio público nuestras más profundas heridas, al menos aquellas que conocemos, porque hay algunas que sólo aparecen con el transcurrir de la vida. Y venimos en una doble condición: a testimoniar lo vivido pero también a dar voz a los que les fue negada la posibilidad de un juicio justo. Venimos pensando en y portando con nosotros a nuestros treinta mil desaparecidos. Pero 30.000 es una fría cifra y cada quien evoca a algunos en representación de todos, les da nombre, rostro, palabras, gestos e historia. En mi caso están aquí tres de mis alumnos que ya han sido mencionados en este tribunal: Eduardo Requena, dirigente gremial inclaudicable, mi alumno primero, luego mi amigo y más: el hermano que no tuve. Y Juan Carlos Catnich y Leonor Landaburu, mis alumnos alfabetizadores en los barrios, que los desaparecieron cuando Leonor, Noni, estaba embarazada de 8 meses y cuyo/a hijo/a aún no ha sido recuperado. Aquí conmigo están, compartiendo el anhelo de entonces que no hemos abandonado nunca: el de una sociedad justa. Comparto totalmente lo expresado por Saramago: *“Somos la memoria que tenemos y la responsabilidad que asumimos. Sin la memoria no existiríamos, sin responsabilidad quizá no mereceríamos existir”*. Es por eso que como tantos, asumí la memoria como responsabilidad, de cara al futuro, para que NUNCA MÁS se reiteren estos crímenes aberrantes. Memoria, verdad y justicia condensan nuestra esperanza en un camino hacia una sociedad justa.

Sabemos que los jueces hablan por sus fallos. No creo que sea por deformación profesional que creo que ENSEÑAN con sus fallos, colocan señas que orientan a quienes las reciben porque tienen alto contenido ético. Tenemos la ESPERANZA, que como en el mito de Pandora, en el que quedó guardada 38 años (y nadie hizo justicia con manos propias), que el fallo de Ustedes, sea justo, que de cara al futuro y la historia, el fallo enseñe que no hay impunidad para los crímenes de lesa humanidad. No será sólo justicia para nuestros casos individuales, sino que será reparador para la sociedad toda que fue lesionada, desgarrada por las aberraciones cometidas. Y será ese día, UN CLARO DÍA DE JUSTICIA en camino a una sociedad igualitaria.

Como ya se anticipara, muchas lecturas me resultaron esclarecedoras y aunque no fueron hechas para escribir mi texto, quiero señalarlas por una cuestión de honestidad intelectual.

- AA. VV., *Nosotras, presas políticas*, Buenos Aires, Ed. Nuestra América, 2006. Obra colectiva de 112 prisioneras políticas entre 1974-1983
- ANTELME, R., *La especie humana*, Santiago de Chile, Editores Independientes, LOM, 1999.
- ARENDRT, H., *La condición humana*, Buenos Aires –Barcelona, Paidós, 1993.
- BARRET-DUCROCQ, F., “Academia Universal de las Culturas, ¿Por qué recordar?”, *Foro Internacional Memoria e Historia* (UNESCO –La Sorbonne), Buenos Aires, Granica, 2002.
- BOURDIEU, P., (Director), *La miseria del mundo*, FCE, Argentina, 1999.
- CALVEIRO, P., *Poder y desaparición, Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- CANDAU, J., *Memoria e Identidad*, Buenos Aires, Del Sol –Serie Antropológica, 2001.
- \_\_\_\_\_, *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 2002.
- CARNOVALE, V.; LORENZ, F.; PITTALUGA, R., “Historia, memoria y fuentes orales”, *Memoria Abierta*, Buenos Aires, CEDINCI editores, 2006, Pág.11-15.
- CHARTIER, R., *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996.
- DE CERTEAU, M., *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, Universidad iberoamericana, México, A.C., 1995.
- FEIERTSTEIN, D., *Seis estudios sobre el genocidio, Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.
- HASSOUN, J., *Los contrabandistas de la memoria*, Buenos Aires, La Flor, 1996.
- HELLER, A., *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Ed. Península, 1985. Edición original, 1970.

- LEVI, P., *Lilit y otros relatos*, Barcelona, Península, 1989.
- \_\_\_\_\_, *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnick- Biblos, 2000.
- \_\_\_\_\_, *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnick- Biblos, 2000.
- MARTYNIUK, C., *ESMA. Fenomenología de la desaparición*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2004.
- PAULINELLI, M., *Relato y Memoria. La Dictadura Militar en Córdoba*, Córdoba, DocumentÁ/Escénicas, 2006.
- RICOUER, P., *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- SEMPRUN, M., *La escritura o la vida*, Barcelona, Fábula Tusquets, 1995.
- TODOROV, T., *Los abusos de la memoria*, Paidós Asterisco, 1999.
- \_\_\_\_\_, *Frente al Límite*, México, Siglo Veintiuno, 1993.

#### PELÍCULAS

- RESNAIS, A., *Noche y niebla*, 1955.
- \_\_\_\_\_, *Hiroshima mon amour*, 1959.